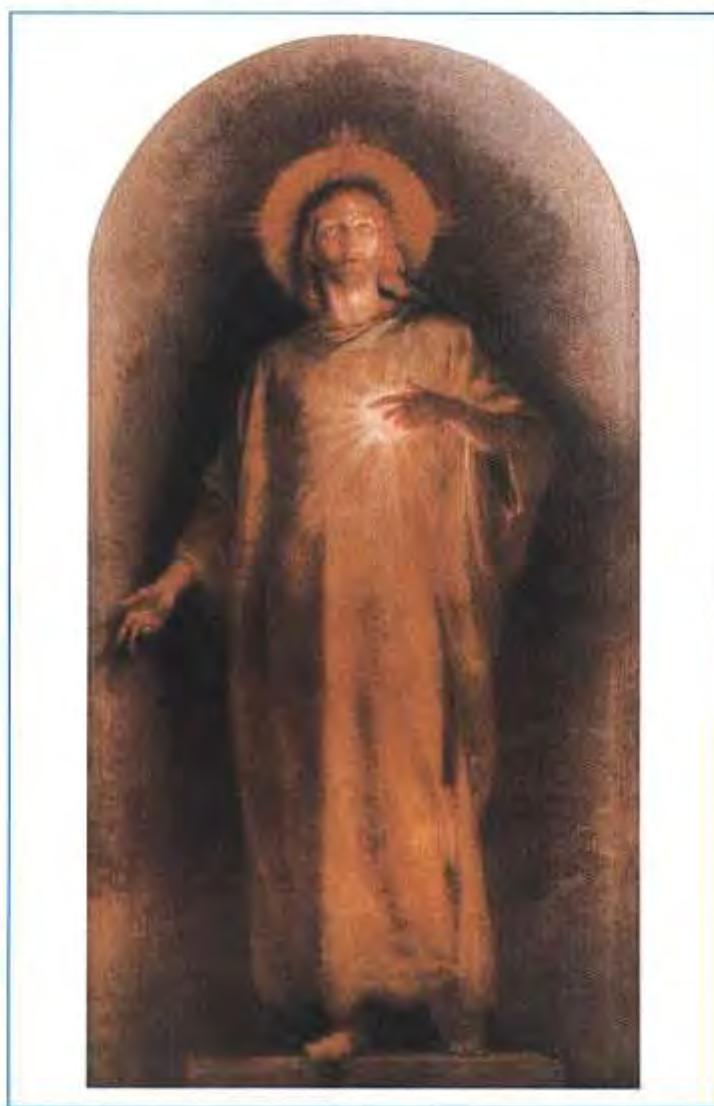




EDUCACION MEDICA U.C.



Portada
Imagen del Sagrado Corazón de Jesús,
de la Universidad Católica
del Sacro Cuore de Milán, Italia.

Comité Editorial

DR. LORENZO CUBILLOS OSORIO
Profesor Titular de Cirugía

DR. IGNACIO DUARTE GARCIA DE CORTAZAR
Profesor adjunto de Anatomía Patológica

DR. RICARDO FERRETTI DANERI
Profesor Titular de Medicina

SR. OMAR ROMO VALENZUELA
Profesor Titular de Educación Médica

EDUCACION MEDICA U.C.
editada por la Facultad de Medicina
de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

Inscripción Nº 62.929

I.S.B.N.: 956-14-0239-3

Noviembre 1991

Diagramación e Impresión
Alfabeto Impresores
Lira 140 - Santiago

Índice

Prólogo <i>Dr. Lorenzo Cubillos Osorio</i>	7
Homilía del Gran Canciller de la Pontificia Universidad Católica de Chile y Arzobispo de Santiago, Monseñor Carlos Oviedo Cavada, el día del Sagrado Corazón (Día de la Universidad)	11
Oración del Mes del Sagrado Corazón	15
La Iglesia frente a las amenazas contra la vida humana <i>Cardenal Joseph Ratzinger</i>	17
Moral, juventud y sociedad permisiva <i>Monseñor Carlos Oviedo Cavada</i>	25

Medicina y Filosofía. Una guía para los perplejos <i>Profesor Dr. Joseph Seifert</i>	45
Comentarios sobre el Proemio de Celso a <i>De Medicina</i> <i>Dr. Benedicto Chuaqui</i>	51
La Universidad: origen y evolución. Charla a estudiantes de Medicina <i>Dr. Roberto Barahona (†)</i>	61
Enfoques filosófico-médicos de Santa Hildegard de Bingen <i>Dr. Wolfgang Wallisfurth P.</i>	67
Breve reseña histórica de la Orden de Malta <i>Prof. Fernando Campos H.</i>	71
Un caballero de San Juan, hoy día <i>S.E. el Bailío Quintin Jermy Gwyn</i>	77
Algunas reflexiones sobre el sentido humano de la Medicina <i>Dr. José Manuel Balmaceda</i>	81
El médico y su alma <i>Dr. Juan Fortune</i>	87
<hr/>	
SEPTIMO ENCUENTRO DE ACADEMICOS DE LA ESCUELA DE MEDICINA. Los Andes. 5 al 7 de octubre de 1990	91
<hr/>	
Constitución apostólica sobre las universidades católicas <i>Monseñor Carlos Oviedo Cavada</i>	93
Formación científica del estudiante de Medicina <i>Dr. Jaime Alvarez Marín</i>	105
Conferencia: "Arte y Sociedad" <i>Sr. Leopoldo Castedo H.</i>	111
Conferencia: "Causalidad en ciencia" <i>Dr. Rolando Chuaqui K.</i>	125
Conferencia: "Presente y futuro del sistema universitario" <i>Prof. Hernán Larraín F.</i>	135
<hr/>	
SEMANA DE SAN LUCAS 1990. CEREMONIA DE PREMIACION (18 de octubre de 1990)	149
<hr/>	
Discurso del Director de la Escuela de Medicina <i>Dr. José Antonio Rodríguez V.</i>	151
Discurso del Presidente de CEMUC <i>Sr. Christian Calderón</i>	153
Mejores docentes y alumnos	155

A PROPOSITO DEL EGRESO DE LA PROMOCION MEDICA 1991 DE LA ESCUELA DE MEDICINA DE LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DE CHILE	157
Médicos del siglo XXI <i>Dr. Patricio Zapata</i>	159
El método... <i>Dr. Claudio Canals</i>	163
Y no está en los libros... <i>Dr. Jaime Court</i>	167
El Interno de Medicina <i>Dr. Ernesto Guiraldes</i>	169
Consejos antes de partir <i>Dr. Lorenzo Cubillos</i>	173
CEREMONIA DE ENTREGA DE TITULOS (24 de enero de 1991)	177
Discurso del Decano de la Facultad de Medicina <i>Dr. Ricardo Ferretti</i>	179
Discurso del mejor alumno de la promoción 1990 <i>Dra. Carolina Gandolfi</i>	183
VIGESIMO ANIVERSARIO DE LA CREACION DE LA OFICINA DE EDUCACION MEDICA	185
Palabras del Decano de la Facultad de Medicina <i>Dr. Ricardo Ferretti</i>	187
Nuevas tendencias en la Educación Médica <i>Dr. Eugenio Arteaga</i>	189
La Educación Médica como desarrollo y mejoramiento de la docencia <i>Sr. Pedro Prado M., Técnico en Educación Médica</i>	195
Reflexiones sobre Educación Médica <i>Dr. Alberto Galofré</i>	211
La enseñanza problematizada. Algunas ideas en torno a su fundamentación. Su aplicación al diseño instruccional. <i>Dr. Juan Ignacio Monge E.</i>	217
Estrategias de enseñanza para fomentar el cambio de actitudes <i>Prof. Omar Romo V.</i>	221
DECIMOCUARTO CONGRESO CIENTIFICO DE ESTUDIANTES DE MEDICINA. CEREMONIA INAUGURAL (1º de agosto de 1991)	231
Discurso de la Presidenta del Congreso <i>Interna señorita Claudia Gormaz</i>	233

Discurso del Vicedecano de la Facultad de Medicina <i>Dr. Pedro Rosso</i>	235
Juramento Hipocrático. Clase magistral del Rector de la Pontificia Universidad Católica de Chile <i>Dr. Juan de Dios Vial Correa</i>	239
Inauguración del Servicio de Ortopedia y Traumatología del Hospital Clínico de la Pontificia Universidad Católica de Chile (30 de noviembre de 1990) <i>Dr. Jaime Paulos A.</i>	247
<hr/>	
CEREMONIA DE BENDICION E INAUGURACION DEL LABORATORIO DE CINEANGIOGRAFIA BIDIMENSIONAL, DESTINADO AL ESTUDIO DE NIÑOS CON CARDIOPATIAS CONGENITAS (PROGRAMA DE PEDIATRIA-CARDIOLOGIA). (15 de enero de 1991)	249
<hr/>	
Discurso del Dr. Enrique Fanta N.	251
Discurso del Dr. Pablo Casanegra P.	253
<hr/>	
OBITUARIO	257
<hr/>	
Discurso del Decano de la Facultad de Medicina, Dr. Ricardo Ferretti, en los funerales del <i>Dr. Gabriel Letelier Letelier</i> (R.I.P.) (18 de junio de 1991)	259
Discurso del Sr. Osvaldo Llanos, en representación de los alumnos de la Escuela de Medicina de la Pontificia Universidad Católica de Chile, con motivo del fallecimiento del alumno <i>Sr. Christian Heitmann G.</i> (R.I.P.) (31 de julio de 1991)	261

"La curación del ciego de nacimiento"



*Obra de Domenico Theotocópuli
(El Greco): Galería de Pintura de
Dresden (Alemania).*

Oración del Médico

Pbro. Don Carlos Hamilton

*Asesor eclesiástico de la Academia de San Lucas
de Santiago de Chile, fundada en 1939*

*Señor Jesucristo, médico misericordioso y Buen Samaritano,
recoge mi plegaria y santifica mi hogar y mi trabajo, que
consagro a tu gloria.*

*Tú eres la Luz y la Caridad; haz que la ciencia bienhechora ilumine
mi inteligencia y que el amor me haga pasar por el mundo
haciendo el bien y sanando enfermos: que no venga yo a ser
servido, sino a servir.*

*Tú eres la Vida; mandaste con imperio a la enfermedad y a la
muerte y la naturaleza obedeció tu mandato compasivo; pon Tú
en las manos de tu instrumento dócil, el poder de aliviar y
dar consuelo.*

*Tú eres el Camino; haz que yo no ponga mi fe y mi esperanza
sino en seguir tus pasos, que hacen florecer de bien los dolores de
la tierra.*

*Bendice a mis enfermos y confirma en tu siervo el don de una
abnegación amable.*

*Que San Lucas, evangelista y médico, que recogió tu Palabra y
nos dejó la imagen bendita de tu Madre Virgen, me acompañe
siempre y me recuerde la verdad salvadora de tu Ley.*

*Te cuidaré, Señor, en cada hermano que sufre. Y Tú me harás
gustar la fuerza y la dulzura de tu amistad. Amén.*

Santiago, 13 de octubre de 1947.

Puede imprimirse y publicarse.

† FARIÑA,
V. G.

Prólogo

Dr. Lorenzo Cubillos O.

*Estudios médicos en la P.U.C. y en la U. de Chile.
Título de Médico Cirujano de la U. de Chile (1951).
Doctor en Medicina y Cirugía en la
Universidad de Madrid (1955) y en la Academia
de Medicina de Düsseldorf (1958).
Profesor Titular de Cirugía de la P.U.C. de Chile (1980).
Editor Responsable de la Revista
"Educación Médica U.C.", desde 1983.*

*"Es esencial que nos convenzamos:
-de la prioridad de lo ético sobre lo técnico,
-de la primacía de la persona humana
sobre las cosas,
-de la superioridad del espíritu
sobre la materia.*

*Solamente servirá a la causa del hombre
si el saber está unido a la conciencia.*

*Los hombres de ciencia ayudarán realmente a la
humanidad sólo si conservan
-el sentido de la trascendencia del hombre
sobre el mundo
-y de Dios sobre el hombre"*

Juan Pablo II*

Apreciado lector:

De vez en cuando es necesario sustraerse del acelerado quehacer cotidiano, que involuntariamente nos hace olvidar hechos trascendentales. Uno de ellos, tal vez el más importante en nuestro medio universitario, es recordar el espíritu con que fue creada nuestra Universidad y su Facultad de Medicina.

Esto nos lleva de inmediato a la idea central que inspiró y animó a sus fundadores, los cuales, reconociendo el infinito amor de Dios hacia los hombres, simbolizado por

* Del discurso de S.S. Juan Pablo II a la UNESCO (02.06.1980) y a la Pontificia Academia de las Ciencias (10.11.1979).

el Sagrado Corazón de Cristo, quisieron perpetuar esta idea, erigiéndolo Santo Patrono de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

Con estos antecedentes, no es extraño que el día de la Universidad sea el día del Sagrado Corazón y que nuestro Hospital Clínico, fruto de la visión y santa audacia de Monseñor Carlos Casanueva, haya nacido con el nombre del *Corazón Misericordiosísimo de Jesús*, para recordar a todas las generaciones presentes y futuras, que laboran en él, que la idea medular es y debe ser siempre el amor al prójimo sufriente, en grado superlativo..., ¡el desafío es transformarla en realidad!

Para realzar y explicitar mejor esta idea, engalanamos la portada de nuestra revista con la imagen del Sagrado Corazón de Jesús de la Universidad de Milán, que lleva este epónimo, y transcribimos la homilía que pronunció el Gran Canciller y Arzobispo de Santiago, Monseñor Carlos Oviedo Cavada, en la Misa solemne con la cual nuestra Universidad conmemoró su CIII aniversario (07.06.1991).

El enfoque ético cristiano frente a los peligros que amenazan al hombre actual, analizado en diversas dimensiones, lo encontramos en el brillante documento del Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, Cardenal J. Ratzinger, "Las amenazas contra la vida humana" y en la apremiante invitación a una vida más evangélica de nuestro Arzobispo Metropolitano y Gran Canciller Universitario, en su texto "Moral, juventud y sociedad permisiva". Ambos temas son de palpitante actualidad e invitan a reflexionar.

La visión humanística, filosófica y universitaria sobre diversos temas clásicos, la encontramos en los aportes de eminentes médicos contemporáneos, como los profesores Joseph Seifert, Benedicto Chuaqui y Roberto Barahona. También este número se enriquece con la contribución del Dr. Wolfgang Wallisfurth sobre "Enfoques filosófico-médicos de Santa Hildegard de Bingen", la cual personifica en toda su pureza el espíritu de la Medicina de la Alta Edad Media. También hemos considerado de gran importancia difundir en nuestro ambiente el conocimiento de la Orden de San Juan Bautista, más conocida como la Orden Militar de Malta, a través de los artículos del profesor Fernando Campos H. y de S.E., el Balf Quintin Jermy Gwyn. Esta antigua organización, estrechamente vinculada a la vida de la Iglesia, nació en la Edad Media, con el *leitmotiv* de defender los valores cristianos y concretamente el Santo Sepulcro, dando origen a las Cruzadas. Ocho siglos más tarde, el espíritu de defensa de la fe no ha cambiado, pero se proyecta en una actitud pacífica de ayuda y de servicio a los pobres y más necesitados.

Nuevamente damos tribuna a nuestro extraordinario e inolvidable Maestro, el Prof. José Balmaceda O., quien, en un documento "clásico", nos transmite su preocupación sobre la evidente tendencia a la deshumanización de la Medicina de nuestros días y nos exalta e incita a la defensa *a outrance* de la dignidad del hombre enfermo. A su vez, el Dr. Fortune, en un ensayo humanístico sobre el sujeto del acto médico, nos habla de "El médico y su alma".

Por séptima vez, en octubre de 1990 y con el generoso patrocinio de Laboratorios Saval, se realizó en las Termas del Corazón, en Los Andes, el tradicional encuentro de académicos de nuestra Escuela de Medicina. El alto nivel de los relatores y de los relatos, seguidos de una amplia discusión, dignificaron este evento. En particular, deseo resaltar el análisis que hizo Monseñor Oviedo de la Constitución Apostólica del Sumo Pontífice Juan Pablo II sobre las Universidades Católicas, *ex corde ecclesiae*, destinada a remover la conciencia, exaltar la responsabilidad e impulsar la rectificación de actitudes de todos los miembros de esta comunidad académica.

Entregamos también los mensajes transmitidos por el Director de la Escuela de Medicina y el Presidente del CEMUC durante la tradicional semana de San Lucas 1990, que en un elevado plano humano expresan sus inquietudes y buscan una mayor integración docente-alumno.

A propósito del egreso de la promoción médica 1991, de la Escuela de Medicina de la Pontificia Universidad Católica de Chile, los doctores Mateo Pierotic C. y Jaime Santander T. editaron el "Anuario Generación 1990". A cinco docentes nos solicitaron una contribución, que a sugerencia de los mismos editores reproducimos en esta revista, para difundirla con mayor amplitud en nuestro ambiente.

También damos a conocer el pensamiento de nuestro Decano y del mejor alumno de la promoción 1990, Dra. María Carolina Gandolfi Ecclefield, en la emotiva ceremonia de entrega de títulos y juramento de los médicos de esa promoción, que por primera vez se realizó en el Centro de Extensión de nuestra Universidad (24.01.1991).

Al cumplirse 20 años de la creación de la Oficina de Educación Médica, la Facultad y la Escuela de Medicina, junto con la OEM, celebraron este acontecimiento con un encuentro académico (09.09.1991), que contó con la participación de sus más conspicuos fundadores y miembros, los doctores Alberto Galofré, Juan Ignacio Monge y el profesor Omar Romo. Adherimos a esta celebración, insertando la totalidad de las contribuciones académicas a dicho evento, en un capítulo especial de nuestra revista. Deseamos a la OEM que siga creciendo y progresando *ad multos annos!*

El espíritu dinámico y progresista de los alumnos de nuestra Escuela de Medicina cristalizó en el excelente Congreso Científico Nacional de Estudiantes de Medicina, realizado a comienzos de agosto de este año. La ceremonia inaugural se inició con un vibrante discurso de la Presidenta del Congreso, interna Srta. Claudía Gormaz, y contó con la participación de las más altas autoridades universitarias y del Ministro de Salud, Dr. Jorge Jiménez de la Jara, quien, en una nota emotiva, hizo pública su filiación a la Escuela de Medicina de esta Universidad. El tema de fondo fue la clase magistral del Rector de la Pontificia Universidad Católica de Chile, profesor Dr. Juan de Dios Vial Correa, quien en forma brillante habló del "Juramento Hipocrático".

Y nuestro Hospital Clínico sigue creciendo... En 1990, dentro de otros logros, se bendijeron e inauguraron el Servicio de Ortopedia y Traumatología y el Laboratorio de Cineangiografía bidimensional, destinado al estudio de niños con cardiopatías congénitas. Ambas estructuras, esperadas por muchos años, representan un avance real en el desarrollo de nuestra institución, destinadas a completar y optimizar el servicio a nuestros enfermos.

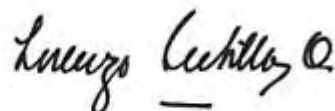
Cerramos nuestra revista con el obituario. En primer lugar, rendimos un profundo homenaje de gratitud a un gran docente que consagró lo mejor de su vida al servicio de esta Escuela: el Dr. Gabriel Letelier Letelier. Aún recuerdo sus exequias en un lluvioso y frío día de invierno, cuando nuestro Decano, en el Parque del Recuerdo, pronunció en nombre de la Facultad de Medicina un emotivo y cálido mensaje de despedida.

El 26.07.91 fuimos sacudidos con la impresionante noticia de la trágica muerte de un brillante alumno del tercer año de Medicina. Se trataba del señor Christian Alejandro Heitmann Guarachi, quien en la práctica del andinismo tuvo un accidente fatal. Sin dejar de ser doloroso, es comprensible que una persona de edad avanzada cumpla con la ley de la vida, pero la partida precoz e inesperada de un adolescente nos deja anonadados y sólo encontramos luz y consuelo en la fe cristiana. ¡Los designios de Dios son inescrutables! Dirijo estas palabras como expresión de sincera solidaridad espiritual con la familia del alumno Heitmann y, en particular, con el tercer año de Medicina de nuestra Escuela. El compañero de curso de Christian, señor Osvaldo Llanos Valdés, resume en una hermosa semblanza la calidad espiritual de este distinguido alumno, cuyo recuerdo deseamos que siempre sea un faro luminoso para nuestros estudiantes de la carrera de Medicina.

Finalmente, deseo expresar mi gratitud a todos los autores que contribuyeron en este número de "Educación Médica U.C.", a la señora Edith Gröger y a la señorita Ruth Yáñez P., por su abnegada colaboración en la transcripción de los manuscritos, y al Dr. Guillermo Leighton S., por su valiosa ayuda en la corrección de las pruebas de imprenta.

También, en nombre de la Escuela de Medicina, dirijo mi reconocimiento a Laboratorios Saval, por el generoso patrocinio de los encuentros de académicos en las Termas del Corazón, y, en forma muy especial, al Arzobispado de Colonia y a Monseñor Herbert Michel, quienes una vez más nos ayudaron a financiar esta publicación.

Afectuosamente,

A handwritten signature in black ink, reading "Lorenzo Cubillos Osorio". The signature is written in a cursive style with a horizontal line under the name.

Dr. Lorenzo Cubillos Osorio
Editor Responsable

Santiago de Chile, 18 de octubre de 1991.
Día de San Lucas, Patrono de los médicos.

Homilía del Gran Canciller de la
Pontificia Universidad Católica
de Chile y Arzobispo de Santiago,
Monseñor Carlos Oviedo Cavada,
el día del Sagrado Corazón

(Día de la Universidad)

Nuestra Universidad tiene como Patrono al Sagrado Corazón de Jesús, para que siempre Jesucristo Nuestro Señor sea la permanente referencia de toda la vida universitaria. El Evangelio que hemos escuchado: cómo se inmoló Jesucristo, cómo murió y —traspasado después con una lanza salió de su costado sangre y agua— comprueba para todos nosotros cuánto fue el amor del Señor al inmolarse por nuestra salvación.

La Iglesia, con la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, quiere que todos los

pueblos cristianos centren su mirada en el Señor, en el amor de Dios, de Dios Padre que nos dio a su Hijo para salvarnos; en el amor de Cristo hacia nosotros, que entrega su vida en la forma más heroica después de sufrir tanto moralmente: la negación, la traición, el desprecio, el abandono, y de padecer, también, materialmente, como fueron los azotes, llevar la cruz y ser crucificado. Nunca terminaremos de entender este grado de generosidad del Señor, de su amor a nosotros para salvarnos. Pero conocemos sí su amor y su

misericordia para salvarnos a todos. El Señor dijo en el Evangelio: "Ejemplos he dado para ser como yo". También cómo cada uno de nosotros debe mirar a Cristo, como su ideal y como su ideal para servir a los demás, especialmente para acercarnos a Dios, para que su sacrificio no sea inútil. Como decía San Pablo: "No hagamos inútil la cruz de Cristo".

La Universidad hoy día, entonces, tiene como comunidad, como cuerpo, como familia, guiar al Señor, alabar y agradecer el amor que El nos manifiesta, penetrar cada vez más lo que significa la inmolación del Señor por nosotros. Y esta fiesta del Sagrado Corazón nos invita a identificarnos con el Señor y acoger ese llamado propio del Corazón de Cristo, que apareciéndose a Santa Margarita María de Alacoque le pide también una pronta reparación. Es decir, que cada uno de nosotros asuma igualmente esa parte de la vida del Señor, que al inmolarse por todos El nos pide también que sepamos reparar por nuestras propias ofensas a Dios y por las ofensas que El sufre en la humanidad.

¡Qué gracia poder comprender cada vez más profundamente esta misión de Jesús y este llamado que El nos hace! y ¡qué importante es acoger esta fiesta en que Cristo inmolándose ofrece la mayor expresión de su amor! El corazón, siempre en el lenguaje humano, expresa la bondad de la persona de buen corazón, para que cada uno de nosotros pueda acercarse más a Jesús y lo pueda imitar.

La importancia para nuestra Universidad Católica es que a partir de cada uno de nosotros, y de toda la comunidad así unida por el amor de Cristo, podamos vivir y mostrar, y realizar—donde estamos—estos mismos ideales que hoy contemplamos en Jesús, que por su amor y misericordia se inmola por nosotros.

El Santo Padre, en su Constitución sobre las Universidades Católicas, concluye su documento hablando de la fuerza y de la misión evangelizadora de la Universidad, y eso va a ser posible en la medida en que cada uno de nosotros, todos nosotros, estemos cada vez más penetrados del amor a Jesucristo, de su verdad, de lo que San Pablo en la segunda lectura nos hablaba de la opción de revelar a Jesucristo a los demás. Lo tendremos que revelar a los

demás desde el testimonio de cada uno de nosotros. Así lo decía Paulo VI: "La primera predicación del Evangelio es el testimonio de la propia vida del que anuncia al Señor". Jesús nos decía, también, ser como la sal de la tierra, la luz del mundo; es decir, que un discípulo suyo tiene que notarse en el ambiente en que vive, tal como se nota la sal en el alimento, como se ve la luz en la oscuridad que disipa la tiniebla; por pequeña que sea una luz deja ver a su alrededor. Así nosotros tenemos que mostrar al Señor en nuestra vida.

Y por el compromiso con la Universidad, como decía el Papa en esa Constitución, para iluminar los criterios, las líneas de pensamiento, los puntos de interés del mundo de hoy, lo que debe ser la vida del hombre y de la mujer en la sociedad, y para que desde la Universidad realmente se presente el servicio a la sociedad. Para eso existe una Universidad, para servir al mundo en que vive, y que tengamos ese sentido de generosidad, de servicio y de servicio especialmente a los que más necesitan, a los más pobres, a los más afligidos.

Este amor de Cristo, por eso, nos debe llevar a lo que es medular de la Universidad en sí misma, a la búsqueda de la verdad, en el perfeccionamiento de quienes allí se preparan para servir en la sociedad, y de dar un significado profundo a todos los hechos humanos interpretando la voluntad de Dios para el servicio del hombre, para el servicio de nuestra sociedad. Cuánta es la importancia de que este espíritu penetre en la Universidad para ser un elemento importante, decisivo, en la vida de nuestra patria, de nuestra comunidad, velando que esta acción cristiana llegue a todas las actividades que aquí existen y fluyen dentro de la Universidad, para que de verdad sean—después de servir la voluntad de Dios que nos ha llamado— un real servicio al hombre y a la mujer de hoy día, una real interpretación de lo que ellos quieren en el mundo en que vivimos.

En su última Encíclica *Centesimus Annus*, el Santo Padre—después de examinar lo que sucedió en Europa del Este en 1989, cuando desaparecían regímenes que parecían inamovibles, irreversibles— en su análisis concluye al final diciendo que lo que provocó el derrumbe de esos regímenes ha sido el ateísmo. Dejando a Dios

fuera de la vida del hombre, fuera de la vida de los pueblos, la sociedad se vuelve contra el mismo hombre, no se respeta su persona, sus derechos, su libertad; y, por eso, es que Dios tiene que estar presente en nuestra vida social, en nuestra vida cultural, en la vida de nuestra comunidad. Y la Universidad Católica tiene por eso una importante presencia a través de todas sus manifestaciones culturales, académicas, religiosas, para ir interpretando y realizando lo que Dios quiere a través del progreso cultural en la vida de la ciudad. El Sagrado Corazón de Jesús, por eso nos llama a que con sacrificio, con la entrega de nuestra vida a El, podamos realizar esta tarea tan importante en el mundo cultural de hoy. Darle esperanza a las generaciones jóvenes y mostrar a Jesucristo realmente como nuestro gran ideal y el único que nos puede guiar para hacer mejor el mundo en que vivimos, y legar a las generaciones futuras una orientación, un camino seguro por donde seguir en la vida.

De allí que agradecemos a Dios celebrar hoy esta fiesta del Sagrado Corazón de Jesús en nuestra Universidad, para que se realice plenamente lo que Dios quiere de ella. Pero lo que Dios quiere de ella con nosotros, no sin nosotros. Y cada uno, por eso, hoy tiene que pedir al Corazón de Cristo tener esa adhesión a El, saber la dimensión de su amor hacia nosotros, de generosidad, hasta de inmolación, para entregarnos en este ideal al servicio de los demás en nuestro propio bien y de nuestra Universidad.

Le pedimos a la Santísima Virgen María, la que más conoce y ama a su Hijo Jesús, que nos enseñe a acercarnos al Señor, a conocerlo, a amarlo, a responderle con nuestra vida. Que la Virgen Santísima nos ayude a realizar esta vocación tan importante de evangelización de la cultura que tiene nuestra Universidad.

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Oración del Mes del Sagrado Corazón

Rendido a vuestros pies, ¡oh Jesús mío!, considerando las inefables muestras de amor que me habéis dado y las sublimes lecciones que me enseña de continuo vuestro adorabilísimo Corazón, os pido humildemente la gracia de conoceros, amaros y serviros como fiel discípulo vuestro, para hacerme digno de las mercedes y bendiciones que, generoso, concedéis a los que de veras os conocen, aman y sirven. ¡Mirad que soy muy pobre, dulcísimo Jesús, y necesito de Vos como el mendigo de la limosna que el rico le ha de dar! ¡Mirad que soy muy rudo, oh soberano Maestro, y necesito de vuestras divinas enseñanzas, para luz y guía de mi ignorancia! ¡Mirad que soy muy débil, oh poderosísimo amparo de los débiles, y caigo a cada paso y necesito apoyarme en Vos, para no desfallecer! Sedlo todo para mí, Sagrado Corazón; socorro de mi miseria, lumbre de mis ojos, báculo de mis pasos, remedio de mis males, auxilio de toda necesidad. De Vos lo espera todo mi pobre corazón. Vos lo alentasteis y convidasteis, cuando con tan tiernos acentos dijisteis repetidas veces en vuestro Evangelio: "Venid a Mí..., Aprended de Mí..., Pedid, Llamad...". A las puertas de vuestro Corazón vengo, pues, hoy, y llamo, y pido, y espero. Del mío os hago, ¡oh Señor!, firme, formal, decidida entrega. Tomadlo Vos, y dadme en cambio lo que sabéis me ha de hacer bueno en la tierra y dichoso en la eternidad. Amén.

Cuarto Consistorio Extraordinario

"La Iglesia frente a las amenazas contra la vida humana"

Relación del Cardenal Joseph Ratzinger,

*Prefecto de la Sagrada Congregación de la Doctrina
de la Fe, con sede en el Vaticano.
Es reconocido como uno de los más destacados teólogos del
mundo contemporáneo. Autor de numerosos libros
y publicaciones. Visitó la P.U.C. de Chile
en julio de 1988.*



EL PROBLEMA DE LAS AMENAZAS CONTRA LA VIDA HUMANA

I. Los fundamentos bíblicos

Para afrontar adecuadamente el problema de las amenazas contra la vida y para encontrar el modo más eficaz de defender la vida humana contra esas amenazas, debemos, ante todo, analizar los elementos esenciales, positivos y negativos del actual debate antropológico. El dato esencial del que es preciso partir es

y sigue siendo la visión bíblica del hombre, formulada de modo ejemplar en las narraciones de la creación. La Biblia define al ser humano su esencia, que es anterior a toda historia y no se pierde nunca en la historia con dos indicaciones:

1. El hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios (Gn 1, 26); él es *capax Dei* y, por tanto, está bajo la protección personal de Dios; es "sagrado": "Quien vertiere sangre de hombre, por otro hombre será su sangre vertida,

porque a imagen de Dios hizo El al hombre" (Gn 9, 6).

2. Todos los hombres son un único hombre, porque provienen de un único padre, Adán, y de una única madre, Eva, "la madre de todos los vivientes" (Gn 3, 20). Esta unicidad del ser humano, que implica la igualdad, los mismos derechos fundamentales para todos, es repetida solemnemente en numerosas ocasiones tras el diluvio.

Ambos aspectos —la dignidad divina del ser humano y la unicidad de su origen— encuentran un sello definitivo en la figura del segundo Adán, Cristo: el Hijo de Dios murió por todos, para reunir a todos en la salvación definitiva de la filiación divina.

Este anuncio bíblico es el baluarte de la dignidad humana y de los derechos humanos; es la gran herencia de humanismo auténtico confiada a la Iglesia, cuyo deber consiste en encarnar este anuncio en todas las culturas, en todos los sistemas sociales y constitucionales.

II. *La dialéctica de la época moderna*

Si echamos, ahora, una breve mirada a la época moderna, nos encontraremos frente a una dialéctica que perdura hasta el día de hoy. Por una parte, la época moderna se enorgullece de haber descubierto la idea de los derechos humanos, inherentes a todo ser humano y que son anteriores a todo derecho positivo, y de haber proclamado también estos derechos en declaraciones solemnes. Por otra parte, los derechos así reconocidos en teoría, nunca han sido negados tan profunda y radicalmente en el plano de la práctica. Las raíces de esta contradicción deben buscarse en el vértice de la época moderna: en las teorías iluministas del conocimiento, con la visión de la libertad que va implicada en ellas, y en las teorías del contrato social, con la idea de la sociedad que las acompaña.

Según el iluminismo, la razón debe emanciparse de todo vínculo con la tradición y la autoridad para pensar por sí misma. Así acabará por concebirse como una instancia cerrada, independiente. La verdad no será ya un dato objetivo, que se muestra a todos y a cada uno, tam-

bién a través de los demás, sino que se convertirá poco a poco en una exterioridad que cada uno capta desde su punto de vista, sin saber nunca en qué medida la visión que él ha tenido coincide con lo que es el objeto en sí mismo o con lo que de él perciben los demás.

La misma verdad del bien resulta inalcanzable. La idea del bien en sí queda fuera del alcance del hombre. El único punto de referencia para cada uno es lo que él puede concebir por sí solo como bien. Por consiguiente, la libertad ya no se ve positivamente como una tensión hacia el bien, tal como lo descubre la razón con la ayuda de la comunidad y de la tradición, sino que se define más bien como una emancipación de todos los condicionamientos que impiden a cada uno seguir su propia razón.

Durante todo el tiempo que permanezca viva —al menos de forma implícita— la referencia a los valores cristianos para orientar la razón individual hacia el bien común, la libertad se limitará a sí misma en función de un orden social, de una libertad que es preciso asegurar a todos.

Las teorías del contrato social se fundaban precisamente sobre la idea de un derecho antecedente a las voluntades individuales y que debe ser respetado por ellas. Pero también aquí, perdida la referencia común a los valores y finalmente a Dios, la sociedad no aparecerá ya más que como un conjunto de individuos yuxtapuestos, y el contrato que los une será percibido necesariamente como un acuerdo entre quienes tienen el poder de imponer su voluntad a los demás.

Así, por una dialéctica intrínseca, a la modernidad, se pasa de la afirmación de los derechos de la libertad, pero separados de toda referencia objetiva a una verdad común, a la destrucción de los fundamentos mismos de esa libertad. El "déspota iluminado" de los teóricos del contrato social se convirtió en el Estado tirano, de hecho totalitario, que dispone de la vida de los más débiles, desde el niño aún no nacido hasta el anciano, en nombre de una utilidad pública que no es ya, en realidad, más que el interés de algunos.

Y, precisamente, esta es la característica más destacada de la gran desviación actual en materia de respeto por la vida:

no se trata ya de una problemática de moral simplemente individual, sino de una problemática de moral social, a partir del momento en que Estados, e incluso organizaciones internacionales, se hacen garantes del aborto o de la eutanasia, votando leyes que los autorizan, y ponen los medios de que disponen al servicio de los que las ejecutan.

III. *La guerra contra la vida*

De hecho, aunque hoy podemos observar una movilización de las fuerzas que quieren defender la vida humana en diversos movimientos "en favor de la vida", movilización que es alentadora y ofrece motivos de esperanza, con todo debemos reconocer francamente que hasta ahora es más fuerte el movimiento contrario: la extensión de legislaciones y de prácticas que destruyen voluntariamente la vida humana, sobre todo la vida de los más débiles: los niños aún no nacidos. Hoy somos testigos de una auténtica guerra de los poderosos contra los débiles, una guerra que busca la eliminación de los minusválidos, de los que resultan una molestia, e incluso de aquellos que simplemente son pobres e "inútiles", en todos los momentos de su existencia. Con la complicidad de los Estados, se han empleado medios colosales contra las personas, al alba de su vida, o cuando su vida se ha hecho vulnerable por un accidente o por una enfermedad, y cuando esa vida está cercana a su extinción.

Se lanzan contra la vida que nace mediante el aborto (al parecer, en el mundo se realizan entre treinta y cuarenta millones al año) y precisamente con el fin de facilitar el aborto se han invertido millones de millones para fabricar píldoras abortivas (RU 486). Igualmente se han gastado muchos miles de millones para lograr que la contracepción sea menos nociva para la mujer, con la contrapartida de que ahora gran parte de los anticonceptivos químicos que se hallan en el mercado actúan de hecho, principalmente, como antianidatorios, es decir, como abortivos, sin que las mujeres lo sepan. ¿Quién podría calcular el número de las víctimas de esta hecatombe escondida?

Los embriones sobrantes, producidos inevitablemente mediante la FIVET, son

congelados y eliminados, cuando no se unen a sus pequeños hermanos abortados que son utilizados como "conejiillos de Indias" para la experimentación o se transforman en materia prima para curar enfermedades, como el mal de Parkinson y la diabetes. La FIVET misma resulta con frecuencia ocasión de abortos, incluso "selectivos" (por elección de sexo), cuando se producen indeseados embarazos múltiples.

En las mujeres que se suelen denominar "con riesgo", la diagnosis prenatal se usa en muchas ocasiones para eliminar sistemáticamente todos los fetos que pudieran estar más o menos malformados o enfermos. Todos los que tienen la buena suerte de que los dejen llegar hasta el término del embarazo de su madre, pero que tienen la desgracia de nacer minusválidos, corren el serio peligro de ser suprimidos inmediatamente tras el nacimiento o de que se les rechace la alimentación o los cuidados más elementales.

Más tarde, a aquellos que caigan en un coma "irreversible" a causa de una enfermedad o un accidente, con frecuencia se les acelerará la muerte para responder a las demandas de trasplantes de órganos, o servirán, también ellos, para la experimentación médica ("cadáveres calientes").

IV. *Los motivos de la opción a la vida: la lógica de la muerte*

Pero ¿por qué esta victoria de una legislación o de una praxis antihumana, precisamente en el momento en que la idea de los derechos humanos parecía haber llegado a un reconocimiento universal e incondicionado? ¿Por qué también cristianos, incluso personas de elevada formación moral, piensan que la normativa sobre la vida humana podría y debería entrar en los compromisos necesarios de la vida política?

1. En un primer nivel de nuestra reflexión, me parece que se pueden señalar dos motivos, tras los cuales se esconden probablemente otros. Uno se refleja en la posición de aquellos que afirman la necesaria separación entre convicciones éticas personales y ámbito político, en el que se formulan las leyes: aquí el único valor que se ha de respetar sería la total libertad de elección de

todo individuo, dependiendo de sus propias opiniones privadas.

La vida social, en la imposibilidad de fundarse en cualquier referencia objetiva común, debería concebirse como resultado de un compromiso de intereses con el fin de garantizar a cada uno la mayor libertad posible. Pero, en realidad, donde el criterio decisivo del reconocimiento de los derechos es el de la mayoría, donde el derecho a la expresión de la propia libertad puede prevalecer sobre el derecho de una minoría que no tiene voz, es la fuerza la que se ha convertido en criterio del derecho.

Eso resulta mucho más evidente y dramáticamente cuando, en nombre de la libertad de quien tiene poder y voz, se niega el derecho fundamental a la vida de quien no tiene la posibilidad de hacerse escuchar. En realidad, toda comunidad política, para subsistir, debe reconocer, al menos, un mínimo de derechos objetivamente fundados, no acordados mediante convenciones sociales, sino anteriores a toda reglamentación política del derecho. Se entiende, entonces, cómo un Estado que usurpe la prerrogativa de definir cuáles seres humanos son o no son sujetos de derechos, y que reconozca, por tanto, a algunos el poder de violar el derecho fundamental a la vida de otros, va contra el ideal democrático, al que dice atenerse, y mina las mismas bases en que se apoya. En efecto, aceptando que se violen los derechos del más débil, acepta también que el derecho de la fuerza prevalezca sobre la fuerza del derecho. Se ve, así, que la idea de una tolerancia absoluta de la libertad de elección de algunos destruye el fundamento mismo de una convivencia justa entre los hombres.

Con todo, podríamos preguntarnos cuándo comienza a existir la persona, sujeto de derechos fundamentales que se han de respetar absolutamente. Si no se trata de una concesión social, sino más bien de un reconocimiento, también los criterios para esta determinación deben ser objetivos. Como ha confirmado la *Donum vitae* (I, 1), las recientes adquisiciones de la biología

humana reconocen que "en el cigoto que deriva de la fecundación, ya se encuentra constituida la identidad biológica de un nuevo individuo humano". Aunque ningún dato experimental puede suficientemente, por sí mismo, para hacer reconocer un alma espiritual, las conclusiones de la ciencia acerca del embrión humano ofrecen una indicación preciosa para discernir racionalmente una presencia personal desde esta primera aparición de una vida humana. En todo caso, desde el primer momento de su existencia, al fruto de la generación humana se ha de garantizar el respeto incondicionado que se debe moralmente al ser humano en su totalidad corporal y espiritual.

2. Un segundo motivo que explica la difusión de una mentalidad de oposición a la vida se halla vinculado, en mi opinión, con la concepción misma de la moralidad tan extendida hoy en día. A una visión individualista de la libertad, entendida como derecho absoluto de autodeterminarse sobre la base de las propias convicciones, se asocia con frecuencia una idea meramente formal de conciencia. Esta no tiene ya sus raíces en la concepción clásica de la conciencia moral (cf. *Gaudium et spes*, 16). En esa concepción, propia de toda la tradición cristiana, la conciencia es la capacidad de abrirse al llamado de la verdad objetiva, universal e igual para todos, que todos pueden y deben buscar.

Por el contrario, en la concepción innovadora, de clara ascendencia kantiana, la conciencia está desvinculada de su relación constitutiva con un contenido de verdad moral y se reduce a una mera condición formal de la moralidad: se referiría sólo a la bondad de la intención subjetiva. De ese modo, la conciencia es solamente la subjetividad elevada a criterio último del actuar. La idea cristiana fundamental, según la cual no hay ninguna instancia que pueda oponerse a la conciencia, no tiene ya el significado originario e irrenunciable por el que la verdad no puede menos de imponerse en virtud de sí misma, es decir, en la interioridad personal, sino que se convierte en una deificación de

la subjetividad, de la que la conciencia es oráculo infalible, que nada ni nadie puede poner en tela de juicio.

V. *Las dimensiones antropológicas del desafío*

1. Es preciso ir más a fondo aún al identificar las raíces de esta oposición a la vida. Así, en un segundo nivel, reflexionado en los términos de una visión más personalista, encontramos una visión antropológica sobre la que es necesario detenerse, aunque sea brevemente.

Hay que señalar aquí un nuevo dualismo que se afirma cada vez más en la cultura occidental y hacia la que convergen algunos de los rasgos que caracterizan su mentalidad: el individualismo, el materialismo, el utilitarismo y la ideología hedonista de la realización de sí mismos por parte de sí mismos. En efecto, el cuerpo ya no se percibe espontáneamente por el sujeto como la forma concreta de todas las relaciones con respecto a Dios, los demás y el mundo; como el dato que lo inserta dentro de un universo en construcción, en una conversación que se está desarrollando, en una historia rica de sentido en la que no puede participar de modo positivo si no es aceptando sus reglas y su lenguaje. El cuerpo aparece, más bien, como un instrumento al servicio de un proyecto de bienestar, elaborado y perseguido por la razón técnica, que calcula cómo podrá sacar de él el mayor provecho.

La misma sexualidad queda, así, despersonalizada e instrumentalizada. Aparece como una simple ocasión de placer y no ya como la realización del don de sí, ni como la expresión de un amor que, en la medida que es verdadero, acoge íntegramente al otro y se abre a la riqueza de vida de que es portador, a su hijo, que será también su propio hijo. Los dos significados, unitivo y procreativo, del acto sexual quedan separados. La unión resulta empobrecida, mientras que la fecundidad se remite a la esfera del cálculo racional: "el hijo, sí, pero cuando lo quiero y como lo quiero".

Así, resulta evidente que ese dualismo entre una razón técnica y un cuerpo objeto, permite al hombre escapar del misterio del ser. En realidad, el nacimiento y la muerte, el surgir de otra persona y su desaparición, la venida y la disolución del "yo" remiten directamente al sujeto a la cuestión de su propio sentido y de su propia existencia. Tal vez para huir de esa pregunta angustiosa busca asegurarse un dominio lo más completo posible sobre estos dos momentos clave de la vida, y trata de transferirlos a la zona de obrar. Así, crea la ilusión de que el hombre se posee a sí mismo, gozando de una libertad absoluta, de que el hombre puede ser fabricado según un cálculo que no deja nada a la incertidumbre, nada a la casualidad, nada al misterio.

2. Un mundo que toma determinaciones de eficiencia tan absolutas; un mundo que ratifica hasta ese punto la lógica utilitaria; un mundo que, además, concibe la libertad como un derecho absoluto del individuo y la conciencia como una instancia subjetiva totalmente aislada, tiende necesariamente a empobrecer todas las relaciones humanas hasta considerarlas en último término como relaciones de fuerza, y a no reconocer al ser humano más débil el puesto que le corresponde. Desde este punto de vista, la ideología utilitaria sigue el mismo derrotero que la mentalidad "machista", y el "feminismo" aparece como una relación legítima a la instrumentalización de la mujer.

Con todo, muy frecuentemente, el así llamado "feminismo" se basa en los mismos presupuestos utilitaristas del "machismo" y, lejos de liberar a la mujer, coopera más bien a su servidumbre.

Cuando, en la línea del dualismo al que hemos aludido, la mujer reniega de su propio cuerpo, considerándolo como un puro objeto al servicio de una estrategia de conquista de la felicidad, mediante la realización de sí misma, reniega también de su femineidad, del modo propiamente femenino del don de sí y de la acogida del otro, de la que la maternidad es el signo más típico y la realización más concreta.

Cuando la mujer se declara partidaria del amor libre y llega al extremo de reivindicar el derecho de abortar, contribuye a reforzar una concepción de las relaciones humanas, según la cual la dignidad de cada uno depende, a los ojos del otro, de cuanto él puede dar. En todo esto la mujer toma posición contra su propia femineidad y contra los valores de los que esta última es portadora: la acogida de la vida, la disponibilidad hacia el más débil, la entrega sin condiciones a quien tiene necesidad de ella. Un auténtico feminismo, trabajando por la promoción de la mujer en su verdad integral y por la liberación de todas las mujeres, trabajaría también por la promoción de todo el hombre y la liberación de todos los seres humanos. En efecto, lucharía para que la persona fuera reconocida en la dignidad que le viene del único hecho de existir, de haber sido querida y creada por Dios, y no de su utilidad, de su fuerza, de su belleza, de su inteligencia, de su riqueza o de su salud. Se esforzaría por promover una antropología que valore la esencia de la persona como hecha para el don de sí y para la acogida del otro, de la que el cuerpo, masculino o femenino, es el signo y el instrumento.

Precisamente desarrollando una antropología que presente al hombre en su integralidad personal y relacional es como se puede responder a la argumentación difundida, según la cual el mejor medio para luchar contra el aborto sería el de promover la contracepción. Cada uno de nosotros ya ha escuchado este reproche dirigido a la Iglesia: "Es absurdo que queráis prohibir al mismo tiempo la contracepción y el aborto. Impedir el acceso a la primera significa hacer inevitable el segundo". Pero la experiencia se encarga de contradecir esa afirmación, que a primera vista parece del todo plausible: por lo general, se constata un crecimiento paralelo de las tasas de recurso a la contracepción y de las tasas de los abortos. La paradoja es sólo aparente. En efecto, es preciso darse cuenta de que tanto la contracepción como el aborto hunden sus raíces en esa visión despersona-

lizada y utilitarista de la sexualidad y de la procreación que acabamos de describir y que se basa, a su vez, en una concepción mutilada del hombre y de su libertad.

En efecto, no se trata de asumir una gestión responsable y digna de la propia fecundidad en función de un proyecto generoso, siempre abierto a la acogida eventual de una nueva vida imprevista.

Se trata, más bien, de asegurarse un dominio completo de la procreación, que rechaza incluso la idea de un hijo no programado. Entendida en estos términos, la contracepción conduce necesariamente al aborto como "solución de reserva". No se puede reforzar la mentalidad anticonceptiva sin reforzar al mismo tiempo la ideología que la sostiene y, por tanto, sin alentar, implícitamente, el aborto. Por el contrario, si se desarrolla la idea de que el hombre no se encuentra plenamente a sí mismo, salvo en el don generoso de sí y en la acogida incondicionada del otro, simplemente porque éste existe, el aborto aparecerá cada vez más como un crimen absurdo.

Una antropología de tipo individualista conduce, como hemos visto, a considerar la verdad objetiva como inaccesible, la libertad como arbitraria, la conciencia como una instancia cerrada en sí misma. Esa antropología orienta a la mujer no sólo al odio hacia sí misma y hacia la propia femineidad, sobre todo hacia la propia maternidad.

Dicha antropología, más generalmente, orienta al ser humano al odio hacia sí mismo. El hombre se desprecia hacia sí mismo; ya no está de acuerdo con Dios, que había encontrado que "estaba muy bien" todo cuanto había hecho (Gn 1, 31). Al contrario, el hombre de hoy ve en sí mismo el gran destructor del mundo, un producto infeliz de la evolución. Y, en realidad, el hombre que no tiene ya acceso a lo infinito, a Dios, es un ser contradictorio, un producto fracasado. Aquí aparece la lógica del pecado: el hombre, queriendo ser como Dios, busca la independencia absoluta. Para ser autosuficiente, debe hacerse independiente, debe emanciparse también del amor, que es siempre

la gracia libre, y no se puede fabricar o hacer. Pero, al hacerse independiente del amor, el hombre se ha separado de la verdadera riqueza de su ser; se ha quedado vacío, y la oposición contra el propio ser resulta inevitable. "No está bien ser un hombre": la lógica de la muerte pertenece a la lógica del pecado. Así, queda abierto el camino hacia el aborto, hacia la eutanasia y la explotación de los más débiles.

Resumiendo todo lo anterior, podemos decir: la raíz última del odio contra la vida humana, de todos los ataques contra la vida humana, es la pérdida de Dios. Donde Dios desaparece, desaparece también la dignidad absoluta de la vida humana.

VI. *Posibles respuestas al desafío de nuestro tiempo*

¿Qué hacer en esta situación para responder al desafío que acabamos de descubrir? Por mi parte, quisiera limitarme a las posibilidades vinculadas con la función del Magisterio. No faltan las intervenciones magistrales sobre este problema en los últimos años. El Santo Padre insiste incansablemente en la defensa de la vida como deber fundamental de todo cristiano; muchos obispos hablan de ella con gran competencia y fuerza. La Congregación para la doctrina de la fe ha publicado en estos años algunos documentos importantes sobre los temas morales que guardan relación con el respeto debido a la vida humana.

A pesar de estas tomas de posición, y a pesar de numerosas intervenciones pontificias sobre algunos de estos problemas o sobre sus aspectos particulares, el campo permanece abierto para nuevas declaraciones globales, a nivel doctrinal, que vayan a las raíces más profundas y denuncien las consecuencias más aberrantes de la "mentalidad de la muerte".

Por tanto, se podría pensar en un posible documento sobre la defensa de la vida

humana; a mi parecer, debería presentar dos características originales con respecto a los documentos precedentes. Ante todo, no debería desarrollar sólo consideraciones de moral individual, sino también aquellas otras de moral social y política. Más en detalle, las diversas amenazas contra la vida humana podrían afrontarse desde cinco puntos de vista: el punto de vista doctrinal (con una afirmación solemne del principio según el cual "matar directamente a un ser humano inocente es siempre materia de culpa grave"), el cultural, el legislativo, el político y, finalmente, el práctico.

Llegamos así a la segunda característica original de un posible nuevo documento: aunque en él la denuncia deba encontrar un espacio, éste no será el espacio principal. Se trataría, ante todo, de volver a señalar el gozoso anuncio del valor inmenso del hombre y de todo hombre, por más pobre, débil y sufriente que sea; tal como este valor puede aparecer a los ojos de los filósofos, pero sobre todo como —según nos dice la Revelación— aparece a los ojos de Dios.

Se trataría de recordar con admiración las maravillas del Creador hacia su criatura, la del Redentor hacia aquellos a quienes vino a salvar. Se trataría de mostrar cómo la acogida del Espíritu comporta en sí misma la disponibilidad generosa a la otra persona y, por tanto, la acogida de toda vida humana a partir del instante en que se anuncia hasta el momento en que se extingue.

En pocas palabras, contra todas las ideologías y las políticas de muerte, es la Buena Nueva cristiana la que se quiere presentar en lo que tiene de esencial: Cristo ha abierto, por encima de todo sufrimiento, el camino a la acción de la gracia, por la vida, tanto en su aspecto humano como en su aspecto divino.

Roma, 12 de abril de 1991.

Moral, juventud y sociedad permisiva

Invitación a una vida más evangélica

Monseñor
Carlos Oviedo Cavada
Arzobispo de Santiago

*Miembro de la Orden Mercedaria.
Ordenado Sacerdote en Santiago (24.09.1949).
Doctor en Derecho Canónico en la Universidad
Gregoriana de Roma (1953).
Profesor en la Facultad de Teología en la P.U.C.
de Chile. Miembro de la Academia Chilena
de Historia y de la Sociedad de Historia de la Iglesia
en Chile. Obispo Auxiliar de Concepción (1964).
Arzobispo de Antofagasta y Administrador
Apostólico de Calama (1974).
Arzobispo de Santiago y Gran Canciller de la
Pontificia Universidad Católica de Chile (1990).*



INTRODUCCION

1. Muchas personas, procedentes de las más variadas instancias de la Iglesia y de la sociedad, me han solicitado —y hasta exigido— decir una palabra orientadora acerca de la creciente inmoralidad que se advierte en la vida de las personas, en la vida pública y en los medios de comunicación social, con diversas expresiones que rebajan la dignidad del hombre y de la mujer. Nuestra sociedad actual parece encaminarse aceleradamente por la

pendiente que conduce a lo que en otros países se ha llamado la “sociedad permisiva”.

2. Estas expresiones de inmoralidad, que aparecen con frecuencia publicitadas, traerán inevitablemente consecuencias disolventes para las familias y para todo el tejido social, si ellas son acogidas y aceptadas por las personas, puesto que atentan contra la pureza e integridad de la vida humana. En cierta medida, esto ya está ocurriendo, y no sólo en forma aislada

sino de manera generalizada, produciendo un ambiente de degradación, a veces tan profundo, que muchas personas ya han perdido la sensibilidad para percibir la inmoralidad y piensan que se trata sólo de la mentalidad propia de los nuevos tiempos a la que hay que adaptarse, abandonando las costumbres anticuadas.

3. Me preocupa especialmente el hecho de que no son únicamente personas ajenas a la fe católica o a cualquiera otra manifestación de la conciencia religiosa quienes abandonan la moral natural, sino que existen también católicos que rechazan los mandamientos de la ley de Dios y la doctrina moral de la Iglesia, o al menos, si no la rechazan explícitamente, parece importarles muy poco. Dicen que son católicos, pero no aceptan la moral de la Iglesia, ni en la vida privada ni en la pública.

4. Las consecuencias más fáciles de advertir en este clima de creciente inmoralidad son:

— el *erotismo malsano y deshonesto* difundido en las formas de hablar, en la música y en el baile, en los "videos", en el cine, en revistas pornográficas y en otras aparentemente más refinadas, en la propaganda comercial, en las diversas expresiones de la moda femenina, en variadas formas de un cierto libertinaje sexual que se vuelve público y escandaloso;

— la *deshonestidad en la administración* y en los negocios, la práctica de la usura o de la ganancia ilegítima, la coima, el comercio de la droga, el consumismo exagerado y ostentoso, la creciente desigualdad económica y social;

— la *delincuencia creciente* y con uso de violencia hacia las personas, los asaltos, el terrorismo y el impactante aumento de los delitos sexuales.

5. Muchas de estas manifestaciones de inmoralidad ya no asombran a la población ni producen reacción alguna, sino que se van difundiendo sutilmente como algo natural de estos tiempos, adormeciendo la conciencia y transformando al hombre en un objeto que se puede usar y destruir. Las mejores energías creadoras de la juventud, que deberían ser canalizadas a alcanzar los ideales más altos de la

naturaleza humana, creada por amor y a imagen y semejanza de Dios mismo (Cfr. Gén. 1, 27), se desvían hacia la violencia, hacia el desprecio de la verdad y de la justicia, hacia el vacío y la autodestrucción.

6. Por cierto, esta situación no se ha producido de un día para otro, sino que refleja un proceso que tiene ya tiempo entre nosotros y en el que han incidido poderosamente diversas influencias que vienen desde las sociedades secularizadas de Europa y Norteamérica. Sin embargo, el factor más importante que ha contribuido a crear esta alarmante situación es la progresiva debilidad de la familia como institución humana, debilidad que se produce cuando los padres abandonan su obligación irrenunciable de dar formación moral a sus hijos, o cuando la familia se desintegra por la separación de los cónyuges o cuando ni siquiera alcanza a constituirse. La ruptura frecuente de la relación entre los esposos y sus subsiguientes matrimonios con otras personas, no sólo hace que sus hijos sufran muchísimo por la separación de sus padres, sino que debilita su moral al quedar desvalidos de la autoridad paternal y maternal que debería ayudarlos y orientarlos en su formación.

7. La educación se ha visto también empobrecida en la medida en que no hay una preocupación especial por la transmisión de los valores de superación y de autodomínio personal en la vida de los niños y de los jóvenes. Por ello, las principales víctimas de este proceso de desorientación moral son los propios jóvenes, que en lugar de recibir la educación moral a que tienen derecho, son desorientados por las modas, la publicidad, el consumismo, el libertinaje sexual y la difusión de delitos cometidos impunemente contra bienes y personas.

8. La verdadera y última explicación de este deterioro moral, sin embargo, hay que buscarla en el debilitamiento de la fe. Sin fe, o con una fe debilitada, no hay moral que pueda sostenerse. Tanto entre quienes no tienen fe, como entre aquellos que la han abandonado, y entre los propios católicos, el inadecuado desarrollo de la conciencia religiosa ha hecho que se haya ido atrofiando y pervirtiendo el sen-

tido de la "libertad de conciencia", de tal manera que ha desembocado en una situación en que cada uno hace en su vida afectiva lo que quiere, sin limitación alguna, como también en sus acciones políticas, económicas y sociales, o en cualquier otro ámbito de la vida diaria. Esta confusión entre la libertad de conciencia y una conciencia arbitraria, determinada por las propias inclinaciones, que no se orienta a la búsqueda de la verdad y que no reconoce, por tanto, la moral objetiva, es la causa inmediata de este clima de permisivismo que hasta relativiza o desprecia el valor de la vida humana.

9. La fe auténtica ha representado siempre un fundamento sólido para el desarrollo de la conciencia moral en el hombre, porque da una mirada atenta, agradecida y respetuosa frente a los bienes de la naturaleza y frente a las personas, puesto que reconoce en ellos un don de Dios, un signo de su bondad. Así, cuando la fe se debilita, tarde o temprano comienzan también a socavarse la moral y las costumbres de la población. En lugar de la actitud agradecida ante la vida aparece la actitud egofista y manipuladora, que quiere dominar y someter las cosas y las personas a los propios caprichos de la fantasía y de la voluntad, a la obtención de ganancias o de prestigio, o a acrecentar el poder con la vana ilusión de que todo ello ayudará a dar más valor a la vida. No sólo la historia de la Iglesia, de sus mártires y de sus santos, sino que la historia religiosa de toda la humanidad muestra que quienes tienen el más alto valor por la vida son aquellos que están dispuestos a entregarla por amor, sin condiciones, sólo con el deseo de servir y de dar gracias.

10. Son estos mismos motivos los que me han decidido a entregar esta Carta Pastoral a todos los hijos de la Iglesia y a todos los hombres de buena voluntad, pues frente a un problema tan difundido y que se va haciendo cada vez más profundo en la sociedad, no es posible la indiferencia, ni tampoco el sentirse derrotados ante esta ola creciente de inmoralidad que gusta a tantos. Es necesario denunciar con claridad la situación que vivimos y proponer orientaciones que permitan

superar este fenómeno, movilizándolo las conciencias para emprender una tarea común de dignificación de nuestras vidas y de nuestro tiempo.

11. Para lograr este propósito contamos con la gran ayuda del magisterio pontificio, como también del magisterio de los obispos de nuestro continente y de nuestro país. Quisiera invitar a todos, y especialmente a los educadores y formadores, a tener presente para una lectura provechosa de esta Carta los siguientes documentos: *Lumen gentium*, *Gaudium et spes* y *Apostolicam actuositatem* del Concilio Vaticano II. Y los siguientes documentos pontificios: *Humanae vitae* de Paulo VI, de 25 de julio de 1968. De Juan Pablo II *Redemptor Hominis*, de 4 de marzo de 1979, *Familiaris consortio*, de 22 de noviembre de 1981; *Reconciliatio et Paenitentia*, de 2 de diciembre de 1984; *Redemptoris Mater*, de 25 de marzo de 1987; *Mulieris dignitatem*, de 15 de agosto de 1988; *Christifideles laici*, de 30 de diciembre de 1988, y *Centesimus annus*, de 1º de mayo de 1991. Igualmente, los documentos de la Congregación para la Doctrina de la Fe: *Declaración sobre algunas cuestiones de ética sexual*, de 29 de diciembre de 1975; *Declaración sobre la eutanasia*, de 5 de mayo de 1980; *Instrucción sobre libertad cristiana y liberación*, de 22 de marzo de 1986; *Carta a los obispos de la Iglesia Católica sobre la atención pastoral a las personas homosexuales*, de 1º de octubre de 1986; *Instrucción sobre el respeto de la vida humana naciente y la dignidad de la procreación. Respuesta a algunas cuestiones de actualidad*, de 22 de febrero de 1987. De la Conferencia episcopal: *Matrimonio y divorcio*, de 6 de febrero de 1971. De la Comisión doctrinal de la Conferencia episcopal de Chile: *Un enfoque ético-cristiano de la vida y la sexualidad*, de septiembre de 1990, y *Unidos para siempre*, de julio de 1991. Y de Mons. Carlos González Cruceaga *SIDA y Educación sexual*, de 1º de marzo de 1991.

12. Me dirijo a todos con la actitud propia del Pastor, consciente de que se trata de una materia difícil y que contrasta la mentalidad de muchas personas e instituciones. Pero sé también que hay mucha gente con grandeza de espíritu

que sufre por el deterioro moral de nuestra sociedad y que desea que se revierta eficazmente esta situación evitando el derrumbe moral de nuestro pueblo que llevaría a aceptar que en la vida personal y social de los hombres y mujeres de hoy Dios no cuenta. Sé también que hay muchos que por debilidad o ingenuidad, por engaño o falsas ilusiones, se han dejado atrapar por esta mentalidad inmoral y permisiva, pero que en el fondo de su corazón esperan que alguien les tienda una mano o les diga una palabra verdadera que les permita volverse a poner de pie y caminar.

13. Mi palabra se dirige especialmente a los católicos para llamarlos a redescubrir y revitalizar su responsabilidad moral y para alentarlos, con el auxilio de Dios, a seguir el Evangelio y las enseñanzas de la Iglesia. Así serán verdaderamente felices y darán testimonio de que son *bienaventurados los limpios de corazón, porque verán a Dios* (Mt. 5, 8). Quisiera recordarles con las palabras de *Lumen Gentium* que *por la regeneración y la unción del Espíritu Santo, los bautizados son consagrados como casa espiritual* (LG 10) y participan *según el modo que les es propio, en el triple oficio —sacerdotal, profético y real— de Jesucristo* (ChFL 14). Esta presencia activa del misterio de Dios en sus vidas los invita a mostrarse ante el mundo como testigos de la misericordia divina y a hacer de su conducta un ejemplo de santidad que ayude a encontrar a los hombres el camino de su verdadera dignidad.

14. Me dirijo también a todas las demás personas de otras creencias religiosas y a aquellos que no poseen ninguna, porque las materias que abordo en esta carta se refieren a situaciones que vive la sociedad en su conjunto y nadie es ajeno a ellas. Creo que, en el fondo, la gran mayoría quiere también para sí mismos y para sus hijos y familiares —más allá de la humana fragilidad y miseria— una dignificación de su existencia. Si a esta inmoralidad tan expandida no se la trata de remediar ahora, cuando todavía estamos a tiempo, toda la sociedad será víctima de esta enfermedad y cundirán el dolor y la frustración entre nuestros compatriotas. Incluso algunas de las sectas religio-

sas que han llegado hasta nosotros propician graves violaciones de la moral en diversos aspectos de la vida familiar y personal, haciendo de la inmoralidad una suerte de culto seudoreligioso. Otros países que no repararon oportunamente en este debilitamiento moral están sumidos hoy en diversas formas de violencia y corrupción de las que no encuentran caminos adecuados para salir. Si en lugar de cultivar la moral —que, por cierto, implica un camino arduo y lleno de sacrificios— nos abandonamos a esta ola de inmoralidad, acabaremos con los fundamentos mismos del orden social.

15. Hablo en nombre del Señor para invitar a todos a participar de un gran esfuerzo de Nueva Evangelización. Por grandes y complejos que sean los problemas de la sociedad actual, la Iglesia anuncia con alegría y esperanza la Buena Nueva de Jesucristo Nuestro Señor. Ella se esfuerza continuamente por amar profundamente a todos los hombres, tal como Cristo los ama. Por ello, mi palabra no tiene el propósito de condenar a nadie, sino que quiere ayudar a rectificar nuestra conducta social para encontrar una salida a esta situación que está destruyendo moralmente a nuestra sociedad y que contradice la voluntad de Dios y el bien del hombre.

16. Y así como hay graves problemas morales entre nosotros, también hay maravillosas iniciativas de personas de todas las edades, de movimientos apostólicos de comunidades religiosas, de grupos laicales y de instituciones que trabajan y luchan por dignificar la convivencia social según el querer de Dios. Más allá de esas acciones de nuestra fe, también la sociedad civil muestra con muchas y eficaces instituciones de socorro a los necesitados su servicio a la vida humana. Uniéndonos a ellas, invito a todas las personas de buena voluntad a trabajar apasionadamente por ayudar a nuestros contemporáneos a vivir según la voluntad de Dios y no contra ella. A los jóvenes quisiera recordarles, de modo especial, las palabras del Papa en su encuentro con ellos en el Estadio Nacional: *En el corazón de cada uno y de cada una anida esta enfermedad que a todos nos afecta: el pecado personal, que arraiga más y más en las conciencias, a*

medida que se pierde el sentido de Dios. Sí, amados jóvenes, estad atentos a no permitir que se debilite en vosotros el sentido de Dios. No se puede vencer el mal con el bien si no se tiene el sentido de Dios, de su acción, de su presencia, que nos invita a apostar siempre por la gracia, por la vida, contra el pecado, contra la muerte. Está en juego la suerte de la humanidad: 'El hombre puede construir un mundo sin Dios, pero este mundo acabará por volverse contra el hombre. ¡Contra el hombre!' (R et P 18) (Discurso en el Estadio Nacional N° 4).

17. En esta difícil situación por la que atraviesa nuestra sociedad, mi pensamiento y mi plegaria se dirigen espontáneamente a la Santísima Virgen María, nuestra madre. Ella supo comprender la dignidad infinita de su condición humana al aceptar, sin condiciones, el don de Dios que la solicitaba. Por ello la veneramos como Inmaculada y reconocemos en ella a quien nos antecede en el camino de la fe (Cfr. RM 25). Sus ojos llenos de pureza le permitieron reconocer que en todo lo humano Dios quiere glorificarse, exaltando a los humildes, a los mansos y misericordiosos, y dispersando a los soberbios de corazón, a los poderosos, a los ricos y a todos quienes no comprenden que El nos ama y que su amor nos obliga a respetar profundamente a todos los seres humanos, sin distinción (Cfr. Lc. 1, 48-53). Que ella nos ayude a purificar nuestros ojos para que aprendamos a gustar la bondad y la belleza de la vida humana, aceptando la ley de Dios como nuestra más íntima y verdadera libertad.

I. LAS TENDENCIAS ACTUALES A LA INMORALIDAD

Permisivismo ético

18. Existe una poderosa tendencia cultural moderna —apoyada en múltiples factores— a relativizar y hasta disolver las normas éticas, tanto de moral natural como evangélica. Tal tendencia, que llega en ocasiones al desenfreno y al libertinaje, se sustenta en un falso concepto de libertad, entendido como la capacidad del individuo de realizar sus propios

gustos e inclinaciones, sin otra limitación que su disponibilidad de recursos económicos, la voluntad de poder propia y la de otros, o la satisfacción o el aburrimiento que experimenta en la obtención del propio placer.

19. La causa última de este proceso es la descristianización y el secularismo que han intentado borrar de la vida social las dimensiones divinas de la existencia humana, la conciencia religiosa de la persona y toda referencia a la presencia de Dios en la vida y en la historia de los hombres. Numerosas ideologías han contribuido, de diversos modos, a desencadenar este fenómeno: el materialismo teórico y práctico, el liberalismo, el socialismo, el cientifismo, el tecnocratismo, el positivismo, el pansexualismo, el hedonismo, y otras corrientes que han pretendido socavar la validez objetiva de las normas morales que iluminan y dan sentido a la vida del hombre en el mundo. Pero junto a las ideologías, ha sido la mentalidad pragmática orientada hacia el consumismo la que ha pretendido reducir el "ser" al "tener" y el sentido de la existencia humana al éxito económico y a la satisfacción placentera de las inclinaciones de cada cual.

20. Aunque estas tendencias de permisivismo ético se han originado en regiones lejanas, la creciente interrelación entre todos los países de la tierra, unida a diversos factores de origen local, hace que el fenómeno se manifieste entre nosotros de manera todavía incipiente pero, aun así, peligrosa y alarmante. Como muchos otros países de América Latina, el nuestro tiene una tradición cristiana de cinco siglos, la que representa una inmensa reserva ética y religiosa que permite defendernos del permisivismo. Pero este valioso patrimonio cultural y moral puede ser también rápidamente dilapidado, como ha ocurrido en otros países que también poseían antiguas y sólidas tradiciones cristianas. Ello debe alertar nuestras conciencias y llamarnos a una reacción pronta y decidida.

21. Han pasado ya a ser parte de nuestra vida cotidiana la creciente erotización del ambiente, la pornografía, la promiscuidad sexual juvenil, las campañas para

cohonestar esta promiscuidad con el mero uso de preservativos y de otros anti-conceptivos, la anticoncepción misma, el divorcio y el aborto, las iniciativas para legalizar uno y otro, la desintegración del núcleo familiar, el avance del alcoholismo y de la drogadicción, el uso sistemático de la violencia en la delincuencia y en el terrorismo, que involucra también a autores juveniles, el culto al lucro, la usura, la falta de ética en los negocios, para no citar sino las principales manifestaciones del fenómeno, que tantas otras ramificaciones tiene en el tejido social de nuestro país.

Una reflexión que llama a la conversión

22. Mi responsabilidad pastoral me obliga a aportar con urgencia algunos elementos básicos de reflexión, a fin de preservar y enriquecer la integridad moral de nuestra juventud y, con ella, de la sociedad entera. Dedico a la moral sexual de la juventud la mayor parte de esta Carta, puesto que se trata de un punto especialmente sensible de la conducta ética de los ciudadanos, que tendrá consecuencias innegables para el futuro del país. Me dirijo, por eso mismo, a los jóvenes católicos, a sus padres y a sus educadores. Y también me dirijo a los jóvenes y a los adultos no católicos, es decir, a todos los ciudadanos de buena voluntad, y por cierto a las autoridades públicas, en el entendido de que los problemas aquí abordados afectan gravemente a todos los chilenos. La reflexión que propongo se funda en el común patrimonio cristiano de nuestra cultura, y contiene, además, su propia verdad humana y natural, que puede ser comprendida y aceptada también por aquellos que no son católicos o que no tienen religión.

23. Como Pastor de la Iglesia, mi primera preocupación ante estos problemas es el bien y la salvación de las personas a mí confiadas. Y, además, tengo también la obligación, de cara a la sociedad, de advertir a toda la población que la situación de creciente inmoralidad que vivimos pone en juego la propia subsistencia de la sociedad y el bien común, que es su fin. Llamo por tanto a todas las personas, interpeleo a todas las conciencias sin excepción, para dar lo mejor de sí mismas

en un esfuerzo ético que no admite tregua, conformismo o neutralidad, sino claridad de juicio y fuerza de voluntad para adherir al bien.

II. EL SENTIDO DE LA SEXUALIDAD HUMANA Y SU DESFIGURACION

Crisis de la moral sexual

24. Atravesamos por un período de la vida social en que intencionalmente se quiere fomentar el desarrollo de un ambiente altamente erotizado, que multiplica sin pausa los estímulos sensoriales dirigidos a toda la población y, en especial, a la juventud. El exhibicionismo sin recato de la desnudez, particularmente en el verano, permite percibir la existencia de un verdadero culto del cuerpo que anida de manera ambigua y peligrosa en muchas personas, particularmente de ambientes juveniles, inclinándoles al placer fácil y desordenado. Las mismas calles de la ciudad están llenas de tales estímulos. Muchos de ellos tienen detrás grandes intereses comerciales, los que incluyen desde la promoción y venta de productos habituales de consumo hasta ese comercio sucio y bajo que es la pornografía en todas sus formas.

25. La obscenidad irrumpe con desvergüenza en el mundo de los espectáculos y de las diversiones, en los más diversos medios de comunicación, en publicaciones de toda suerte, en la publicidad comercial y en la moda, en la misma literatura y en el arte. Antes ocurría con disimulo; hoy con desfachatez, como si el campo fuera ya suyo y gozara en la sociedad de la más amplia legitimidad. La ostentación obscena y provocativa de la belleza corporal manipula de manera vil algunos de los resortes más sagrados —y también más frágiles— del alma humana.

Pretextos inaceptables del permisivismo

26. A menudo se quiere fundar esta manipulación en legítimos motivos culturales, tales como “la búsqueda de nuevas experiencias”, “el realismo”, “la modernidad”, “la liberación”, “la moda”, “el arte”, y hasta la misma “belleza”. Es verdad que la exhibición del desnudo huma-

no no es necesariamente obscena. Tratándose de una obra de arte, el desnudo puede tener un valor estético, pero que a veces no resulta fácil diferenciar de la obscenidad. La obligación de realizar este discernimiento es consubstancial a la conciencia, para no envenenar, bajo pretextos estéticos, el alma juvenil, y aun toda alma en general, pues los años no hacen a nadie invulnerable a la degradación moral. En la mayoría de los casos, los supuestos motivos culturales son pretextos tan débiles y superficiales que resulta obvia la intención interesada —comercial, ideológica o de otra naturaleza— que mueve a esta clase de exhibiciones.

27. Es un grave mal manipular las energías más santas de la sexualidad humana, orientándolas hacia otros fines distintos de aquellos que le son propios: el amor conyugal y la procreación, para quienes eligen el estado matrimonial, la virginidad consagrada, para aquellos que libremente entregan estas energías al servicio de Dios y del prójimo, o la soltería castamente asumida, para quienes no encontraron en su vida la pareja a quien entregarse. En todos los casos, el fin último es el amor, entendido como la total entrega y obligación de sí mismo a la persona amada. Al desviar la sexualidad de estos fines, se fomenta una destructora promiscuidad que cobra sus peores víctimas entre los más jóvenes, incentiva las violaciones y los delitos sexuales, los cuales se hacen cada día más frecuentes, trayendo tristes secuelas para sus víctimas y para toda la sociedad.

Vigencia permanente del pudor

28. Cuando se argumenta en favor de la pornografía y de la promiscuidad señalando que el sexo es sano y bello, se olvida que, precisamente para que lo sea, se le debe tratar con el cuidado más delicado. La fuerza antipornográfica por excelencia es el pudor. No corresponde, como algunos quieren proclamar, a una actitud anticuada o pacata que deba deponerse ante el avance progresista de la llamada "liberación sexual". Por el contrario, el pudor libera al hombre de la lujuria y constituye, en consecuencia, un valor permanente, profundamente arraigado en la naturaleza humana. La

sexualidad reclama con todas sus fuerzas la intimidad que le es propia y consubstancial, siendo el pudor el reconocimiento activo y oportuno de esa característica humana. De allí que no deban ventilarse en forma pública las intimidades de la vida sexual.

La dignidad de la mujer

29. La publicidad obscena hace un daño enorme a la dignidad de la mujer. Dudosos argumentos de "liberación femenina" alegan, por una parte, contra el tratamiento de la mujer como objeto, fomentando absurdamente, por la otra, diversas formas de inmoralidad sexual que rebajan la condición de la mujer precisamente a la calidad de un objeto de placer. Pedimos coherencia y, por lo tanto, la exclusión absoluta de todo tratamiento de la mujer como objeto o cosa. La moda hace también lo suyo en este deterioro. La verdadera liberación de la mujer pasa siempre, hoy como ayer, por el pudor femenino en el vestir, en la conducta y en el lenguaje. El comportamiento contrario sólo consigue para la mujer las peores expresiones de la vulgaridad masculina. El pudor, en cambio, que está hecho de un delicado respeto de la mujer por sí misma, y de una caridad no menos delicada hacia los varones, expresa de modo privilegiado la dignidad femenina.

30. Por lo dicho, la mujer debe considerar con extrema responsabilidad moral la exhibición de su belleza, puesto que es, en último término, participación de la belleza infinita de Dios, quien la ha creado, junto al varón, a su "imagen y semejanza" (Gén. 1, 27). En estas circunstancias, toda mujer debe considerar al varón como alguien que pudo ser su padre, o su hermano, el esposo de otra mujer, o aquel que podrá acompañarla y amarla hasta que la muerte los separe. En virtud de una especie de solidaridad femenina ante el valor de la propia dignidad, debe cuidar la integridad moral del varón y evitar ser para él ocasión de pecado (Cfr. MD 30). La mujer cristiana debe ser socialmente ejemplar, para no confundir la moda con el desenfado vulgar o con el exhibicionismo, y para irradiar su actitud de pureza y misericordia sobre las demás mujeres de su ambiente. ¡Cuán benignamente influye

sobre los varones este delicado pudor femenino!

María, modelo de la femineidad

31. Invito a todas las mujeres a volver sus ojos hacia la Santísima Virgen María. En ella encontrarán la más honda delicadeza de la femineidad humana. Su aceptación de la gracia de Dios que le revelaba la dignidad de su condición, la hizo reunir en su misma persona el valor de la mujer, de la esposa, de la virgen y de la madre. Su silencio, su recato, y la conciencia de ser amada entrañablemente por Dios, permitieron que el Altísimo encontrara supremamente digno tomar su carne. Aquel que es la Palabra y la Verdad eterna del Padre se dejó educar por su pureza y su ternura humana, aprendiendo de la sencillez y transparencia de la mujer. Esta misma pureza es la que da la energía para triunfar, como ella, sobre el maligno que, como príncipe de la mentira, desvía a los hombres del fin para el que fueron creados. La contemplación genuina del misterio de María es el mejor camino para descubrir la hondura y la belleza de la condición femenina.

La dignidad del varón

32. No menos importante que la actitud pudorosa de la mujer ante la sexualidad es la del varón. La obscenidad del exhibicionismo corporal se extiende hoy también a la masculinidad, tanto en la moda como en la publicidad comercial, en el cine y en la pornografía. Se exalta la imagen del varón como alguien cuya conciencia de sí mismo depende de su capacidad y de su disposición de poseer a la mujer y de violarla, y a la vez, se intenta despertar en la imaginación femenina los impulsos sadomasoquistas que legitimen la violencia masculina y la transformen en placer. Hombre y mujer se transforman en un objeto para el otro, del cual se puede extraer placer a fuerza de su mutua autodestrucción. Por ello, el pudor masculino pasa por comprender con delicadeza la naturaleza y el ritmo de la sensibilidad femenina y por la capacidad de educar la propia voluntad de tal suerte que la violencia y los impulsos de posesión dejen lugar a la ternura y al deseo de paz

que nace del respeto a la fragilidad femenina.

Jesucristo modelo de virilidad

33. Invito a todos los varones a volver sus ojos a Cristo. El asumió plenamente la condición humana y con ella también su conciencia de ser varón. El Evangelio nos relata de sus numerosos encuentros con mujeres de distinto tipo, vírgenes y casadas, adúlteras y prostitutas. A todas ellas acogió con la más grande ternura y despertó en ellas un sentimiento de profunda dignidad. No sólo se relacionó con mujeres santas, sino también con las que se encontraban en pecado. No las repudió, sino que las acogió, pero les hizo ver también su mal y su necesidad de conversión (Cfr. MD 12-16). Les mostró que la fe sana todas las heridas del hombre, del cuerpo y del espíritu, y que el amor a Dios y el respeto a su ley reconcilia a todos los hombres entre sí. Toda su virilidad fue orientada a dar testimonio de la Verdad y tuvo su culminación en la total entrega de su cuerpo y de su sangre, para la vida del mundo. En Cristo, el varón puede contemplar la altísima dignidad de su cuerpo y su intrínseca relación con la entrega desinteresada de sí mismo en actitud de servicio a todos los hombres.

III. EDUCACION SEXUAL Y CASTIDAD

Las ambigüedades de la educación sexual

34. La dimensión sexual del ser humano debe ser cuidadosamente educada, puesto que viene exigida tanto por la naturaleza como por la gracia. Quisiera transmitir una palabra de aliento a todos quienes enfrentan esta educación considerando las responsabilidades éticas de la sexualidad y a quienes lo hacen con los valores evangélicos, con autenticidad y prudencia, desde los padres de familia a las instancias escolares y de formación de la juventud. Pero debo advertir también que la llamada "educación sexual" es, a menudo, apenas un pretexto que se utiliza para dar respetabilidad al fomento de la promiscuidad. No constituye una educación sexual auténtica la mera des-

cripción fisiológica de los mecanismos de la sexualidad, con prescindencia absoluta de los valores y fines morales que dan sentido integral a esos mecanismos.

35. El mensaje implícito en las formas de educación que presentan el funcionamiento de la sexualidad de manera independiente o incluso neutral frente a los valores morales, es que no hay otra limitación para la actividad sexual que la que deriva de su propio funcionamiento, unida al gusto de hacerlo. Peor es aún la situación cuando este mensaje, frecuente en instrucciones, cartillas y campañas, se vuelve explícito. Así ocurre cuando se añade la descripción y recomendación, para los jóvenes, de los variados métodos anticonceptivos. Muchos jóvenes entenderán entonces que cumplen con su responsabilidad moral por el solo hecho de utilizar un preservativo o una píldora anovulante. Tal propaganda debería llamarse antieducación, por la inmoralidad flagrante que promueve en las conciencias jóvenes e inmaduras. Recordamos, a este propósito, la tremenda maldición de Cristo contra los que se hacen parte del pecado de escándalo —de inducción al mal— con respecto a la niñez y a la juventud (Cfr. Mt. 18, 6).

36. En diversas partes del mundo se llevan a cabo campañas masivas para propagar el uso juvenil de anticonceptivos —sobre todo preservativos— con el fin de evitar tanto los peligros del SIDA como la ocasión de un aborto ulterior. Veo con profundo dolor que esas campañas empiezan a llegar a Chile. Ellas parten por considerar que la promiscuidad sexual de muchos jóvenes es un hecho ante el cual hay que rendirse, o incluso una realidad positiva que vence el viejo “tabú” del sexo prohibido.

El mandamiento de la pureza

37. Pues bien, con toda la fuerza de su Magisterio, y con su sabiduría milenaria, la Iglesia niega que el desorden sexual sea un hecho que no pueda corregirse, a lo cual sigue la engañosa conclusión de la bondad de los preservativos. La promiscuidad sexual no es inevitable, sino un hecho ruinoso de la dignidad humana que supone el consentimiento

activo de quienes la practican. La frecuencia estadística de una conducta —como el robar, por ejemplo— no produce su legitimidad ética, tampoco en el ámbito de la sexualidad. Es el hermoso mandamiento de la pureza, del autodomnio, de la fortaleza, de la alegría, del amor limpio y perdurable, el que revela al hombre el sentido de su dignidad humana.

38. Ante la aparente dificultad de este mandamiento —y no es el único difícil del Decálogo— se esgrime livianamente la bandera del “realismo”: hay que plegarse a los hechos. Semejante “realismo” se podría esgrimir contra todos y cada uno de los preceptos de la ley de Dios impresa en nuestra conciencia moral, pero en vano. A la larga, nadie es más realista que la Iglesia. Rendirse a hechos que parecen consumados es una gran claudicación. En este caso, además, el “realismo de los preservativos” dista mucho de ser realista, porque se sabe que en un porcentaje estadístico significativo tales instrumentos también fallan. Fomentar su uso es contribuir al incremento de la promiscuidad sexual, amparada en esa aparente seguridad, lo cual traerá ciertamente como consecuencia más abortos y más casos de SIDA. Llamo a detener esa campaña desorientadora, que no puede sino traer mayores males a la población.

39. El aborto y el SIDA son dos flagelos que nos preocupan grandemente, nos mueven a compasión y nos llevan a buscar todos los medios realmente eficaces para ponerles atajo. Pero ni los preservativos, ni género alguno de anticoncepción se cuentan entre esos medios, porque no van a la raíz del mal. Esa raíz se remedia sólo mediante la reforma de las costumbres. El uso desordenado de la sexualidad trae consigo, tarde o temprano, un empobrecimiento de las propias energías de la sexualidad, hastío, tedio, tendencia a la evasión mediante el alcohol y la droga, anestesiamiento de la conciencia moral, irresponsabilidad, y un variado espectro de desequilibrios psíquicos.

40. Por el contrario, la práctica de la castidad que recomienda la conciencia moral trae consigo un enriquecimiento

de las personas y de la sociedad entera. Los jóvenes necesitan vibrar con el hermoso ideal del autodomínio del cuerpo y de los sentidos: señorío de sí mismo, alegre afirmación de una voluntad fuerte, respeto y no cosificación de la otra persona, amor noble y duradero. Pensar que los jóvenes no son capaces de entusiasmarse por un ideal así, sobre todo si se inscribe en el contexto de una vida cristiana integral, es desconocer los anhelos más profundos de la naturaleza humana. Además el ideal de la castidad se asocia normalmente a otros esfuerzos nobles de los jóvenes, como son la superación frente a ellos mismos y la lucha por la justicia y la solidaridad en la sociedad en que viven. Al revés, los jóvenes que se rinden a una vida disoluta, es muy difícil que luchen por causas generosas y nobles en bien de sus hermanos.

41. Algunos quieren difundir la impresión de que la Iglesia, al recomendar la castidad, cede a una suerte de sombrío y anticuado puritanismo que considerara que el cuerpo, la belleza física y el sexo son malos y han de ser reprimidos. Debo decir que la perspectiva cristiana es exactamente opuesta a esa triste caricatura. La invitación a la castidad brota, por el contrario, del reconocimiento de la profunda bondad y aun santidad del cuerpo humano y de la sexualidad. He aquí una paradoja que una y otra vez se ha planteado a lo largo de los siglos: cuanto más mal se piense del cuerpo y más insignificante se lo crea, más licencias morales se le permitirán y hasta se le exigirán. Este es un hecho que ha tratado de justificarse con las más variadas ideologías: el materialismo, el libertinismo, el sadismo, el psicologismo. En todos esos casos, los aparentes impulsos de liberación de las energías vitales desembocan en un festín de auto-destrucción.

El hombre, icono de la Trinidad

42. Pero sí, como nos enseña la contemplación del misterio de Cristo, el hombre está hecho a imagen y semejanza divina, su cuerpo es templo del Espíritu Santo, y no pueden separarse en él su espíritu y su realidad sensible, entonces la pureza y el autodomínio, la templanza y el sacrificio, son dimensiones que brotan

de su excelsa vocación, de su dignidad trascendente y de su bondad radical como creatura amada de Dios, llamada a participar por todos los siglos en la resurrección de la carne. Como lo enseñan todos los más grandes hombres y mujeres a través de la historia, los sabios que tenían la sensibilidad necesaria para no descansar sino hasta percibir la presencia del absoluto en sus vidas, la naturaleza humana ha sido hecha para el amor y no se puede contentar con seudorrazones. Al final, sólo el amor cuenta; sólo el amor es capaz de satisfacer las aspiraciones de infinito que existen en la vida de cada persona.

La verdadera educación sexual

43. La verdadera educación sexual consiste, entonces, en mostrar a los jóvenes la razón profunda de la castidad. Ella representa un valor insustituible como preparación para el matrimonio, para la total donación de sí mismo a la persona amada. Al mismo tiempo, permite a las personas experimentar en su propia vida la hermosura, la fuerza de irradiación y de comunicación de la pureza. La castidad, con sacrificio, por cierto, permite comprender los dos fines esenciales de la relación sexual del hombre y la mujer: el amor conyugal fiel, comprometido, duradero y generoso que debe dar forma humana al deseo y convertirlo en el lenguaje del desprendimiento y del abandono; y la procreación de la nueva vida humana, misterio en que la pareja humana participa del propio poder creador de Dios. La castidad recuerda al hombre que el fin último de todas sus acciones es el Amor y que la sexualidad se orienta también a ese fin.

44. Es indispensable, en consecuencia, que la educación sexual reconozca en toda su magnitud la ley moral natural, que ve en el matrimonio legítimo la verdadera plenitud de la sexualidad al realizarse en sus fines unitivo y procreativo, quedando también asegurada y protegida contra los vaivenes y caprichos de las pasiones desordenadas. No puede ser aceptable una educación sexual que en lugar de orientar a las personas hacia el ejercicio de la sexualidad en la institución del matrimonio, plantee a ésta sólo como una de las

tantas posibilidades electivas que tienen las personas a su disposición.

45. La educación sexual fundada en la castidad debe presentar también a los jóvenes, en toda su belleza, el ideal de la virginidad consagrada, aquella libremente asumida y también la no buscada, pero aceptada, como una opción verdadera y plenamente humana. Además de su valor intrínseco, la virginidad ayuda también al matrimonio a no olvidar su propio sentido. Como expresa la doctrina de Juan Pablo II: *Cuando no se estima el matrimonio, no puede existir tampoco la virginidad consagrada; cuando la sexualidad humana no se considera un gran valor donado por el Creador, pierde significado la renuncia por el Reino de los cielos* (FC 16). La virginidad no representa, por tanto, un desprecio de la sexualidad, sino una renuncia que se hace por amor y que conduce al Amor. Por ello, añade el Papa que *los esposos cristianos tienen pues el derecho de esperar de las personas vírgenes el buen ejemplo y el testimonio de la fidelidad a su vocación hasta la muerte. Así como para los esposos la fidelidad se hace a veces difícil y exige sacrificio, mortificación y renuncia de sí, así también puede ocurrir a las personas vírgenes. La fidelidad de éstas incluso ante eventuales pruebas, debe edificar la fidelidad de aquéllos* (id.). El matrimonio y la virginidad corresponden así a dos estados humanos complementarios que canalizan las energías de la sexualidad hacia la común vocación al amor.

La familia y la educación sexual

46. A la familia le corresponde realizar la educación sexual fundamental, también en el caso en que ella se encuentre incompleta por ausencia de uno de los cónyuges. Es en la intimidad del hogar, de labios de sus propios padres, donde los hijos deben ser iniciados con delicadeza y verdad en el sentido profundo de la sexualidad al servicio del amor y de la procreación, y revelárseles el valor inigualable de la castidad. Tal educación es continua y no se limita sólo a las conversaciones que puedan tener los padres con los hijos en algunas etapas críticas de su crecimiento, sino que comienza con el propio testimonio de los padres, con su forma de respe-

tarse y de solicitarse, con la verdad y ternura de su lenguaje para alentarse y para corregirse, con la capacidad de obedecerse mutuamente, con su fidelidad. Quisiera exhortar a los padres para que se esfuercen en cumplir esta nobilísima tarea, sabiendo que cuanto no aprendan sus hijos de labios de ellos en un clima de pureza, de respeto y de sinceridad, lo podrán aprender mal y sin el debido testimonio de vida de parte de amigos o amigas, a veces de desconocidos, o a través de ciertos medios de comunicación social, en un clima a menudo expuesto a la morbosidad o de deficiente sentido moral.

47. Las autoridades públicas están llamadas a respetar esta instancia familiar de la educación sexual y a no querer sustituirla por programas escolares o campañas publicitarias. Tanto los unos como las otras pueden convertirse en instrumentos valiosos de apoyo a la tarea educativa, precisamente en la medida en que sepan respetar el protagonismo de la propia familia. Por su parte, los padres tienen la obligación de hacer valer sus derechos en forma organizada frente a la autoridad educacional, si ésta por desgracia interfiere indebidamente en dicha formación.

La tarea de los educadores

48. Todos los responsables cristianos de la educación, tanto las autoridades como los formadores, deben esforzarse por saber asociar coherentemente el misterio humano de la sexualidad con los misterios revelados y con el profundo sentido religioso del sexo y su santidad. Recuerden que el despertar de la sexualidad en los jóvenes se asocia con la búsqueda de un sentido global para sus vidas, como también con la clarificación de la vocación al trabajo y al estudio. La educación de la sexualidad debe comprender, en consecuencia, la totalidad de los factores que caracterizan la personalidad adulta, y debe enfatizar, de modo particular, la libertad que nace de la verdad. Es la misma conciencia moral que define a los jóvenes responsablemente frente a la sexualidad, la que les dará también un criterio de juicio frente de todos los demás aspectos de su vida. Por ello, la

educación a la libertad, fundada en el desarrollo de la conciencia moral, no sólo determinará las conductas de los jóvenes frente a la sexualidad, sino también frente a la familia, el derecho, la economía, la sociedad, y hasta la misma experiencia religiosa.

Pluralismo no puede eliminar la ley moral

49. Consciente del pluralismo de la sociedad chilena, repito lo que ya dije el año pasado en mi Carta "Los católicos y la política": que ese pluralismo, para ser sano, debe fundarse en el común denominador de la ley moral natural, ley que el hombre no se dicta a sí mismo sino que descubre en lo más hondo de su conciencia, ley inscrita por Dios en su naturaleza con rasgos universales. Apartarse de ella no es fuente de sano pluralismo, sino de insana discordia social. Por eso ningún género de autoridad, tampoco la educacional, puede conculcar los preceptos de dicha ley y recomendar a los jóvenes su trasgresión, convirtiendo a la escuela en una instancia alentadora de promiscuidad sexual. Esgrimir ideológicamente la bandera de esa trasgresión para minar las reservas cristianas de nuestro pueblo y reclutar a los jóvenes en una dirección distinta a la prescrita por la moral natural, es un atentado contra la sociedad entera. Ninguna ideología, de cualquier signo que sea, debería ser tan ciega que quisiera ganar dividendos para sí misma y para el reclutamiento de jóvenes mediante demagogias, concesiones a la promiscuidad sexual o mitos de emancipación que, a expensas de la ley moral natural, terminan, en definitiva, en la corrupción de las costumbres y en un empobrecimiento moral de toda la sociedad.

IV. ANTICONCEPCION, ABORTO, DIVORCIO

Vigencia plena de la Humanae Vitae

50. Las campañas anticonceptivas entre la juventud son especialmente indignas porque, en una edad en que la conciencia moral aún no está bien formada ni tiene todavía sus defensas propias, se fomenta de modo artero esa ruinosa mentalidad

anticonceptiva que tanto daño está haciendo hoy a toda la humanidad. Me remito, pues, a la profética enseñanza de la *Humanae Vitae*, de Pablo VI, apelando con ella a la conciencia de célibes y casados, de jóvenes y mayores: no es lícita la utilización de ningún mecanismo artificial de hechura física o química que, en previsión del acto conyugal, durante su cumplimiento o en el desarrollo de sus consecuencias naturales, se proponga, como fin o como medio, hacer imposible la procreación (HV 14).

51. Esta afirmación tiene su fundamento último en el altísimo valor que la Iglesia concede al amor humano auténtico. *La verdadera naturaleza y nobleza del amor conyugal se revelan cuando éste es considerado en su fuente suprema, Dios, que es Amor, 'el Padre de quien procede toda paternidad en el cielo y en la tierra' (Ef. 3, 15) enseña la misma Humanae Vitae (HV 8) y, desde esta perspectiva, añade que las notas características del amor conyugal son las siguientes: un amor plenamente humano, es decir, sensible y espiritual al mismo tiempo, un amor total, esto es, una forma singular de amistad personal, con la cual los esposos comparten generosamente todo, sin reservas indebidas o cálculos egoístas; un amor fiel y exclusivo hasta la muerte y un amor fecundo que no se agota en la comunión entre los esposos sino que está destinado a prolongarse suscitando nuevas vidas (HV 9).* Si faltase cualquiera de estas importantes notas características, el amor humano se desnaturalizaría, contribuyendo, con ello, a que los hombres pierdan el sentido de su existencia, que no es otro que el Amor.

52. Esta norma que declara ilícita la anticoncepción, más allá de cualquier circunstancia eventual, arraiga universalmente en lo profundo de la naturaleza humana, y abarca la totalidad de la conducta sexual del hombre y de la mujer. Su desconocimiento y su violación sistemática caracterizan hoy a la "civilización de la anticoncepción", uno de cuyos efectos más tristes es la promiscuidad sexual con sus consecuencias que tanto lamentamos. El respeto de esta norma representa hoy un camino para lograr, como uno

de sus muchos efectos bienhechores, la deseada rectitud moral de la juventud. También retienen hoy su plena validez los argumentos demográfico-éticos de la *Humanae Vitae* ante cualquier política nacional que intentara reducir más nuestra ya deprimida natalidad (Cfr. HV 17).

El crimen del aborto

53. No puedo dejar de señalar, en este contexto, la singular malignidad ética del aborto. Por dramáticas que puedan ser algunas de las situaciones que lo motivan, especialmente en las adolescentes, y sin olvidar que son frecuentes también las motivaciones superficiales, fundadas en el más puro egoísmo, debo advertir que el aborto no es, como eufemísticamente se dice, una mera "interrupción del embarazo", sino un homicidio perpetrado contra la más inocente e indefensa de las víctimas. El óvulo fecundado y el feto no son una célula o una masa informe de células, sino un nuevo ser vivo de naturaleza humana, que porta ya en sí, desde su concepción, el programa genético de su individualidad y de su desarrollo ulterior hasta la muerte. Quien no desea un embarazo debe abstenerse del acto que lo produce, y no asesinar el fruto de sus entrañas.

54. Por otra parte, legalizar este crimen con el fin de impedir los peligros del aborto clandestino es un acto inconsecuente, porque el aborto legalizado no resuelve los problemas del aborto clandestino ni disminuye su número; multiplica, en cambio, de manera pavorosa, el número total de abortos. Espero firmemente que nuestros legisladores tendrán la entereza moral de no hacerse cómplices en Chile de semejante matanza de inocentes, que en lugar de poner al país en la senda del progreso, lo precipitaría por un camino de degeneración moral que conduce hacia la "cultura de la muerte" que hoy devasta a tantas naciones sobre la tierra. No en vano un aborto deja en la frustrada maternidad de la mujer un trauma psíquico y moral que con frecuencia la acompaña durante toda su vida.

55. La Iglesia no necesita tener que demostrar ante la sociedad chilena cuánto le importan la vida y la protección de los

derechos humanos. Ella ha dado pruebas, aun a costa de cierta incompreensión social, que el derecho a la vida es inviolable. Por ello, no titubeó en condenar con todas sus fuerzas la existencia de torturas, de detenidos desaparecidos, de asesinatos, de terrorismo. Desde esta misma experiencia, que valoriza profundamente la vida, rechazamos, desde lo más hondo de nuestra conciencia, la práctica del aborto. A la extrema crueldad que representa el deshacerse de criaturas indefensas, se suma la habitual impunidad de quienes cometen estos delitos, y la subsiguiente degradación moral de la sociedad en su conjunto que, o bien acepta un cierto grado de complicidad aduciendo diversas razones supuestamente poderosas, o bien cierra sus ojos indolentemente porque no quiere saber de nada que perturbe su adormecimiento moral.

El divorcio no debe legalizarse

56. Una de las características esenciales de la llamada sociedad permisiva, en muchos países del mundo, es la desintegración del núcleo familiar, promovida y consagrada mediante la legalización del divorcio con disolución del vínculo conyugal. En Chile debemos lamentar que ya se haya presentado un proyecto de ley en tal sentido y que, aun sin una ley de tal especie, las nulidades fraudulentas y las convivencias de facto estén en la raíz de las tendencias a la promiscuidad sexual entre los jóvenes. La legalización del divorcio empeoraría enormemente esta situación, asestando un gravísimo golpe a la formación ética de la juventud.

57. La Iglesia quiere extremar su solitud pastoral para ir también en ayuda de las parejas que enfrentan una severa crisis conyugal. Pero rechaza el argumento según el cual la ley de divorcio pretende resolver los casos dramáticos de las parejas cuyo matrimonio se ha vuelto inviable. En definitiva, la ley de divorcio sólo conseguiría multiplicar considerablemente el número de rupturas conyugales a lo largo de todo el país, en virtud de un efecto psicológico-moral que debilita las mejores fuerzas defensivas de las parejas en crisis. Al ofrecerles el camino fácil determinado por el instrumento legal, convierte en irreversibles las crisis que, de

otra manera, hubieran podido resolverse. Los cristianos saben que el camino del hombre hacia el destino de felicidad que Dios les ha preparado pasa por la experiencia de la cruz. Precisamente en el corazón de esta experiencia reside la libertad que el hombre puede conquistar para su vida, si aprende a ser fiel al compromiso contraído con otra persona sólo por amor a ella y más allá de cualquier cálculo acerca de las consecuencias que tal compromiso pueda traerle para su vida.

La espiral del divorcio

58. Es bien conocida la "espiral del divorcio" que la experiencia ha verificado más allá de toda duda razonable en tantos países: el divorcio trae más divorcio. Además, se multiplica el número de hijos que, por el divorcio de sus padres, sufren tremendos desgarros interiores y con frecuencia quedan psíquica y moralmente a la deriva. El divorcio muestra ante los jóvenes el modelo legalmente consagrado de un amor provisorio, inestable, incapaz de sobreponerse a las vicisitudes de las pasiones, de las debilidades y de las circunstancias. Más que cualquiera ideología, destruye en el fondo de los corazones juveniles la disponibilidad hacia la experiencia de un amor conyugal indisoluble, capaz de trascender las incomprendiones y el pecado humano por la fidelidad y la obediencia mutua de quienes se han ofrecido el uno al otro para compartir totalmente sus vidas.

59. En muchas partes del mundo observamos la consecución penosa de los siguientes hechos causalmente ligados entre sí: a la separación de los padres sigue el sufrimiento afectivo de los hijos y a menudo también su aflicción económica; su soledad frente a la vida trae habitualmente consigo una deficiente y a veces hasta inexistente formación moral; a partir de tal situación, ocurre muy a menudo que tengan relaciones sexuales tempranas; en casos no poco infrecuentes tales relaciones motivan un embarazo no deseado y el recurso al aborto; coetáneamente suele realizarse un matrimonio inmaduro; tal matrimonio recurre con toda probabilidad al control de la natalidad y está expuesto también al adulterio; con ello aumentan las posibilidades de

que tal matrimonio concluya en divorcio; y luego, en un círculo vicioso, un destino análogo para los eventuales hijos. No podemos querer para Chile este círculo ya evidente en otras partes, y que empieza a prodigarse peligrosamente entre nosotros.

El fortalecimiento del núcleo familiar

60. Toda política que quiera mejorar la educación moral de la juventud pasa por lo inverso del divorcio: por el fortalecimiento del núcleo familiar a través de variadas medidas legales, educativas, sociales, culturales y éticas, destinadas a hacer feliz a la pareja y a su familia, y así, a prevenir el divorcio y a fomentar el círculo causal inverso de un amor perdurable que engendra más amor perdurable de una generación a otra. Invito a todos a dar forma a esa *ecología humana* que Juan Pablo II ha definido recientemente en la *Centesimus Annus*, ecología que tiene como primera estructura fundamental a la familia *en cuyo seno el hombre recibe las primeras nociones sobre la verdad y el bien, aprende qué quiere decir amar y ser amado, y por consiguiente, qué quiere decir en concreto ser una persona* (CA 39).

V. LA FORMACION DE LA CONCIENCIA MORAL Y SU VALOR PARA LA SOCIEDAD

Otros males morales del presente

61. A los males juveniles que ya hemos enumerado, se suman como propios de la sociedad permisiva, componiendo una constelación unitaria de decadencia moral, el drama de las relaciones sexuales indiscriminadas y hasta anormales y otros tantos males que, siendo de suyo ajenos a la ética sexual están, en la unidad del fenómeno humano, intrínsecamente ligados a la promiscuidad, al hedonismo frustrante y al debilitamiento de la institución familiar.

62. Ellos son, entre otros, el consumismo desenfadado y ostentoso de los que tienen más, y el deseo correspondiente de los que tienen menos y buscan por cualquier medio dinero fácil; la drogadicción, que disipa en la evasión de una vida degra-

dada los mejores ideales juveniles, y que con frecuencia es causa de agresividad, violencia y crimen; la delincuencia juvenil con violencia hacia las personas, que ya cobra entre nosotros proporciones alarmantes; y el terrorismo también juvenil, que utiliza energías morales desviadas hacia caminos de destrucción y asesinato. Estos problemas delatan —entre tantas otras causas sociales— un hondo vacío en cuanto al sentido mismo de la existencia, vacío relacionado a su vez con la ausencia de un adecuado marco de crecimiento moral, tanto en el ámbito de la familia como de la educación.

Debilidad de la formación moral

63. Estos flagelos sociales obedecen, sin duda, a una compleja variedad de factores que deben analizarse y afrontarse con gran responsabilidad social: extrema pobreza, cesantía juvenil, baja capacitación laboral, baja calidad educacional, influjo pernicioso de ciertos medios de comunicación social, deterioro psíquico perdurable causado por el consumo de alcohol, de drogas, etc. Pero todos estos factores ven substancialmente favorecida su influencia por la falta de una formación moral cuyos primeros responsables son los padres, y por la falta de un entorno familiar estable, formativo y adecuado, lo que agudiza la deficiencia de formación moral.

64. A la inversa, aun existiendo la presión de aquellos factores sociales, su influjo se puede neutralizar en virtud de la solidez moral de la familia y de la educación, que no sólo se satisface impartiendo enseñanzas morales rectas, sino que ofrece también modelos éticos vivos para ser admirados e imitados. Por eso, todos los remedios que la sociedad pueda idear para resolver aquellos problemas —por necesarios que sean, como el incremento de la vigilancia policial, por ejemplo— se revelarán insuficientes si no se fortalece el núcleo familiar, tarea conjunta de la Iglesia, del Estado y de la sociedad entera.

La responsabilidad de los padres

65. Entiendo muy bien la sensación de perplejidad e impotencia que experimentan muchos padres ante los contornos extraños del nuevo mundo juvenil, cuyos

valores y antivalores no logran comprender. Muchas generaciones han experimentado lo mismo en tiempos de cambio sociocultural acelerado. Pero los padres, en razón de su misma paternidad, están llamados a ofrecer su vida como un servicio de amor a sus hijos, y poseen los recursos morales capaces de remontar esa extrañeza y entrar al corazón de sus hijos. Precisamente porque hoy la ocasión del mal es tan abundante fuera de la casa —en la calle, en el barrio, en la atmósfera general— los padres no pueden limitarse a un mero control, por lo demás imposible, de todo lo que sus hijos hacen. Además de saber qué hacen sus hijos, con quiénes se juntan, cómo se divierten, a qué espectáculos asisten, qué publicaciones leen, deben procurar en todo momento orientarlos positivamente, haciendo valer su autoridad paterna y materna cuando sea necesario. Ellos son los primeros responsables de la formación moral y religiosa de sus hijos y ninguna institución puede suplir lo que los padres dejen de hacer a este respecto.

66. De acuerdo con el designio natural, que prolonga por muchos años la indefensión del niño y del joven, la formación de la persona se confía en primer lugar a la familia como sociedad originaria y fundacional. Ella tiene a su cargo la formación primera de todos los hábitos morales de la persona humana. De allí que la sociedad entera se incube, en cierto sentido, en la familia. De tal moral familiar depende la íntegra moral social. Si la juventud halla en el hogar la primera escuela de una vida virtuosa, se garantiza así la salud del propio Estado. Los padres son los primeros educadores, y los principales, según ha enseñado siempre la Iglesia. Son, por eso, los primeros formadores de la conciencia moral de sus hijos, tarea de tanta trascendencia, que cuando ella falta nadie puede suplirla con propiedad. Llamo, pues, a los padres a estar a la altura de esta misión divina intransferible, de la que hoy depende, más que nunca, la rectitud moral de la sociedad.

Conciencia moral y conciencia religiosa

67. Para formar la conciencia moral de los niños y jóvenes los padres y educadores deben partir reconociendo el principio

de que nadie puede dar lo que no tiene. "De la abundancia del corazón habla la boca" (Mt. 12, 34). Ellos mismos, en consecuencia, para emprender esta tarea deberán tener una conciencia intachable y un conocimiento suficiente de los principios fundamentales de la moralidad. Deberán conocer y practicar el Decálogo, que contiene el fundamento ético de todas las conductas sociales y los principios de una sana convivencia. Los tres primeros mandamientos del Decálogo expresan deberes humanos para con Dios mismo. Quisiera recalcarlo para subrayar, expresamente, que poco puede esperarse de una educación sin Dios. El olvido de Dios oscurece y deforma con suma facilidad la distinción entre el bien y el mal, deja suspendida en el vacío toda la normativa ética y hace que las leyes morales incondicionales se interpreten como si fueran relativas. Sólo Dios es la garantía absoluta del orden moral. Por ello, el desarrollo de una sólida conciencia moral se facilita enormemente cuando existe una experiencia religiosa profunda.

Valores y antivalores en la sociedad chilena actual

68. Sobre la base de estas consideraciones quisiera referirme a la situación por la que atraviesan las bases morales de la sociedad chilena actual. Por mucho que se exija a los padres de familia que cumplan el papel que les corresponde en la educación ética de sus hijos, el proceso de formación de la conciencia no transcurre sólo en la intimidad cerrada del hogar, sino también en el contexto social y cultural de cada época que, en nuestro caso, revela síntomas alarmantes de deterioro moral. No constituimos, por cierto, el único país que sufre este deterioro y nuestras reservas éticas son, gracias a Dios, significativas. Pero entre nosotros también parece debilitarse la vigencia objetiva e incondicional de muchos principios morales básicos. A los males ya mencionados de la obscenidad, la promiscuidad sexual, la contracepción, el aborto y el divorcio debe añadirse que, en relación a los derechos humanos, hay todavía entre nosotros heridas abiertas que los esfuerzos de reconciliación no consiguen todavía cicatrizar. Muchos principios de ética profesional

son también transgredidos en la práctica de los distintos oficios y trabajos. La honestidad pública, si bien más rigurosa entre nosotros que en otros países, tiene aún demasiadas excepciones, y nuestra estructura social está muy lejos todavía de dar a todos los hijos de esta tierra las oportunidades de desarrollo y progreso que reconocen la ética social y la Doctrina Social de la Iglesia.

69. Es una alegría para mí poder reconocer la existencia de un conjunto de valores morales positivos que la evolución social y el desarrollo cultural del país han ido consolidando. En efecto, puede percibirse una conciencia más activa y vigilante de los derechos fundamentales de la persona humana; un deseo de mayor coherencia entre la doctrina y la vida, entre las ideas y la conducta; un aprecio creciente por las libertades civiles que se ejercen en el espacio social; un anhelo vivo de paz tanto en las relaciones internacionales como en la convivencia interna del país; un aprecio notable por los consensos y una mayoritaria moderación política; una preocupación por expandir los canales de la democracia participativa; una conciencia más viva de los derechos de la mujer; una preocupación mayor por los enfermos, los niños y los ancianos; una nueva sensibilidad ecológica; y, más profundamente aún, la rectitud moral de muchedumbres silenciosas que día a día cumplen con la ley de Dios, tantas veces en forma heroica y sin publicidad.

70. Pero, como es propio de los paradójicos contrastes del mundo moderno, junto a estos valores se aprecia también un preocupante oscurecimiento de la conciencia en relación a la ley moral objetiva. Se oye hablar con frecuencia, por ejemplo, de que la moral corresponde a un problema privado de las conciencias individuales, que sólo puede hacerse valer en la intimidad de la familia y de las relaciones interpersonales, y se niega la posibilidad de una norma moral objetiva e imperativa para la economía, la política o la cultura. Se quiere privar así a la ley moral de la posibilidad de configurar con su dinamismo creador la historia y las instituciones. Semejante privatización de la moral se ha asociado tradicionalmente a ciertas co-

rientes ideológicas de sesgo liberal, por una parte, y socialista, por la otra y ha sido rechazada siempre por el Magisterio de la Iglesia. Quisiera afirmar una vez más la validez universal de la ley moral natural, frente a cualquier relativismo jurídico o sociológico. La moral es de suyo privada y pública, personal y social, sin compartimientos estancos y no puede ser confinada a una sola dimensión.

Defensa de la ley moral objetiva

71. Por defender la ley moral objetiva, la Iglesia ha sido acusada infundadamente en el pasado de dogmática, autoritaria o represiva. Son acusaciones que algunos quisieran hoy resucitar. Pero la Iglesia no puede hacerse parte del creciente y destructor relativismo moral de nuestros días, que hace de la ley moral algo tan variable como las culturas, las épocas, los temperamentos y aun los gustos y preferencias individuales, como si no estuviera arraigada en la propia naturaleza humana, donde ha sido inscrita por el Creador mismo. La conciencia no crea la moralidad sino que la descubre en su radical objetividad. Formar la conciencia, entonces, es perfeccionarla en el conocimiento objetivo de la ley de Dios, del proyecto divino sobre el hombre y sobre el mundo. Porque la conciencia es falible, debe ser educada continuamente, de modo que distinga cada vez mejor la objetividad del bien y del mal.

La responsabilidad moral de los poderes públicos

72. Los poderes públicos tienen la obligación de fomentar activamente, también en una sociedad pluralista, el conocimiento y la práctica de la moral natural en su integridad. No pueden olvidar que el bien común, fin de toda su gestión pública, no consiste sólo en el bienestar material generalizado de la población, sino que contiene una radical dimensión moral: debe tender a la "vida buena" de todos los ciudadanos, a la vida éticamente recta, sin neutralidades frente a la presencia del mal. Es cierto que cada ciudadano tiene su propia e inviolable conciencia, que el Estado no debe atropellar jamás. Pero es igualmente cierto que los poderes públicos no pueden tolerar en la sociedad, y

menos fomentar, conductas que, por ser objetivamente inmorales, son también profundamente antisociales. Por el contrario, deben estimular la conciencia de las personas velando, por sobre todo, por el desarrollo de una cultura que responda las preguntas más hondas del destino humano y que valore la dimensión religiosa de la conciencia como uno de sus elementos más esenciales.

VI. LA IGLESIA Y LA FORMACIÓN MORAL

Formación moral de los cristianos

73. Sería injusto este severo diagnóstico de nuestra sociedad si no volviéramos los ojos —con tanta más exigencia— a la Iglesia en Chile, a nuestras insuficiencias morales que hacen menos creíble el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo. La primera de ellas, muy dolorosa, es que no hemos dado a la mayoría de los fieles católicos una suficiente formación moral doctrinal básica. La buena voluntad de tantos de ellos corre pareja con su ignorancia en estos temas capitales. Exhorto, pues, a todos los responsables de las instituciones de educación de la Iglesia a hacer un ímprobo esfuerzo por mejorar la cultura teológico-moral de los cristianos y de todos aquellos que se educan en ellas, tanto en moral fundamental como en la moral especial de los mandamientos y virtudes, y en la moral profesional. Estoy seguro que ansían esta formación con auténtica avidez. Tendremos que multiplicarnos para salir airoso de este desafío que pertenece, por derecho propio, a la Nueva Evangelización del país. Tanto la escuela como la universidad católica tienen, en este orden de cosas, una responsabilidad intransferible.

74. La enseñanza de la teología moral, aunque abierta al diálogo con el pensamiento y la ciencia modernos, debe presentar a los estudiantes la plenitud de la verdad católica, con fidelidad irrestricta al magisterio de la Iglesia. Les pido a los profesores que tengan particularmente en cuenta las necesidades de sus estudiantes antes que las propias, de tal modo que no los confundan con cuestiones opinables o querellas entre escuelas, que se pueden

dejar al debate especializado de los expertos, sino que les entreguen la verdad segura y establecida por el magisterio de la Iglesia.

Pérdida del sentido del pecado

75. Una deformación característica de la conciencia de hoy es la pérdida del sentido del pecado. La misma palabra "pecado" molesta a muchos y quisieran sustituirla por conceptos más débiles, como el error, la inutilidad, la inconveniencia social, o el mal impersonal del "sistema" o de las estructuras. Sin duda, la culpa moral personal incomoda. La cultura actual quiere aliviar esta incomodidad poniendo en operación distintos mecanismos de despersonalización de la culpa que terminan por anestesiar y hasta por destruir la conciencia moral. La Iglesia recuerda, en cambio, que el sentido del pecado forma parte de toda conciencia sana. Postular lo contrario es afirmar, o que no existe la libertad de albedrío, o que no existe el mal moral. Sólo se supera el pecado teniendo conciencia de él e implorando a Dios el perdón. La pérdida del sentido del pecado sólo puede conducir a la indolencia personal y social, que no deseamos para nuestro país.

Integridad moral y sacramento

76. Recuerdo a los fieles católicos que, si bien el cumplimiento de la ley moral natural es, en principio, accesible a las fuerzas de la naturaleza humana, la presencia del pecado hace que tal cumplimiento sea, en la práctica, difícil cuando no imposible sin la ayuda de la gracia de Dios. Como ésta tiene su primera fuente en los sacramentos, sólo la asidua frecuentación de la Penitencia y de la Eucaristía puede asegurar la observación cotidiana de la ley moral. Transformados en verdaderos testigos de la Iglesia, llamo a los fieles a dar ante la sociedad entera un ejemplo alentador de vitalidad y fortaleza moral que ayude a quienes los observan o comparten aspectos importantes de su vida a desarrollar la responsabilidad moral de su conducta.

PALABRAS FINALES

77. Podemos mirar con optimismo los desafíos que aquí planteo, tanto por ra-

zones culturales como teologales. Las primeras residen en las grandes reservas morales de nuestro pueblo, que a menudo conserva intacta su sabiduría ética elemental, a pesar de las intensas presiones contrarias, como también su espontáneo discernimiento del bien y del mal, y su cultura religiosa enraizada en los cinco siglos de evangelización de Hispanoamérica que nos aprestamos a conmemorar. Invito a todos los católicos y también a todos los hombres de buena voluntad a mirar en nuestra historia el ejemplo de tantos hombres íntegros que vivieron la plenitud de su conciencia moral hasta el heroísmo. La historia no es sólo un relato de hazañas, sino la memoria de la sabiduría humana que nos ha antecedido en el camino. Cada uno puede encontrar en su familia, en su escuela, en su pueblo, en su región, en la misma nación, las huellas de personas sabias y santas que con su testimonio permitieron que nosotros podamos seguir educándonos hoy en los más altos ideales humanos. Este patrimonio espiritual de nuestra historia es el mayor tesoro que puede tener un pueblo y una fuente de permanente optimismo para mirar el futuro.

78. A este motivo de optimismo se une otro de origen sobrenatural: la esperanza cristiana en la infinita misericordia de Dios, que no nos abandonará como país si ponemos todos los medios a nuestro alcance para educar moralmente a la ciudadanía, sobre todo a la juventud. Nuestra fe nos habla de un Dios que no está lejano, sino que se hace presente acompañando la historia concreta de cada hombre. A esta presencia consoladora y orientadora de nuestra vida le llamamos la Divina Providencia, la cual busca siempre la respuesta libre del hombre, pero da también la gracia para superar la esclavitud del pecado y poder mirar así las circunstancias de la vida con la transparencia de la fe, la esperanza y la caridad.

79. Nos espera una gran campaña moral de iluminación de las conciencias y de saneamiento de las costumbres. Este empeño es parte integrante de la Nueva Evangelización del país, a la que nos llama con urgencia el Papa Juan Pablo II. Pongo esta hermosísima tarea bajo el

amparo maternal de la Virgen María, cuya devoción está felizmente arraigada en nuestro pueblo y que como Madre de Cristo y Madre nuestra sostendrá nuestras mejores energías educadoras en favor de todo el pueblo chileno. Junto a Ella invito a invocar al Señor, con la siguiente oración:

80. *Padre Bueno, a través de tu Hijo amado
Nuestro Señor Jesucristo,
nosotros hemos experimentado
el amor inmenso que nos tienes.*

*Por El sabemos
que tú nos alimentas con más cariño que a las aves
y que nos vistes más hermosamente que a las flores.*

*Te alabamos por la dignidad de nuestro cuerpo,
porque es la mejor obra de tus manos
y porque es un instrumento para transmitir la vida
y para expresar nuestro amor comprometido.*

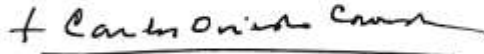
*Te bendecimos por el Cuerpo y la Sangre de Jesús,
de quien recibimos la fuerza y el amor.
Te damos gracias porque en contacto con su cuerpo
los ciegos recuperaron la vista,
los leprosos quedaron limpios,
los paráliticos se pusieron de pie,
y quienes habían pecado encontraron el perdón.*

*Te pedimos tu ayuda y tu compañía
para que sepamos vivir en nuestro cuerpo
con la majestuosa dignidad de hijos tuyos,
hermanos de Jesucristo
y templos del Espíritu Santo.*

*Haz que el amor habite en nuestros corazones,
que haya transparencia en nuestra mirada,
pureza en nuestras palabras y acciones,
y respeto por cada ser humano.*

*Libranos de corrompemos con criterios y actitudes
que no tienen su inspiración en el Evangelio.
Mueve los corazones de quienes deforman y hieren
la relación entre el hombre y la mujer
y la dignidad de sus personas,
y hasta comercian con sus sentimientos.
Ilumínalos, Señor, con tu misericordia
para que cambien de actitud
y comprendan la herida que ellos causan,
Y danos el valor que necesitamos
para oponernos a todo lo que pueda
destruir el amor.*

*María, Madre del Amor Hermoso,
ayúdanos a dar testimonio del Evangelio
en medio de este mundo. AMEN.*



† MONS. CARLOS OVIEDO CAVADA
ARZOBISPO DE SANTIAGO

Santiago, 24 de septiembre de 1991.

DOCUMENTOS CITADOS

- C.A. Juan Pablo II, Encíclica *Centesimus Annus*.
CH.L. Juan Pablo II, Exhortación Apostólica
Christifideles Laici.
F.C. Juan Pablo II, Exhortación Apostólica
Familiaris Consortio.
H.V. Paulo VI, Encíclica *Humanae Vitae*.
L.G. Concilio Vaticano II, Constitución Dogmá-
tica sobre la Iglesia *Lumen Gentium*.
M.D. Juan Pablo II, Encíclica *Mulieris Dignitatem*.
R. et P. Juan Pablo II, Exhortación Apostólica
Reconciliatio et Paenitentia.
R.M. Juan Pablo II, Encíclica *Redemptoris Mater*.

Medicina y Filosofía. Una guía para los perplejos*

Dr. Josef Seifert

Doctor en Filosofía en la Universidad de Munich (Alemania), Profesor en la Universidad de Dallas (USA) y actual Rector de la Academia Internacional de Filosofía en el Principado de Liechtenstein.

Uno de los más destacados representantes de la Escuela Realista Fenomenológica. Visitó la Facultad de Medicina de la P.U.C. de Chile, en 1990.



Aristóteles. Galería Spada, Roma.

INTRODUCCION

El siguiente texto fue originalmente entregado en forma oral en inglés, como parte del Primer Ciclo de Conferencias Claude Bernard sobre Medicina y Filosofía, organizado por la Unidad de Bioética de la Facultad de Medicina de la

Pontificia Universidad Católica de Chile de Santiago, entre agosto y septiembre de 1990. Tengo que agradecer a esta Institución y especialmente a su Director, el profesor Dr. Carlos Quintana, así como a los doctores y profesores Alejandro Serani y Manuel Lavados de la Universidad Católica de Chile por hacerme el honor de esta invitación. Más que eso, la seriedad y la inolvidable hospitalidad, así como también las preguntas penetrantes de sus colegas y alumnos, fueron para mí una fuente de inspiración personal y teórica. Estoy

* Versión parcial de un texto que será publicado *in extenso* por la Unidad de Bioética. Traducido del inglés por Mónica Nilo y Alejandro Serani.

endeudado con ellos por esta oportunidad única.

El texto de las conferencias ha sido desde entonces revisado y puede ser tomado en su forma actual —para expresarme en los términos de Moisés Maimónides— como una “guía para médicos perplejos”, los que tienen que enfrentarse con difíciles cuestiones de Ética Médica y de Filosofía. Hoy en día los médicos están viéndose forzados a hacerlo así en una sociedad pluralista y cambiante, y en la cual a menudo ellos se encuentran sin ninguna respuesta pública, privada o religiosa a los acuciantes problemas filosóficos que los presionan y a los cuales se enfrentan diariamente. Hoy en día asistimos a un colapso a gran escala del orden y de los códigos médicos tradicionales. En un tal momento, un intento honesto de clarificar las importantes cuestiones interdisciplinarias, que unen a los filósofos y a los médicos, por medio de un análisis filosófico que sea dirigido en forma cuidadosa y comprensible, podría probar su utilidad para los doctores en cualquier parte del mundo, quienes están buscando incesantemente la verdad acerca del significado y fundamento teórico de su noble arte.

CAPITULO 1: MEDICINA Y LA ETICA HOY EN DIA

1. *El inmenso progreso de la medicina moderna o la vuelta a la edad del curandero. Tres constituyentes del “arte médico”*

Históricamente hablando, la idea del *medicus*, del facultativo, es una idea relativamente nueva. Antes de la aparición de la idea y de la realidad del médico, encontramos el concepto del mago o del curandero, de la persona entendida en medicina. Tres elementos o factores caracterizan principalmente al facultativo (“*medicus*”), y lo distinguen del curandero o del chamán, que no es un *medicus*: Primero la ciencia; segundo, el arte y la técnica; tercero, la ética y la filosofía.

2. *El progreso o declinación de la Medicina con respecto a su tercera dimensión filosófico-ética*

Con respecto al tercer aspecto del facultativo, la Medicina de ninguna manera ha

progresado en las últimas décadas o siglos. Por el contrario, en este aspecto somos testigos de una declinación sin precedentes de la Medicina, sin duda una amenaza a su propia existencia, en el sentido de que, mientras Hipócrates en el siglo V a.C. hacía que cada médico jurara nunca administrarle a una mujer cualquier medio que sea para procurarse el aborto, hoy día millones de seres humanos inocentes son asesinados cada año por profesionales médicos en el aborto (sobre 60 millones), y no sólo eso, declaraciones teóricas excelentes, tales como la declaración de París del 5 de junio de 1973, se ven obligadas a contradecir otras declaraciones que atentan contra algunos de los fines más básicos de la Medicina.

El tercer aspecto y el más radicalmente distinto, por el cual el doctor en Medicina difiere del curandero, es la síntesis de las dimensiones científica y técnica de la profesión médica, con los objetivos de servir la vida humana y la salud y con una visión más amplia del hombre. Estos aspectos se manifiestan asimismo en muchos otros deberes del médico hacia sus pacientes, los cuales aparecen en el *Juramento Hipocrático*. Por ejemplo: en su deber hacia la verdad, sus deberes de información, etc. Así el *medicus* científico y el *medicus* artista deben estar combinados con el hombre que tiene objetivos humanos; quien sigue la ética profesional, y comparte una antropología filosófica, o por lo menos una visión implícita del hombre, en lo que tiene de específico por relación a las plantas y a los animales.

3. *La transformación religiosa y cristiana de la imagen del médico*

Por supuesto, la misión y visión del doctor en Medicina son vistas en una luz radicalmente distinta cuando el hombre es percibido en un contexto trascendente y metafísico o en uno religioso. Bellos testimonios de esto podrían ser tomados a partir de los filósofos estoicos y a partir de Platón, en lo que respecta a la imagen divina del hombre. Allí es enfatizada la relación que existe entre la grandeza microcósmica del hombre y aquel espíritu que Platón llama en el *Timeo*: el padre y hacedor del universo, y en relación al cosmos como un todo. Grandes testigos de esto también lo son

médicos judíos e islámicos y otros médicos testas.

Contraejemplos de esto son: el tratamiento de los alienados y de los enfermos terminales por los médicos nazis y por los regímenes ateos comunistas o el asesinato de los ancianos en las tribus esquimales. Pero también el trato del hombre hoy en día en el aborto, la eutanasia, etc.

Paradójicamente, una de las contribuciones positivas contenidas en la visión atroz del hombre propuesta por Peter Singer procede del énfasis que ha señalado en el cambio que debe sufrir la práctica médica con respecto a si lo que permanece será una visión materialista y evolutiva o espiritualista o cristiana del mundo. En este punto, sin embargo, es necesario enfatizar también la imagen completamente nueva del médico, posible a través del cristianismo —en su distinción con otras religiones—, lo cual llevó a una cierta transformación de la imagen del médico y a la primera creación de hospitales y de casas de cuidados médicos. El trabajo de la madre Teresa hoy en día, el cual se extiende hasta Rusia y a la China Comunista, testimonia una forma de vivir esto.

En esta visión religiosa del hombre, la profesión médica, que apunta a aliviar el dolor, a curar las enfermedades, a promover y salvar la vida, es vista como una expresión de la virtud cristiana central: la Caridad, especialmente en la medida que motiva la misericordia y la compasión. Si el paciente es visto como amado y redimido por Cristo, el *ethos* total de la relación humana entre el médico y el paciente, la profundidad del misterio de la vida humana y de la muerte, el significado del sufrimiento y de la muerte, etc., son cambiados y elevados. El diálogo entre Staretz Zsossima y las mujeres sufrientes en *Los hermanos Karamazov* de Dostoievsky nos da una maravillosa expresión artística de esto. Aún así, en esta transformación de la actividad médica por la caridad cristiana, ninguna de las virtudes naturales del médico descritas por Hipócrates se pierde.

4. Naturaleza de la filosofía "práctica" en la Medicina

Al resaltar el lado filosófico del facultativo es necesario enfatizar que el médico

no es ni un investigador médico y científico ni tampoco un filósofo. El es ambos y ninguno. Esto quiere decir que el médico no está obligado a conducir una investigación científica y a tener una mente propiamente científica y que su arte excede también la mera aplicación de la ciencia. Se trata de una actividad *sui generis* informada por la ciencia y sus resultados. En forma similar, el médico no tiene que ser un filósofo, en el sentido académico del término, sino que él tiene que estar informado por la filosofía o por lo menos estar formado por un buen sentido común filosófico. Lo cual no es posible si no ama la verdad y persigue el conocimiento auténtico de la naturaleza verdadera del hombre, con todos los medios que le están disponibles.

Es importante ver la significación del médico como una suerte de filósofo práctico y aquella de la dedicación ética a sus finalidades, también en orden a distinguir la dimensión específicamente antropológica de la profesión médica y del arte, en virtud de la cual difiere esencialmente del tratamiento de los animales o plantas. No obstante, cuán semejantes pueden ser los aspectos propiamente científicos y técnicos del arte veterinario y de la Medicina humana. En virtud de las diferencias entre el hombre y el animal, el veterinario y aún más las artes botánicas de sanar pueden ocasionalmente ser utilizados legítimamente para destruir animales indeseables o sufrientes —y ciertamente plantas—, debido a que los organismos inferiores no poseen la misma dignidad que el hombre e incluso ninguna dignidad comparable a él. Aun cuando no debemos asumir que todos los tipos de experimentos crueles con animales, con frecuencia innecesarios, sean moralmente permitidos. Por lo tanto, el verdadero médico humano también debe ser un verdadero humanista. Esto puede ser muy bien demostrado por la Historia de la Medicina.

5. La importancia del sujeto de la Medicina y el derecho inalienable del médico como persona en oposición a una imagen del médico como un mero técnico o instrumento de salud

Hoy otro aspecto importante en relación a la necesidad de la dimensión huma-

nfística y moral de la Medicina, a saber, no en relación a la persona-objeto: el paciente, sino en relación al sujeto del arte médico: el médico.

La diferencia que tenemos en mente es aquella entre el doctor en Medicina como persona y el doctor en Medicina como un mero distribuidor y causante de servicios médicos. Ambos: paciente y médico, tienen que tomar en cuenta el hecho de que el médico es una persona y no una máquina, ni un esclavo de personas; como tampoco una estación de servicio de salud o una computadora médica.

Esto es particularmente relevante cuando se trata del criterio subjetivo de la acción moral, a diferencia del estándar objetivo de la moralidad, la cual debiera ser la misma para el doctor y su paciente. A partir del hecho de que la autoridad inmediata sobre la cualidad moral de nuestros actos es nuestra conciencia moral —una voz personal en cada hombre que depende del grado de su conocimiento ético o sus prejuicios— se sigue de esto una consecuencia importante. Lo que el paciente hace, no sólo cuando actúa con maldad, sino también cuando elige en concordancia con su conciencia moral genuina, no es como tal obligatorio para su médico, ni tampoco una fuente de legitimación moral para que el médico suministre a su paciente los servicios médicos solicitados. Porque en el suministro de aquéllos el médico también actúa como persona, y sus acciones de prestarlos a su paciente, o de cooperar con el satisfacer completamente los deseos de este último, definitivamente no dependen de la conciencia del paciente, como tampoco recibe legitimación a través de ésta.

Sea lo que sea, por lo tanto, lo que la conciencia de sus pacientes les permita hacer, las propias acciones del médico, así como su cooperación con las acciones de sus pacientes, siempre deben permanecer bajo la regla de sus propias convicciones y bajo el dictado de su propia conciencia. Lo mismo también se aplica a todas las enfermeras y a cualquier otro profesional de la salud o secretaria, exactamente en el mismo grado.

Recientemente fui invitado a discusiones con ginecólogos sobre los aspectos

filosóficos de la Ginecología. Se hizo evidente que un buen número de ginecólogos estaban convencidos de que acciones tales como los abortos o esterilizaciones eran moralmente incorrectas, pero ellos pensaban que como médicos tenían que servir a sus pacientes y hacer por ellos lo que fuese que la conciencia *de ellos* le permitiera hacer. Esto es una confusión ética profunda de gran consecuencia; se olvida que ningún hombre puede vender su conciencia y su alma a otro hombre. Un médico no lo puede hacer a su paciente y un paciente no lo puede hacer a su médico. Ambos están dotados con la dignidad de una persona, una dignidad que requiere el respeto inviolable e inalienable de la conciencia propia de cada persona. La cual por supuesto debe estar formada en concordancia con la verdad ética objetiva, en la medida en que cada hombre ha sido dotado para verla.

Aquí se hace presente otra gran amenaza para la dignidad de la profesión médica hoy en día: el facultativo como una mera fuente de servicios médicos, más bien, que como una persona que actúa. Por supuesto, el médico será incapaz de convencer a muchos de sus pacientes de que es un error matar bebés o utilizar la esterilización contraceptiva, etc. Incluso si es que él está convencido de esto. Pero él está obligado y tiene el derecho a seguir su conciencia, tanto como sus pacientes. Por sus propias acciones él es el único responsable, nadie más.

Hipócrates ha visto esto tan claramente como vio la necesidad de tomar conciencia del valor de la vida y de la salud, y de la dignidad de la persona, del paciente.

6. *La historia de la medicina y el Juramento Hipocrático*

La idea del *medicus* existía ciertamente en Egipto y en otras culturas antes que en la antigüedad griega. Pero en su dimensión específicamente humanística y ética, es más explícita la contribución de Grecia. Los diálogos platónicos deben ser examinados bajo este punto de vista de la visión del médico que ellos contienen.

Hipócrates es el exponente clásico, y, en alguna extensión junto con Platón, el padre de esta nueva y clásica idea del médico (Artz). Él fue un miembro de la

escuela platónica y en su vida y pensamiento, la tercera dimensión (filosófica) del doctor en Medicina alcanzaba su clímax y encontraba su expresión perenne en el Juramento Hipocrático. El Juramento que Hipócrates administró permaneció como el juramento profesional para los médicos hasta hace poco tiempo en muchos países: él expresaba el acto decisivo en el cual el médico se comprometía a sí mismo en el aspecto ético y en los objetivos morales de su profesión.

Sin los objetivos de sanar y de salvar vidas, el curandero arcaico o el médico técnico sofisticado termina utilizando su ciencia para el hombre o en contra de él, para su bien o para su mal, como un acto de sanar o como un acto de destrucción. Pero, entonces, todo su ser se convierte en algo ambiguo y fluctuante entre un *medicus* y un asesino o enemigo de otros seres humanos que ya no son sus pacientes, sino sus víctimas. Esto se hizo evidente con los médicos nazis, como también se hace evidente en los millones de abortos e instancias de homicidio en la eutanasia de hoy en día.

Este tercer elemento componente del doctor en Medicina podría darse por descontado en el pasado, pero debería ser el elemento clave en la educación médica hoy en día, debido a la pública declinación de los estándares ético-médicos y de los conocimientos ético-valóricos en esta sociedad. Cada Escuela de Medicina hoy en día debería, por lo tanto, requerir de los futuros doctores en Medicina un entrenamiento apropiado en ética médica. En conformidad con el hecho de que es más esencial para el médico agregar esta dimensión filosófica y ética a su experiencia profesional.

Por sobre todo, el compromiso irrestricto del médico con sus finalidades y con las virtudes que constituyen al médico como tal, es por lo menos tan decisivo para la consecución de la verdadera esencia del doctor en Medicina, como los otros dos aspectos de su ser y de su arte.

Es, sin duda, en su servicio benevolente a la humanidad, en su orientación hacia el sanar, en su compromiso a salvar y a no destruir la vida donde su esencia más profunda como *medicus* debe ser buscada. El compromiso con estos objetivos hace del médico uno de los grandes arquetipos

de la humanidad. Su dedicación al bienestar de los hombres y a la curación de sus reales enfermedades y alteraciones llevaron a Platón a comparar al filósofo con el médico y al sofista con el confeccionista. Mientras que el último busca la mera satisfacción subjetiva de sus clientes incluso a expensas de su verdadero bienestar, el doctor en Medicina, por el contrario, está comprometido con su verdadero bienestar físico y salud, incluso cuando los métodos para obtenerlos sean subjetivamente insatisfactorios o dolorosos. Para Platón el *medicus* está constituido por su direccionalidad hacia el bien objetivo de sus pacientes.

Esta idea, incluso, fue elevada por el ideal cristiano del doctor en Medicina como el sanador movido por la caridad y la misericordia. El *christus-medicus*, quien cura los males, ya sea corporales, mentales o espirituales, se convierte en el arquetipo del médico en la Edad Media cristiana.

7. Progreso o regresión de la Medicina. ¿El ocaso de la Medicina?

A la luz de este análisis, debemos ver en el creciente colapso de este tercer elemento en la historia médica moderna la mayor amenaza, si es que no el verdadero ocaso de la profesión médica como una vocación humanista. Por lo menos debemos decir: en la medida en que esta tercera dimensión del médico profesional es perdida de vista, en esa medida la profesión médica está viciada o incluso se torna en su propio opuesto verdadero. Este no se refiere principalmente al diletantismo médico en lo profesional, sino al propósito antimédico del que abusa criminalmente del conocimiento y del arte médicos.

Por lo tanto, debemos deplorar la pérdida y la eliminación gradual del juramento del médico profesional en su *gestalt*, y en su sustancia hipocrática, justo cuando otros profesionales adoptan compromisos profesionales similares.

En este aspecto somos testigos de una regresión de la Medicina moderna al estado del curandero, o incluso mucho más por abajo de este estado. Debemos decir que el uso de tal "arte médico" está en contra del arte médico verdadero con su decidida dimensión ética. Tal práctica de la Medicina en contra de la Medicina y en

contra del hombre, constituye una violación de lo que realmente es la Medicina, a saber, que tales acciones estén al servicio de la vida y la salud, y que no apunten a destruirlas.

En los fenómenos tales como el aborto la Medicina se ha tornado en contra de sí misma, en contra de su más profunda razón de ser: permanecer en el servicio de los más altos bienes de la salud y de la vida. La Medicina se ha convertido en la Antimedicina, así como la filosofía se ha convertido en sofística y antifilosofía, ya que no sirve a la sabiduría y al conocimiento de la verdad, sino al error o a los objetivos ideológicos políticos divorciados de la verdad y la justicia.

Sin embargo, no sólo la cobardía y las concesiones a los poderes políticos han llevado a la pérdida de la dimensión huma-

na y ética de la Medicina; también un escepticismo ampliado y un relativismo con respecto a los estándares éticos de la profesión médica, como meros asuntos de los sentimientos subjetivos, de prejuicios sociales e históricos, de una transposición ilegítima de lo que es, al debe ser, etc. Esto ha llevado a un abandono creciente de la tercera dimensión o del "tercer hombre", en el facultativo y *medicus*. Para poder establecer una vez más la imagen y la vocación de la Medicina, será necesario, por lo tanto, investigar en lo sucesivo, en primer lugar, la cuestión acerca de la objetividad de la verdad y de la dignidad humana como fundamento de los principios objetivos e inteligibles de la ética médica y, por lo tanto, del *medicus*, en oposición al criminal y enemigo de la humanidad entrenado médicamente.

Comentarios sobre el Proemio del Celso a *De Medicina*

Discurso de Incorporación
a la Academia de Medicina

Benedicto Chuaqui J.

*Estudios médicos y título de Médico Cirujano
en la Universidad de Chile (1960).
Estudios de postítulo en la Universidad de Heidelberg,
becado por la Fundación A. von Humboldt,
Actual Profesor Titular de Patología General y
Anatomía Patológica de la P.U.C. de Chile.
Miembro Correspondiente de la Academia de
Ciencias de Heidelberg y Miembro de
Número de la Academia de Medicina
del Instituto de Chile.*



Aulo Cornelio Celso

Quiero, ante todo, agradecer a la Academia de Medicina la alta distinción de poder contarme entre sus miembros. La recibo con alegría, pero también con inquietud, por los méritos que exige el ocupar un lugar tan selecto.

Lo que voy a referir versa sobre el *Proemio de Celso a De Medicina*, obra escrita en latín hace poco menos de dos milenios. Varias razones me han movido a elegir por tema el exponer y comentar lo que creo son los pasajes principales de ese Proemio, principales en lo atinente a

la Medicina vista por un patólogo. De esas razones puede que aquí interese mencionar dos. Primero, en cuanto a la expresión, el idioma en que se halla escrita la obra constituye desde hace décadas objeto de mi ocio, ocupación que, sin embargo, se me ha hecho vital y que ahora me vincula oficialmente con otro ámbito académico. En este vínculo se expresan la libertad académica que brinda la Universidad donde trabajo y el espíritu universitario de los expertos de ese otro ámbito en que he tenido cabida y al que ahora también

quiero ver representado en mi discurso. Es de desear, sí, que el trabajo de traducción quede, cuanto sea posible, oculto bajo las palabras de Celso. Pero acerca de su lengua original, quisiera citar un pasaje del prefacio de mi opúsculo *Lingua Latina ad usum medici*:

"Hay, aun para el lego, a lo menos dos elementos valiosos en el estudio del latín: el histórico-cultural y el estético. Para el primero vale lo que le oí decir al editor de este libro: el latín es la llave del pasado cultural de Occidente. El estético es más bien subjetivo, pero puede ser la razón principal para cultivar esta lengua de imponente construcción. No todo ha progresado con el tiempo."

Hasta aquí la cita. Y la otra razón atañe al contenido, esto es, a lo que era el saber médico en ese entonces, más precisamente en este caso, a lo que eran las concepciones principales de la Medicina en la antigüedad clásica, que Celso expone y comenta en su Proemio. Se diría que se trata, pues, de mirar esas concepciones a la luz de lo que hoy se sabe. Pienso, sin embargo, que el saber actual y también el futuro se iluminan por su historia y creo así que se pisa en tierra más firme si se avanza de cara al pasado. Nuestro filólogo Antonio Arbea (1988) escribe:

"Las generaciones mueren, pero, antes de hacerlo, ya otras han recibido—en sus instituciones y, muy particularmente, en su lengua— un mundo previamente configurado y que en grado muy pequeño podrán alterar. Nuestro desconocimiento del pasado y nuestra consiguiente dificultad para vernos a nosotros mismos como entes de cultura, pues, son las verdaderas causas que nos hacen, en tantos respectos, sentirnos originales e innovadores."

Hasta aquí la cita. Esto en cuanto al pasado; en seguida, antes de entrar en los pasajes del "Proemio", algunas palabras sobre su autor.

Celso, patricio romano de la familia Cornelia, vivió entre los años 30 a 25 antes de Cristo y el año 45 de nuestra era, por tanto, hacia fines de la Epoca de Oro y comienzos de la Epoca de Plata de las

letras latinas. De su vida no se sabe casi nada; de su obra se conoce sólo *De Medicina*, un tratado sistemático en ocho libros, que a decir de los historiadores es el más completo, coherente y homogéneo que nos ha llegado de la antigüedad. El tratado formaba la segunda parte de la obra enciclopédica de Celso titulada "*De artibus*", que abarcaba, además, la agricultura, las artes marciales, la retórica, filosofía y jurisprudencia. Se da aquí, por tanto, ese caso en que pudiera conocerse a un hombre sólo a través de su obra y aquí, más propiamente, a través de su pluma. Cual hombre, tal discurso, *Qualis vir, talis oratio*, nos dice el proverbio. Pues bien, su pluma nos bosqueja con ese estilo preciso, depurado y elegante, que le ha valido ser llamado "el Cicerón de los médicos", a un hombre culto, mesurado y sensible. El latín de su famoso Proemio ha sido objeto de un estudio filológico (CHUAQUI 1983) en el que se comprueban básicamente los rasgos de un latín clásico con esos largos períodos dados por la frecuente subordinación de frases que, según Rodolfo Lenz (1944), son propios del lenguaje altamente evolucionado. Un latín clásico ajustado admirablemente a la objetividad de un tema científico, pero un latín ya permeable a algunos usos de la Epoca de Plata. El autor vivió también con su tiempo. Era un hombre inteligente y de alta capacidad intuitiva. A los patólogos especialmente todavía les asombra su hazaña de haber abstraído de ese fenómeno tan multiforme, la inflamación, los signos que se tienen hasta hoy por cardinales: *Notae vero inflammationis sunt quattuor: tumor et rubor cum calore et dolore* (III 2, 3). El gran patólogo Hueck (1937) observa la coherencia del orden en que se indican esos caracteres: primero, los dos morfológicos; después, los dos funcionales. Garrison (1960) nos habla de la ráfaga de intuición con que Celso infiere el retorno de la sangre a un punto de partida, cuando en el tratamiento de algunas heridas recomienda el empleo de una ventosa en una parte alejada para que el curso de la sangre regrese allí: *ut illuc sanguinis cursus revocetur* (V 26, 21C).

Sin embargo, Celso, según se cree, no era médico, aunque parece haber aprendido del médico de Tiberio y haber tenido cierta práctica en la atención de pacientes.

Pero ¿qué era ser médico en ese entonces? Era, como ahora, el dedicarse a la profesión; pero, a diferencia de hoy, no existía una licencia oficial para ejercer; los estudios tenían lazos más estrechos con el saber general, con la filosofía, y se realizaban siguiendo a maestros, que imprimían en el discípulo el sello de su escuela y de su persona. Parece claro, como explica Sigerist (1960a, 1960b), que estas diferencias se deban a condiciones distintas de las sociedades antigua y actual, pero eso no quita el valor del lazo con el saber general y del contacto con los maestros.

He tenido la suerte de conocer a grandes maestros y el honor de rendir un homenaje al más cercano, al profesor Roberto Barahona. Permítaseme ahora detenerme para recordar a uno que en el contexto de mi discurso tiene particular significación: el profesor Carlos Grandjot, Doctor en Matemáticas. ¿Qué le debo al profesor Grandjot? Le debo nada menos que el desarrollo de mi afán por aprender. El bagaje gigantesco de conocimientos que tenía, me fue, ya al comienzo de mi carrera, una prueba palpable de que, una vez despertado ese afán, podía convertirse en un motor incesante y cada vez más poderoso en la ampliación del saber. Me decía que bastaba con poner en marcha ese motor para que después caminara solo y con mayor eficiencia alimentándose con el goce de lo aprendido. A la luz de su persona todos los conocimientos del hombre me parecieron accesibles. Primero, quisiera decir algo sobre su vida; después, sobre la mía como alumno suyo.

Carlos Grandjot Reins, de ascendencia hugonote por la línea paterna, nació en Kassel en 1900. Hizo sus estudios de matemáticas en Gotinga, en la época en que esa Universidad se conocía como "el centro matemático del universo". Fue discípulo de Hilbert —a decir de expertos, el matemático más grande de este siglo— y de Landau; en física fue alumno de Planck. Se doctoró a los 22 años con una tesis sobre los axiomas de Peano, en la que demostró que uno de los axiomas no era independiente. Fue colaborador de Landau en la redacción del tratado, ya clásico, de teoría de los números. A los 25 años obtuvo el grado de Profesor Extraordinario. Hizo estudios en La Sor-

bona durante un año y en seguida fue contratado, junto a otros eminentes profesores alemanes, por el Gobierno chileno de ese entonces. Aquí se desempeñó como profesor de matemáticas y de física en la Universidad de Chile y en la Pontificia Universidad Católica. Jubiló y siguió activo como profesor recontratado durante algunos años. Falleció en Concepción en 1979.

El profesor Grandjot, hasta donde recuerdo, era versado en a lo menos diez idiomas; buen conocedor de las ciencias naturales, muy instruido en botánica, campo donde había hecho publicaciones de géneros y especies descubiertos por él en Chile; un experto en la clase de las hepáticas. Era un amante de la música. De estatura baja, tal vez un mesoectomorfo, de pera y bigote, bizco, de ojos azules, vivaz, de movimientos rápidos, de inteligencia superior y mente extraordinariamente ágil, de capacidad prodigiosa en el cálculo mental y de un humor muy especial; se diría, de un humor científico.

Creo que fue a fines de mi segundo año de Medicina cuando vi en el patio de la Escuela de la Avenida Borgoño el feliz aviso en que se ofrecía en venta, por diez mil pesos, un microscopio Leitz de 1917. Con el dinero que me dio mi padre, me fui a la calle Suecia 389, donde me recibió el profesor Grandjot. En ese primer encuentro pasamos rápidamente de lo del microscopio a las matemáticas, y sin demora quedó resuelto que una vez por semana me daría lecciones de lógica y fundamentos de las matemáticas. A las pocas clases se incorporó mi primo Rolando. El profesor Grandjot se sentaba al medio en su escritorio y nosotros a los lados; explicaba y escribía él mismo algunas notas; nosotros atendíamos. Parte muy importante eran las tareas para hacer en casa. Durante la convalecencia de la tuberculosis pulmonar que me afectó en el cuarto año de medicina y que después me hizo quedar de compañero de mi primo y me permitió seguir las clínicas con el profesor Alessandri, se dio el hecho singular de que el profesor Grandjot y mi primo iban a mi casa para continuar las clases. La materia de entonces era teoría de grupos y, como yo tenía tiempo, quedé encargado de fabricar en cartón los modelos de los poliedros regulares.

Tenía yo una cierta facilidad para lo geométrico, pero ya hacía tiempo que mi primo había mostrado su talento matemático, al punto de que por allá por el quinto año daba una charla en la naciente Sociedad Chilena de Lógica Simbólica, Filosofía y Fundamentos de las Matemáticas. Los rápidos progresos de mi primo le hicieron innecesario continuar las clases, pero seguimos estudiando cálculo juntos. Se recibió de médico, pero se dedicó a las matemáticas. Entretanto, yo seguí con el profesor Grandjot, pero en un campo distinto: estilística de la lengua alemana. Era una delicia oírlo pasar de un idioma a otro. Durante mis años de patólogo en Valparaíso continuamos las clases, pero por correspondencia. Después de mi regreso a Santiago perdí el contacto con él. El microscopio fue el que usé en los años de aprendizaje de patólogo siendo estudiante y seis meses después de recibido; lo conservo en perfectas condiciones, con caja y llave.

Pasemos ahora a un primer pasaje del "Proemio", dice así:

"6-8. La ciencia de la salud era considerada originalmente parte de la filosofía, de manera que, tanto la cura de las enfermedades como la contemplación de la naturaleza nacieron entre las mismas autoridades; a saber, entre los que la buscaban con mayor afán, los cuales habían debilitado la fuerza de sus cuerpos con una meditación inquieta y la vigilia nocturna. Y, por esto, sabemos que muchos de los filósofos fueron expertos en ella, siendo entre ellos los más famosos, por cierto, Pitágoras, Empédocles y Demócrito. Pero Hipócrates de Cos, discípulo de éste —como algunos han creído—, el más digno de ser recordado y un varón insigne, tanto por su habilidad como por su facundia, separó esta disciplina del estudio de la filosofía."

Hasta aquí por el momento. Sí, la ciencia médica nació de la filosofía, pero aun separada de ésta, la concepción hipocrática siguió atada al saber general. Hipócrates la separó en cuanto a una disciplina basada ahora en los hechos de observación en el hombre, pero para el hombre siguió rigiendo el concepto de Demócrito:

"Ἄνθρωπος μικρὸς κόσμος; el hombre, un microcosmos o mejor, siguiendo en parte al filólogo Poeschl (1968), el hombre, el mundo en pequeño. Nuestro filósofo Oscar Velásquez (1982) nos explica:

"El cosmos y el hombre fueron la naturaleza fundamental del estudio de la filosofía desde sus inicios. Amar lo sabio era reconocer la trama esencial del universo, reconocer el arte cósmico, bablado y manifestado en el hombre. Si alma, λόγος, ente, unidad o elemento eran los fundamentos de la realidad, eran también por eso mismo íntima expresión de esa misma realidad, cual estructura ordenada y comprensible de todo. El gran cosmos y el pequeño cosmos se hacían mutuamente inteligibles: la filosofía era justamente la ciencia llamada a establecer la unión entre ambos."

Hasta aquí Velásquez. Sostenía Hipócrates, según se cree, que para conocer la naturaleza del hombre era necesario conocer la naturaleza de todas las cosas y que el principio de todo era el mismo (RINO 1949). Se entiende así que la teoría hipocrática de los humores venga a ser una aplicación de la doctrina de Empédocles sobre los elementos primarios. Sigamos con el Proemio.

"9-10. Y en esa misma época la medicina fue dividida en tres partes, de manera que una era la que curaba mediante la dieta; la segunda, mediante los medicamentos, y la tercera, mediante la mano. A la primera llamaron los griegos "dietética", a la segunda "farmacéutica" y a la tercera "cirugía". Por otra parte, los autores lejos más ilustres de esa rama que cura las enfermedades mediante la dieta, tratando de examinar aun más profundamente ciertas cosas, reclamaron para sí también el conocimiento de la naturaleza, puesto que sin él la medicina quedaría como trunca y debilitada. Después de éstos, Serapión, el primero de todos, la fundó solamente en la práctica y la experiencia, declarando que esa disciplina racional no atañía en absoluto a la medicina."

Detengámonos aquí. En este pasaje aparece una palabra clave: "dieta", que

ha de entenderse en el sentido original, que también indica nuestro diccionario, eso es, "régimen de vida". Era, pues, primera intención del médico, en la que mostraba su verdadera sabiduría, curar por medio de la dieta, es decir, preservando la relación natural del hombre con el mundo, y para ello trataba de encauzar las fuerzas de la naturaleza, la φύσις, para que sin elemento extraño alguno, sin fármaco ni hierro, sanaran al paciente. Había que ser "fisiólogo". La medicina hipocrática había descubierto en la naturaleza del hombre el reino de la verdad, pero, además, en esa primera intención del médico, en que se aspiraba a guardar la armonía con el todo, se reflejaba el sentido normativo que tenía la φύσις en filosofía; de ahí la trascendencia de la medicina naturalista griega (LAIN ENTRALGO 1972).

En los racionalistas de que nos habla Celso ya se había desvirtuado la ciencia hipocrática por la rigidez estéril con que prevalecía lo supuesto por sobre los hechos de observación. Eran los dogmáticos. Como reacción surgieron los empíricos. Veamos la controversia de estas dos escuelas hilando los pasajes medulares hasta terminar con aquel en que Celso nos da su parecer:

"12-14. Por otra parte, ya que de las tres ramas de la medicina, tanto la más difícil como la más famosa es la que cura las enfermedades mediante la dieta, ha de hablarse ante todo de ésta. Y puesto que hay una primera disensión en esto —a saber, que mientras unos opinan que sólo el conocimiento de las experiencias les es necesario, los otros proponen que la práctica no es suficientemente eficaz si no se tiene un conocimiento seguro de los cuerpos y de las cosas—, es preciso exponer las principales opiniones de ambas partes, para que así podamos también nosotros exponer más fácilmente la nuestra.

Así pues, los que profesan la medicina racionalista afirman que es necesario el conocimiento de las causas ocultas que envuelven a las enfermedades; luego, el de las causas evidentes; después de éstas, también el de las acciones naturales y, finalmente, el de las partes internas.

Llaman causas ocultas a aquellas en que se busca de qué principios se compone nuestro cuerpo, qué causa nuestra buena o mala salud. Creen, pues, que es imposible que aquel que ignore de dónde provienen las enfermedades pueda saber cómo curarlas.

17-19. Afirman, por otro lado, que frecuentemente se dan también nuevos géneros de enfermedades, sobre las cuales la práctica hasta aquí nada ha descubierto; pero es necesario advertir de dónde se originan, sin lo cual ningún mortal podría descubrir por qué debe usarse esto más que aquello. Por este motivo buscan las causas ocultas.

Pero llaman evidentes a las causas en las que se indaga si fue el frío o el calor, el hambre o la hartura y cosas parecidas lo que ocasionó la enfermedad. Dicen, en efecto, que resistirá el mal aquel que no desconozca su origen.

Por otra parte, llaman acciones naturales del cuerpo a aquellas mediante las cuales inspiramos y espiramos, por las que tomamos y digerimos la comida y la bebida, y asimismo a aquellas por las que esto mismo es distribuido a todas las partes de los miembros. También tratan de averiguar por qué nuestras venas ora se hunden, ora se levantan; cuál es la explicación del sueño y la vigilia; piensan que nadie puede resistir ni sanar las enfermedades que se producen en relación con esto, sin el conocimiento de estas cosas.

23-24. Además, piensan que, como los dolores y variados géneros de enfermedades nacen en las partes interiores, nadie que las desconozca puede aplicarles remedios. Dicen, por lo tanto, que es necesario hacer incisiones en los cuerpos de los muertos y escudriñar sus vísceras e intestinos, y que quienes lo hicieron lejos mejor fueron Herófilo y Erasístrato, que hicieron incisiones a criminales recibidos vivos de la cárcel de manos de los reyes, y observaron, mientras aún respiraban, las cosas que antes la naturaleza les había ocultado, y su posición, color, figura, tamaño, orden, dureza, suavidad, tersura, relaciones y, además, los procesos y recesos de cada una de ellas, y si alguna se inserta en otra, o si alguna recibe en sí parte de otra.

27. Por otro lado, aquellos que por basarse en la experiencia se denominan a sí mismos "empíricos", admiten como necesarias, sin duda, las causas evidentes, pero afirman que la búsqueda de las causas ocultas y de las acciones naturales es superflua, porque la naturaleza no es comprensible.

29. Dicen que hasta los filósofos podrían ser los más eminentes médicos si esto dependiera del raciocinio; sin embargo, aquéllos sobreabundan en palabras, pero desconocen el arte de sanar.

33. Ellos dicen que la medicina, ni siquiera en sus inicios, fue deducida a partir de estas investigaciones, sino que a partir de los experimentos.

36-39. Después de encontrados ya los remedios, dicen, los hombres comenzaron a discutir sobre sus razones: la medicina, según ellos, no fue inventada después del razonamiento, sino que, una vez inventada la medicina, se buscó el razonamiento. Ellos también se preguntaban si el razonamiento enseña lo mismo que la experiencia o si enseña otra cosa: si enseña lo mismo, entonces dicen que es superfluo; si enseña otra cosa, entonces aun contra-productente. Sin embargo, agregan, en primer lugar debieron ser explorados los remedios con sumo cuidado; ahora ya están explorados, y ni se encuentran menos géneros de enfermedades ni se requiere una nueva medicina. Según su opinión, aun si se presenta alguna enfermedad desconocida, no por ello el médico habrá de ponerse a meditar sobre asuntos oscuros, sino que deberá ver inmediatamente a qué enfermedad se parece esta nueva; luego deberá ensayar remedios similares a los que con frecuencia aliviaron una enfermedad semejante, y a través de esta similitud encontrará ayuda. Y no dicen ellos, en efecto, que el médico no necesite de la razón y que este arte pueda ser practicado por un animal irracional, sino que estas conjeturas sobre las cosas ocultas no conciernen al asunto, ya que no interesa qué produce la enfermedad, sino qué la cura; ni atañe a la medicina saber cómo algo es digerido, sino qué se digiere mejor, sea por una u otra causa; ni tampoco interesa si la diges-

tión es tal o es solamente distribución. Ni tampoco se debe examinar cómo respiramos, sino qué alivia la respiración grave y lenta, ni qué mueve las venas, sino qué significa cada género de pulsación. Y esto se conoce mediante las experiencias. Y en todos los razonamientos de este tipo uno puede argumentar en favor de una u otra posición; así, ingenio y facundia vencen, pero las enfermedades no se curan con elocuencia, sino con remedios. Si alguien sin elocuencia sabe por la práctica discernir bien, será un médico mucho mejor que si, sin la práctica, ha perfeccionado su lengua.

45. Puesto que estas cosas han sido a menudo tratadas por los médicos en muchos volúmenes y enconadas discusiones, y lo seguirán siendo, conviene agregar cuáles pueden aproximarse más a la verdad. Estas ni concuerdan totalmente con una u otra opinión, ni tampoco se apartan demasiado de ambas, sino que ocupan un lugar intermedio entre diversos pareceres: lo cual puede advertirse en la mayoría de las controversias que buscan la verdad sin ambición, como en este asunto mismo.

46-47. Ahora bien, si no hay un conocimiento cierto de algo, una mera opinión acerca de él no puede encontrar un remedio cierto. Y es verdad que nada aporta más al método mismo de curar que la práctica. Pues bien, aunque hay muchas cosas que no pertenecen propiamente a un determinado arte, sin embargo le sirven estimulando el ingenio del artífice; y así, también la contemplación de la naturaleza, aunque no forma al médico, sin embargo, lo hace más apto y completo para la medicina.

52-53. Buscará, sin embargo, cada método nuevo, no a partir de las cosas ocultas —pues éstas son dudosas e inciertas—, sino de esas cosas que pueden ser investigadas, esto es, de las causas evidentes. Pues importa si causa la enfermedad la fatiga o la sed, el frío o el calor, la vigilia o el hambre, la abundancia de alimento y vino o la intemperancia de la pasión. Tampoco es conveniente que el médico ignore cuál es la naturaleza del enfermo: si su cuerpo es más bien

húmedo o más bien seco, si sus nervios son fuertes o débiles, su mala salud frecuente o rara; qué género de vida ha llevado, si laborioso o descansado, si dispensioso o frugal; pues a partir de estas cosas y otras similares debe deducirse a menudo un nuevo método de curar."

Hasta aquí la controversia y la posición de Celso.

El asunto de este debate es, sin duda, un tema de actualidad, particularmente en lo que concierne a la formación del médico de hoy ante la tendencia a suplantar la ciencia por la técnica. Pero quisiera enfocarlo desde otro punto de vista.

Empresa inmensa me parece la de los racionalistas: conocer las causas evidentes de la enfermedad, las que hoy llamaríamos causas externas; conocer las acciones naturales, diríamos hoy la fisiología; conocer las partes internas, vale decir, la anatomía, y conocer las causas ocultas, esto es, los principios de que se componen el cuerpo y las cosas, para comprender, sobre estos fundamentos, la enfermedad y deducir así la terapia. Es una empresa a la que uno no duda en sumarse si tiene el carácter de tarea programática, el de una aspiración que muy lentamente podrá ir acercándose a la meta sin alcanzarla nunca. Y el avance suele ser tan lento y vacilante que la naturaleza puede parecer incomprensible como sostenían los empíricos.

Y el médico no puede esperar: el imperativo de ser eficiente de alguna manera en la cura o alivio de la enfermedad, lo fuerza a actuar aunque sea empíricamente. Pero aun sin ese imperativo, hay inmensas lagunas de conocimiento que interrumpen el camino deductivo desde las partículas elementales de la física hasta el alma humana. ¡Y si es que existe un tal camino! Así, el rigor deductivo puede ejercerse sólo en parcelas del conocimiento. Creo que el procurar ir buscando fundamentos cada vez más profundos para explicar los hechos de observación en el hombre constituye tal vez el mayor trabajo científico, gracias al cual las nuevas teorías resultan ser, desde luego, más generales y comúnmente más sencillas en su estructura y, por lo tanto, también más elegantes. Y pienso que falta el desa-

rrollo de sistemas teóricos más amplios, como el que ha tenido la genética, que den cabida a la cuantiosísima información dispersa, de la que por el momento hay que hacer uso empíricamente. De hecho, la escuela empírica fue más fructífera que la racionalista: mientras los empíricos contribuyeron al progreso del arte médico con nueva información útil en la práctica, el dogmatismo esterilizó a los racionalistas. Se trata, pues, de observar el lema de Goethe:

"En el acrecentamiento del saber se hace necesaria de tiempo en tiempo una reordenación. Esta se realiza las más de las veces según nuevas máximas, pero sigue siendo siempre provisional."

Quisiera volver ahora a lo de las causas ocultas. ¿Tendrán algún equivalente en la patología moderna? Pienso que sí y que en parte están representadas hoy por las llamadas causas internas de enfermedad, en las que se incluyen las alteraciones genéticas, la predisposición y, en cierto sentido, la constitución.

En la concepción clásica de la génesis causal de las enfermedades está subyacente el concepto aristotélico de que un objeto actúa sobre otros, noción que, a juicio de un entendido como Rolando Chuaqui (1990), sigue siendo esencial aun en las concepciones probabilistas de la causalidad. Pues bien, para el pensamiento determinista los grandes descubrimientos de la bacteriología reafirmaron la noción de causa necesaria y suficiente de ciertas enfermedades; pero después, la comprobación de portadores sanos debilitó ese concepto, de manera que ciertas bacterias, como el bacilo de Koch, se concibieron como causas necesarias pero no suficientes: debían darse, además, ciertas condiciones. El conjunto de causa necesaria y de estas ciertas condiciones es lo que los patólogos llaman la constelación causal, y la interacción entre causa y condiciones conforma la génesis causal. Más recientemente el pensamiento determinista ha cedido paso al probabilista, como, por ejemplo, en la concepción de una génesis multifactorial, en la que importa la medida de la probabilidad en función de los factores presentes (SADEGH-ZADEH 1981).

Ahora bien, en relación con las alteraciones genéticas, que se aducen como las

más típicas causas internas, su aparición espontánea es irreconciliable con el pensamiento determinista, pues ellas también deben tener su causa, que naturalmente hay que buscar en los agentes externos. Y así se llega a rechazar la idea de la existencia de las causas internas, lo que no se aviene con hechos de observación. En cambio, para el pensamiento probabilista, la aparición espontánea de una mutación puede concebirse como una casualidad, es decir, como un resultado muy poco probable en la síntesis del material genético, la que habitualmente, o sea, con altísima probabilidad, se realiza normalmente (LENZ 1982). Así, la distribución probabilista de los distintos resultados posibles ligados a un objeto, en lo que atañe a la causalidad, puede concebirse como reflejo de propiedades intrínsecas de ese objeto en sus circunstancias (cf. CHUAQUI 1990).

Volvamos ahora al "Proemio". Sigue con la crítica de otra escuela, la metódica, que fue muy importante en Roma. Veamos:

"54. Y algunos médicos de nuestro tiempo, bajo la autoridad de Temisión, como ellos mismos quieren que parezca, sostienen que el conocimiento de causa alguna sirve de algo para las curaciones, y que basta observar ciertas cosas comunes de las enfermedades. Pues de éstas hay tres géneros: uno estreñido, el segundo fluido y el tercero mixto.

57. Según ellos, la medicina consiste en la observación de estas cosas, y la definen así como una cierta vía que llaman μέθοδος.

58-59. En lo que atañe a Erasístrato, en primer lugar la evidencia misma se opone a su opinión, ya que es claro que hay ciertas cosas que pueden provocar enfermedades, puesto que rara vez sobrevienen, si no es después de aquellas cosas. En segundo lugar, no se deduce que lo que a una persona no afecta, o a la misma en una ocasión, no dañe ciertamente a otra, o a la misma en otro momento. En efecto, pueden permanecer ocultas ciertas condiciones en el cuerpo, causadas por una debilidad o afección, las cuales no existen en otro, o bien no existieron en otro momento, y que no han sido por sí mismas tan grandes como para suscitar una enfer-

medad, pero que, sin embargo, pueden hacer al cuerpo más propenso a otras afecciones. Pero si Erasístrato hubiese comprendido suficientemente la contemplación de la naturaleza, que los médicos esos reclamaron precipitadamente para sí, también hubiera aprendido que nada en absoluto sucede por una sola causa, sino que se toma por causa lo que parece haber contribuido principalmente. Ahora bien, una causa que actúa sola puede no perturbar, pero si lo hace juntamente con otras, puede perturbar muchísimo.

64-66. Así, según Temisión, el conocimiento de una enfermedad queda fuera del arte, y la medicina, dentro de la práctica; y los metódicos no han añadido nada a la doctrina de los empíricos, sino que le han quitado algo, porque los empíricos observan muchas cosas, y éstos, en cambio, sólo las más fáciles y las más vulgares. Pues, también aquellos que tratan el ganado y los caballos se apoyan solamente en las características comunes de las enfermedades, ya que no pueden enterarse de animales mudos, de lo particular de cada uno; y los pueblos extranjeros, como no conocen el sutil razonamiento de la medicina, ven sólo las características comunes; y quienes mantienen grandes hospitales, no pudiendo atender a cada enfermo con el máximo cuidado, recurren también a esas características comunes. ¡Por Hércules!, tampoco los médicos antiguos ignoraron eso, pero no se contentaron con tales conocimientos. Por eso, también, la más antigua autoridad, Hipócrates, dijo que, para curar, era necesario observar, tanto las características comunes de las enfermedades como las particulares."

Hasta aquí Celso. Asombran, por de pronto, las disquisiciones de Celso en torno a las causas, que dejan ver claramente que tenía las nociones de predisposición y de constelación causal. Dura es su crítica al descuido de lo particular de cada enfermo, descuido inaceptable para el médico hipocrático. Sigerist (1949) dice refiriéndose a la medicina hipocrática:

"¿Qué es la enfermedad? Es nada más que la lucha entre la φύσις, la naturaleza del hombre, y el mal, siendo el

síntoma la expresión de estas luchas. Hipócrates reconoce tan sólo la enfermedad como tal, pero no las enfermedades; el paciente y la enfermedad están inseparablemente unidos, como un hecho único que nunca se repite."

Con estas palabras Sigerist esquematiza lo substancial de la concepción hipocrática (cf. Sigerist 1961). Había, pues, una sola teoría patogenética general con la que se explicaba cada caso por separado. Un estado de cosas que, en cuanto a un sistema teórico unitario, es un desafío para la medicina moderna.

Pero la crítica de Celso de esa cierta vía usada por los metódicos no parece acertada. Es cierto que ellos, extremando ese método, llegaron a una esquematización trivial de las enfermedades, pero ese método de abstracción fue justamente el que sirvió de base a Sydenham en el siglo XVII para delimitar las enfermedades como entidades morbosas, concepto que ha significado tanto progreso en medicina (cf. LAIN ENTRALGO 1943). Parece, sin embargo, que la medicina actual, sin abandonar el estudio teórico de las enfermedades, no debiera perder la dimensión hipocrática del individuo enfermo como esencia de su quehacer.

Ahora podemos pasar a los dos párrafos finales del "Proemio", en que se aprecia al Celso humanitario. Dicen así:

"74-75. Por lo tanto, para volver a mi asunto, opino que la medicina debe ser ciertamente racional, pero que debe instruirse de causas evidentes, habiéndose descartado todas las causas ocultas no en virtud de la reflexión del artífice, sino del arte mismo. Pienso, además, que es cruel y también superfluo el cortar los cuerpos de hombres vivos, pero si creo necesario, para los que están aprendiendo, incidir el de los muertos, pues deben conocer la posición y el orden, los cuales muestra mejor un cadáver que un hombre vivo y herido. Pero además, en cuanto a lo restante, que puede aprenderse sólo en los vivos, la práctica misma lo mostrará —un poco más lento, pero bastante más humanamente— en el tratamiento mismo de los heridos.

Propuestas ya estas opiniones, diré, en primer lugar, cómo conviene que

actúen los sanos, y luego me referiré a lo que concierne a las enfermedades y sus tratamientos."

Así, escuetamente, termina este "Proemio" monumental, en el que Celso ha permanecido fiel a la distinción filosófica entre *δόξα*, "lo no demostrado", esto es, "opinión" y *επιστέμμε*, "lo demostrado", vale decir, "conocimiento". Mis comentaristas, por cierto, caen en la primera categoría. Así, el honor mío ha sido doble: hacer hablar a Celso y dar mis opiniones ante esta Academia.

REFERENCIAS

- ARBEA, A. (1988) "Lenguas clásicas y formación humanística". LIMES 1: 130-139.
- CELSUS, A.C.: "De medicina", Spencer W.D. (Ed.). (1948). Harvard Univ. Press, Cambridge, Massachusetts.
- CHUAQUI, B. (1990) "Lingua Latina ad usum medici per litteras et grammaticam tractata". Instituto de Filosofía, Pontificia Universidad Católica de Chile.
- CHUAQUI, C. (1983) El "Proemio" de Celso a "De Medicina": Rasgos del latín y traducción. Tesis de Licenciatura, Universidad de Chile.
- CHUAQUI, R. (1990) "Causalidad". Conferencia, Encuentro de la Facultad de Medicina, Pontificia Universidad Católica de Chile, Baños del Corazón, octubre de 1990. Rev. Educ. Méd. UC N° 9 (en prensa).
- GARRISON, F.H. (1960) "An introduction to the history of medicine". WB Saunders, Philadelphia and London.
- GOETHE, J.W. (1963) "Maximen und Reflexionen". Deutscher Taschenbuch Verlag, München.
- HUECK, W. (1937) "Pathologische Morphologie". Thieme, Leipzig.
- LAIN ENTRALGO, P. (1943) "Estudios de historia de la medicina y de antropología médica". Tomo I. Ed. Escorial, Madrid.
- LAIN ENTRALGO, P. (1972) "Historia universal de la medicina". Tomo 2. Salvat (Ed.), Barcelona-Madrid-Buenos Aires-México-Caracas-Bogotá-Quito-Santiago de Chile-Río de Janeiro.
- LENZ, R. (1944) "La oración y sus partes". Ed. Nascimento, Santiago.
- LENZ, W. (1982) "Die Ursachen von Missbildungen, gestern, heute und morgen." J. Génét. Hum. 30 (Suppl. 5) 477-495.
- POESCHL, H. (1968) "Die griechische Sprache". Heimeran, München.
- RINO, J.B. (1940) "Renacimiento de la medicina hipocrática". El Ateneo, Buenos Aires.
- SADEGH-ZADEH, K. (1981) "Über den Begriff der multifaktoriellen Genese". Pathol. Res. Pract. 171: 50-58.
- SIGERIST, H.E. (1949) "Los grandes médicos". Ed. Ave, Barcelona.

SIGERIST, H.E. (1960a) "On the sociology of medicine". MD Publications, Inc, New York.
SIGERIST, H.E. (1960b) "On the history of medicine. MD Publications, Inc, New York.

SIGERIST, H.E. (1961) "A history of medicine". Vol II. Oxford Univ. Press, New York.
VELASQUEZ, O. (1982) "Anima mundi". Ediciones Universidad Católica de Chile.

La Universidad: origen y evolución.

Charla a estudiantes de Medicina

Prof. Dr. Roberto Barahona Silva

*Profesor Titular de Biología General (1934-1944)
y de Patología General y Anatomía Patológica
(1945) en la Facultad de Medicina
de la P.U.C. de Chile. Decano fundador de la
Facultad de Medicina de la Universidad Austral
(1959-1961) y Decano de la Facultad de
Medicina de la P.U.C. de Chile (1964-1966).
Miembro Académico de Número de la
Academia de Medicina del Instituto de Chile (1965).
Miembro fundador y primer Presidente de
CONICYT (1967), Miembro fundador de la
Sociedad Chilena de Anatomía Normal (1980).
Falleció el 02.08.1982.*



Sello de la Universidad de París, Siglo XIII.

La Universidad es siempre un tema polémico, porque además de la función docente e investigadora está en ella la batalla de las ideas e influencias, de la que siempre ha sido teatro. En esta batalla se han ido introduciendo a menudo intereses y pasiones, que provienen de las luchas políticas y doctrinales. Pero el gran debate genuino reside hoy en el sabor decimonónico distante de las transformaciones profundas de la vida y de la sociedad actual. Así, han surgido tanto en América Latina como en Estados Unidos

y en Europa numerosos proyectos de reforma de la Universidad. El documento más valioso al respecto es el llamado Informe de la Comisión Real presidida por Lord Robbins.

Nuestro tema consiste en fijar con claridad los fines de la Universidad y su encuadre en el contexto social. Debemos responder a la pregunta ¿qué es la Universidad? Muchos autores han abordado el tema sobre la "idea de la Universidad" y sobre la "misión de la Universidad". El tema es complicado, porque la Universi-

dad es una institución de larga y compleja historia, que ofrece caras distintas según la época y según los países y porque en la práctica sirve hoy a la vez a fines distintos que no siempre se pueden reducir a una idea central.

En circunstancias de crisis de las instituciones, es corriente provocar un movimiento de "retorno a las fuentes", de evocar lo que fue la primera esencia de una institución en sus momentos de esplendor. Probablemente ese estudio nos proporcione luz que ayude a disipar la oscuridad actual de la vida y el quehacer universitarios.

LA UNIVERSIDAD MEDIEVAL

La Universidad medieval es una de las grandes creaciones de la civilización occidental. Su grandeza deriva de su perfecto enraizamiento con la sociedad que le dio vida.

Las universidades aparecieron en el siglo XI y uno debe preguntarse por qué esta institución apareció tan vinculada a la Iglesia a 1.000 años del nacimiento del cristianismo. La razón está en la modificación de la sociedad de aquella época. En la antigua Edad Media existían como únicas clases el noble, el religioso y el campesino; eran los arquetipos de la sociedad feudal, que se desarrolló después de la destrucción del Imperio Romano, a raíz de las invasiones de los bárbaros. Con la restauración del Imperio Romano Germánico por Carlomagno comenzó un nuevo orden general, que permitió la formación de ciudades y con ella el intercambio de bienes y servicios. El desarrollo de las ciudades dio lugar a la aparición de una nueva clase, la burguesía, constituida especialmente por comerciantes y artesanos. Estas clases se organizaron frente a los señores feudales en asociaciones de diversos tipos, los Municipios, los Gremios y las Universidades. Estas fueron corporaciones autónomas constituidas por los estudiantes y los maestros. En Bolonia la Universidad nació por obra de los estudiantes, quienes llamaron en su ayuda a los profesores; por el contrario, en París fueron los profesores quienes se asociaron y ofrecieron sus servicios a los estudiantes. Ambos grupos, constituidos en corporación universitaria, lucharon por su independencia

frente a las autoridades locales y en esa lucha encontraron el apoyo de la Iglesia, de tal manera, que una bula pontificia fue siempre el instrumento que creó la Universidad y le aseguró su libertad frente a las autoridades locales, civiles, militares o eclesiásticas. El Papa reconoció incluso el derecho de huelga como lo hizo Gregorio IX en los grandes movimientos estudiantiles y de profesores de 1231 en la Universidad de París.

La Universidad medieval nació cuando predominaba la idea de la cristiandad y no existía todavía la noción de Estados nacionales. El latín era la lengua universal y por ello los estudiantes podían desplazarse de una Universidad a otra sin sentir que cambiaban de país. La Universidad de Oxford nació de un grupo de estudiantes de la Universidad de París a raíz de una huelga desarrollada en ella en el año 1229.

Por su carácter europeo, la Universidad tuvo también trascendencia política. Como corporaciones libres integradas en el sistema de la cristiandad, la Universidad no sólo fue un centro de saber, sino hizo oír también su voz en los grandes debates de su tiempo. Así, la Universidad de París apoyó a Felipe el Hermoso en su conflicto con el Papa Bonifacio VIII y más tarde se definió con los partidarios del Concilio en el gran Cisma de Occidente; a raíz del juicio contra Juana de Arco, la Universidad de París se pronunció contra Juana de Arco. La Universidad de Bolonia pertenecía al grupo político de los güelfos y apoyaba al Pontífice en su conflicto con el Emperador, mientras Nápoles fue "gibelina" y de política imperial.

Un carácter propio de la Universidad medieval fue la unidad cultural. En ella se enseñaban todos los saberes de su tiempo en una concepción uniforme y global del universo; representaba realmente la Universidad del saber en un momento de especial brillo, pues en el siglo XIII asistimos al gran auge de la escolástica, al esplendor del gótico y la aparición del gran poema cristiano de "La Divina Comedia" de Dante.

También debe señalarse que la Universidad medieval fue típicamente profesional. Los burgueses necesitaban conocimientos para desarrollar sus labores comerciales, que incluían también problemas jurídicos;

fueron también egresados de las universidades los funcionarios del Imperio y de los monarcas.

A partir del siglo XV, la Universidad se enfrenta con una nueva situación histórica y nuevas condiciones sociales. Surge aquí por primera vez el problema del destino de la Universidad cuando cambian las circunstancias históricas. La Universidad tenía dos caminos: aferrarse al pasado y permanecer al margen del nacimiento del mundo moderno o aceptar el desafío y proseguir con otro espíritu y otros métodos su misión cultural. La Universidad tuvo una respuesta negativa y la consecuencia fue su decadencia.

Las nuevas situaciones históricas estuvieron dadas por el nacimiento de los llamados Estados nacionales y la Reforma protestante.

Las universidades sufrieron los procesos históricos, pero no fueron capaces de encauzarlos ni se adaptaron a las situaciones que ellos provocaban.

Las universidades siguieron enseñando en latín las mismas asignaturas, sin preocuparse de las cuestiones que afectaban a las diversas naciones, tanto en el orden político como en el orden religioso. Fueron los jefes de Estado los que intervinieron en las universidades, creando así las universidades protestantes, tanto luteranas como calvinistas, y decidiendo, en otras partes, los gobiernos, la formación de universidades católicas bajo la influencia del Pontificado.



Estudiantes de la Universidad de Bolonia. Siglo XIV.

Tampoco interesaron a las universidades otros grandes movimientos espirituales de esa época como fue el humanismo, razón por la cual el Rey Francisco I se vio obligado a crear, al margen de las universidades, el Colegio de Francia, institución cultural que hasta hoy brilla en ese país. La nueva ciencia que se desarrolló con el Renacimiento apareció también fuera de las universidades: ni Descartes ni Spinoza ni Leibniz fueron universitarios; sólo a finales del siglo XVIII Manuel Kant fue profesor en Königsberg, pero debió soportar graves amenazas del Rey Federico Guillermo II de Prusia por las ideas que expresaba en sus obras.

Así, la Universidad perdió su autonomía intelectual y fue decayendo y haciéndose más rígida. En el siglo XVIII los enciclopedistas criticaron rudamente a la Universidad, motejándola de residuo medieval.

En tal situación, la Revolución Francesa adoptó una solución radical: disolvió las universidades y luego Napoleón creó las llamadas Escuelas Técnicas Superiores. En 1806, Napoleón transformó estas Escuelas Técnicas en la llamada Universidad Imperial, pero esta institución era algo muy distinto de lo que tradicionalmente se entendía por Universidad. En este caso se trataba de un organismo estatal, al servicio del Estado, organizado y dirigido por el Estado, hasta en la formulación de sus programas y designación de sus profesores. Es una Universidad centralizada, jerárquica y burocrática, que vigila la enseñanza media y superior y forma la casta dirigente del Estado, la burguesía administrativa.

El desprestigio de la Universidad tradicional permitió que el modelo napoleónico se extendiera por Europa y fuera adaptado también por los países latinoamericanos recién independizados. Sobre este modelo creó don Andrés Bello la Universidad de Chile. La Rusia de los zares la adaptó y sigue vigente hasta hoy día. En cambio, Inglaterra y Alemania decidieron afrontar la crisis según sus particulares circunstancias nacionales.

El modelo universitario inglés fue representado en Oxford y expresado teóricamente por el Cardenal Newman al fundar la Universidad de Dublín después de 30 años de profesorado en Oxford. El la

llamaba la Universidad Liberal, que fue ardorosamente impugnada por la Universidad Utilitarista de Edimburgo, que seguía el modelo napoleónico. Educación liberal para el Cardenal Newman es el conjunto de conocimientos y la disciplina intelectual que un hombre ha de tener como hombre, con independencia de su actividad profesional completa o de su especialización. No tiene finalidad práctica inmediata. No es un medio para alcanzar otros fines, es un fin en sí misma. La educación liberal es formativa, diferente al llamado ideal utilitarista de Edimburgo, que sostenía que la educación debía ser ante todo preparación para una profesión determinada. Hay que agregar que la educación liberal es no sólo independiente de una futura profesión, sino también de la formación puramente científica y de investigación. La investigación no es uno de los fines de la Universidad, como tampoco es la formación de científicos, pues toda formación científica es una preparación especializada y la educación liberal ha de ser general, ya que busca la unidad del conocimiento mediante la búsqueda de las relaciones que ligan todas las ramas del saber.

La finalidad última de la educación liberal es la formación intelectual del estudiante dirigida a modelar un tipo humano determinado, el buen ciudadano, el *gentleman* victoriano.

Por este camino, la Universidad eleva el tono intelectual y moral de la sociedad, purifica el gusto nacional y fija metas a las aspiraciones del país. El egresado podrá desempeñar con la máxima dignidad cualquiera profesión u oficio y dominar cualquiera materia que profese.

Para lograr estos fines, la Universidad deberá ser un imperio del saber y la cultura, en que reine un intercambio de ideas y en que se discuta el ámbito de cada ciencia y sus relaciones recíprocas. El universitario reside con intensidad en un clima de debate cultural. Este modelo universitario dio a Inglaterra la mejor clase dirigente del mundo de su época; a ella se debió la creación y la administración del vasto Imperio Británico hasta la Primera Guerra Mundial. En la segunda mitad del siglo pasado entra a Oxford y a Cambridge un nuevo ideal universitario, que estaba difundiéndose por el mundo y que ya ins-

piraba a las universidades norteamericanas, el de la nueva Universidad Alemana.

La moderna Universidad Alemana nace en 1810 con la fundación de la Universidad de Berlín encuadrada en la reforma del Estado prusiano de esa época, a raíz de las derrotas sufridas a manos de Napoleón. El despertar nacional predicado por el Barón von Stein encontró eco en grandes pensadores, como Fichte, Schleiermaier y Guillermo von Humboldt, quienes promovieron una concepción de Universidad acorde con esos ideales nacionalistas. La nueva Universidad es pues fruto del espíritu nacionalista del pueblo prusiano y por ello se funda en Berlín, como fuente de ideas y de influencia cultural hacia los grupos sociales que manejaban el poder del Estado. Una segunda idea central presidía la concepción de la nueva Universidad Alemana: es una corporación al servicio de la ciencia. Ciencia e investigación constituyen la clave de la Universidad Alemana. La Universidad tiene la misión de buscar la verdad en la comunidad de investigadores y discípulos: docencia e investigación constituyen la misión propia de la Universidad. La ciencia es un fin en sí, fruto de la voluntad originaria de saber, sin relación con su posible utilidad ni de su eficiencia formativa. Para el cultivo de la investigación y la docencia es requisito ineludible la libertad espiritual, la ausencia de cualquiera influencia ideológica o de directrices exteriores. Como corolario, la Universidad sólo podrá enseñar ciencia y formar por y para la ciencia actividad especializada y limitada si pretende ser original y alcanzar profundidad. Se piensa que un saber especializado ilustra al docente y al alumno sobre el todo, por la vinculación superior que existe entre las diversas ciencias. La Universidad Alemana de Humboldt cumplió su misión nacionalista. Aseguró el engrandecimiento del Reino de Prusia, contribuyó a la formación del Imperio Alemán y, a pesar de la crisis que significó la derrota de 1918, fue un poderoso aliado del movimiento nacionalista que creó más tarde el Tercer Reich y provocó la segunda gran guerra.

Entre ambas guerras, la Universidad Alemana fue objeto de crítica de parte de pensadores alemanes, quienes intuyeron la responsabilidad de la Universidad en

el curso histórico desgraciado de la nación. Max Scheler señaló las profundas contradicciones entre la teoría de la Universidad y la acción real de la misma. No hubo, sin embargo, aportes ideológicos nuevos y el hitlerismo dominó el panorama universitario alemán.

En este período Ortega y Gasset elaboró una nueva concepción sobre la misión de la Universidad (1930), que trató de realizarse durante la República Española. La clave de la posición de Ortega y Gasset está en colocar en el centro de las tareas universitarias la cultura y no la ciencia. En el pensamiento de Ortega es fundamental distinguir entre ciencia y cultura, en razón de lo que él llamaba "la barbarie de la especialización" a que conduce una Universidad basada en la ciencia, como fue la Universidad Germánica, que él estimaba en crisis y aun en degeneración. Afirmaba que la Universidad Alemana había producido la desintegración cultural del hombre moderno al presentar como prototipo humano al especialista y no al hombre culto. La formación científica obliga a concentrar la actividad sobre sectores limitados del saber. "Un especialista, decía, es un bárbaro que sabe cada vez más de cada vez menos". Por ello proclamaba que el fin de la Universidad es formar hombres cultos, transmitir y elaborar la cultura; en un segundo plano colocaba la instrucción de profesionales y la investigación. Corresponde responder qué es la cultura según Ortega y cómo se distingue de la ciencia:

"La cultura es el sistema de ideas vivas que posee cada tiempo, el sistema de ideas vivas desde las cuales el tiempo vive."

Esas ideas vivas son el repertorio de nuestras efectivas convicciones sobre lo que es el mundo y son los prójimos, sobre las jerarquías que tienen las cosas y las acciones, cuáles son más estimables y cuáles lo son menos.

La cultura no es pues una suma de conocimientos (de ahí su rechazo por la llamada cultura general), sino un conjunto de ideas vitales que guían la existencia humana. Ese conjunto supone una imagen del mundo y esa imagen es dada en gran parte por la ciencia. Pero ciencia y cultura no se confunden. La ciencia no es un quehacer vital; su finalidad es el conocimiento y sus límites los marca el estado de los métodos de investigación. Ahí se detiene

y, por trascendentales que sean los problemas que deja sin resolver, no puede traspasar sus fronteras, pues entonces deja de ser ciencia y entra en campos que no puede recorrer con sus técnicas. En cambio la cultura está regida por la vida como tal y tiene que ser en todo instante un sistema complejo y estructurado.

Para cumplir la misión cultural, la Universidad ha de contar con una Facultad de Cultura en que se enseñen las grandes disciplinas culturales, a saber: la imagen física del mundo (física); los temas fundamentales de la vida orgánica (biología); el proceso histórico de la especie humana (historia); la estructura y funcionamiento de la vida social (sociología); el plano del universo (filosofía).

Tales materias deben enseñarse como disciplinas culturales y no como ciencia. Por ejemplo, la física no se enseñará como ella se presenta a quien va a ser un investigador físico o matemático; la física de la cultura es una rigurosa síntesis ideológica de la figura y funcionamiento del cosmos material, según resulta de la más reciente investigación física.

La concepción de Ortega, que señala los peligros de la excesiva especialización, fue incorporada en alguna de las universidades alemanas creadas después de la última guerra; pero la creciente complejidad de cualquier rama del saber ha sido un obstáculo insuperable para la realización de tal proyecto universitario.

PERSPECTIVA ACTUAL

Las dos guerras mundiales y los acontecimientos políticos y sociales que les siguieron han demostrado que la Universidad liberal, la Universidad científica y la Universidad cultural no pudieron seguir el camino autónomo que se habían trazado. De uno u otro modo se vieron envueltas y comprometidas en las situaciones de las respectivas patrias y en las modificaciones de la sociedad, que se han producido después de estos grandes movimientos sociopolíticos que fueron ambas conflagraciones.

La extensión de la educación a grupos cada vez mayores de la sociedad, la elevación de las condiciones básicas de vida

y la progresiva tecnificación de las actividades, han aumentado los requerimientos de preparación profesional y técnica, con la consiguiente presión por el ingreso a las universidades y la multiplicación de las carreras y de las especialidades profesionales que enseña la Universidad. Por estas dos vías la institución se ha masificado y, por otra parte, ya no es una comunidad animada de un principio rector único. Hoy la Universidad es un conjunto de comunidades y de actividades, que se mantiene superficialmente unido por un nombre común, una dirección superior común y por propósitos no siempre afines. Tiende cada vez más a convertirse en una organización que engloba cosas muy distintas y cuyo carácter comunitario se ha perdido por completo. Ya no se puede hablar de un fin de la Universidad, porque ahora ella tiene muchos fines. Es así como

Clark Kerr prefiere no hablar de Universidad sino de Multiversidad, imposible de reducir a un principio central unívoco.

Los caracteres fundamentales de esta Multiversidad actual son: una enorme expansión, tanto de estudiantes como de graduados; una gran demanda de especialistas y de tecnólogos; un compromiso de la institución con el desarrollo económico y social de la comunidad; una preocupación por los problemas internacionales que pueden afectar el proyecto histórico nacional.

Sin embargo, debe dejarse constancia, en este momento, de que las dos tareas fundamentales de la Universidad seguirán siendo la educación superior y el avance del saber. El problema crucial es descubrir la perspectiva en que se sitúan esas dos misiones.

Enfoques filosófico-médicos de Santa Hildegard de Bingen*

Dr. Wolfgang Wallisfurth

*Doctor en Teología (1943) y Constructor Civil (1950) de la P.U.C. de Chile.
Representante en Chile de la Institución St. Raphael para la migración católica alemana (1952). Cofundador de Caritas Chile (1956).
Fundador de INVICA (1959) y de la Fundación Alemana para el Desarrollo (1963).
Canónico de la Catedral de Colonia (1985).
Orden al Mérito del General Bernardo O'Higgins, grado de oficial (1985).*



La hora decisiva de su destino la relata Hildegard con sus propias palabras: “En el año 1141 de la encarnación del Hijo de Dios, Jesucristo, cuando yo contaba 42 años y 7 meses, bajó una luz fogosa con relámpagos. Atravesó mi cerebro y me enardecí el corazón y el pecho como una llama, que, sin embargo, no quemaba, sino calentaba, como el sol calienta el objeto sobre el cual vierte sus rayos. Repentinamente comprendí el

sentido de las Escrituras, de los Salmos, del Evangelio, de los demás Libros del Antiguo y Nuevo Testamento”. Esta confesión balbuciente habla de algo grande, que requiere de una interpretación (explicación), ante la cual uno instintivamente retrocede asustado. Era una vivencia que no se podía expresar en palabras, que deja atrás nuestras experiencias. La monja clarividente desarrollaba ahora una rara aptitud en forma extraordinaria. No se puede decir de otra forma: el Fuego Divino cayó sobre ella, y no sólo una vez en

* Traductora: Sra. Roswitha Tiedemann.

su vida. Hildegard era una vidente. Desde luego, no tenía momentos de arrobamiento en los cuales habría estado extasiada, como le sucedió a tantos Santos.

El significado de la enfermedad dentro del concepto del mundo

Hildegard no separa el mundo visible del metafísico. Este mundo más bien es tangible por medio del más allá. Obtiene de ahí su sentido. Lo espiritual es la vía de enlace entre tierra y cielo. Por su significado como símbolos de lo espiritual, representan las cosas que rodean a los hombres un orden superior del mundo. Las relaciones entre hombre, mundo y orden superior no tiene un carácter imaginario, sino son tangibles en los símbolos y signos.

Tampoco en la representación de las fuerzas de la naturaleza se trata de una ficción artística. El actuar divino y el actuar humano se entrelazan. Todo es imagen de la eternidad, también el tiempo, que se extiende sobre la tierra hacia las cuatro direcciones del cielo.

En sus explicaciones de las causas y terapias de las enfermedades ella se refiere a las fuerzas del hombre disminuidas por el pecado original. El pecado original del primer hombre y la disminución de sus fuerzas celestiales relacionadas con éste, Hildegard los detalla en su escrito filosófico-médico *causae et curae*, el libro sobre ciencia médica. De esta manera los casos de enfermedad adquieren —antes que Hildegard entre en materia— una importancia superior.

La caída de Adán y las consecuencias se relatan minuciosamente. Desde el pecado original el hombre ha perdido su ritmo “y no puede mantenerse largamente en ninguna situación”. Desde ese tiempo le falta tranquilidad, confianza en sí mismo y paciencia. El ya no puede ver lo lejano sino sólo lo cercano. Con el pecado original el misterio divino llegó a ser una realidad inaccesible, por lo que cambió fundamentalmente la esencia del hombre. De ahora en adelante necesita del sueño, comida y bebida, para regular la economía perturbada de sus fuerzas corporales.

Sin la simbología religiosa, se podría ver en la ciencia médica de Hildegard una copia de la patología humoral, la doctrina

de las circunstancias causantes de enfermedades de humores corporales, que se remiten al concepto del pneuma de la escuela estoica.

Sólo sobre ese trasfondo se hace comprensible el ulterior desarrollo de la historia de Adán por Hildegard hacia una construcción filosófico-médica. El fracaso del primer hombre Adán y el cambio de su cuerpo hasta ese momento incólume hacia un cuerpo natural después del pecado original pasan, eso sí, a segundo plano cuando interpreta las diversas enfermedades.

Sin embargo, Hildegard no se limita en sus escritos sobre ciencia médica y natural a una doctrina exclusiva del hombre, sino siempre tiene en su mira el cosmos completo, el conjunto de la creación.

EL HOMBRE ENTERO CUENTA

Hoy en día las enfermedades tienen muchas causas. Aumentan las voces que exigen un concepto total para su tratamiento: una política de la salud. De ahí resulta conveniente recordar la visión de un guía de “política de salud” de Hildegard de Bingen. Partiendo de la unidad del hombre con el mundo, explica en su comentario a las reglas benedictinas que el hombre debe aprender esencialmente el trato con su medio ambiente. Las costumbres alimentarias deben ser mesuradas, trabajo y tiempo libre deben ser armonizados y el ritmo cósmico de dormir y estar despierto no debe ser interrumpido arbitrariamente.

El tratamiento médico es considerado por Hildegard sólo como uno de los varios medios para la recuperación de la salud. En vista de su hombre cósmico, debemos llegar a la conclusión de que hay tantos remedios, es decir, reglas para vivir, como causas de enfermedades. Actualmente hablamos del medio ambiente psíquico, social y físico, que decide sobre salud o enfermedad y nos referimos al cosmos de relaciones de familia, vecindad y compañeros de trabajo, a ciertos valores y normas, al autoenfoco del propio cuerpo, a las costumbres de beber y comer, como también al estrés por el tránsito, la música estridente y los desiertos de hormigón.

Con esta visión del conjunto la política de salud se acerca a las reglas de Hildegard orientadas al hombre en su totalidad.

La aproximación del concepto de salud a fines del siglo XX a la imagen del hombre de siglos anteriores, corresponde a una revolución en el campo de la medicina.

Mitigación por simpatía

Cuando se trata no sólo de cambiar el concepto del tratamiento de la enfermedad, sino también al mundo que empuja al hombre hacia la enfermedad —se habla de las reglas de juego del combate de la vida—, nos encontramos aquí con otra paralela asombrosa a las proposiciones curativas de Hildegard. Esta no se cansa de hacer hincapié en que el enfermo necesita sobre todo una dedicación compasiva. Con esto no sólo le indica el rumbo a su época sino también a nuestra era. El arte médico de Hildegard concede las mejores posibilidades de curación a una conducta ética: mitigación mediante simpatía y compasión donde no ayudan inyecciones e infusiones.

Hildegard nos exhorta a ver y comprender la plenitud viva del mundo, que lo más lejano está relacionado con lo más cercano.

UNIDAD DE CUERPO Y ALMA

La práctica y problemática de la fitoterapia de Hildegard

La medicina naturalista de Hildegard tiene más actualidad que nunca.

No es de admirarse que en un época como la nuestra, el hombre se sienta cada vez más atraído por la naturaleza.

Así cada vez más los hombres se interesan por las fuerzas terapéuticamente aprovechables de la naturaleza y se acercan casi forzosamente antes o después a la medicina de Santa Hildegard. Pero esta vuelta a la naturaleza no siempre es tan simple y sin problemas como lo aseguran algunos curanderos o charlatanes que se han acoplado a esta tendencia.

Esto rige, también, para la botica de Sta. Hildegard. Pues, lo que es natural, a

veces daña y no siempre es bueno y saludable. Todo depende de la recta aplicación en el momento preciso y de la exacta dosificación. Y justo en este punto se diferencia Hildegard fundamentalmente en su escrito *Causae et curae* (Ursachen und Behandlung) de la medicina actual. Mientras hoy día existe la inclinación de considerar molestias en forma aislada tratándolas así, Hildegard considera siempre al hombre entero. Pues esto significa que el dolor de cabeza no se trata simplemente con una tableta, sino Hildegard pregunta por el “¿por qué?” y “¿de dónde?” “¿Viene el dolor originalmente del corazón o quizás aún del alma?” Si la medicina moderna mira al paciente en primera línea como suma de sus órganos que deberán ser tratados por separado y aisladamente, entiende Hildegard al “paciente” como unidad de cuerpo y alma, entrelaza la salud del alma con la del cuerpo y viceversa. Mirado así, la planta nunca por sí sola constituye un remedio sobre la base natural sino siempre es portadora de fuerzas divinas.

Una segunda problemática resulta de la lengua en la cual ha escrito ella, el latín. Hildegard misma hace hincapié en lo polifacético de esa lengua.

En casi todas las enciclopedias se puede leer que Hildegard es la primera naturalista alemana, cien años antes de Albert Magnus. Con esta denominación se debe tener cuidado. En el sentido moderno no era una científica de ciencias naturales, ya que no hacía experimentos en ningún laboratorio. Pero el interés, observación y descripción de los hombres, animales y plantas forman los comienzos de la historia natural, y en ellos Hildegard tuvo participación. Ella cultivó en su jardín del convento muchas yerbas útiles y medicinales. Ella meditó (reflexionó) sobre nubes y estrellas, sobre el bosque y el agua; tanto los animales como las piedras le interesaban sobremanera. Su relación con la naturaleza no era científica, era más simple, pero para nosotros también más vergonzosa. Hildegard aún tenía la fuerza elemental de asombrarse por los acontecimientos naturales, asombro que expresaba en ademanes grandiosos. El asombro fascinador nos quiere enseñar Sta. Hildegard que podría llegar a ser, en este sentido, una novedosa maestra

novicia para nosotros, los tontos seres humanos de hoy.

Ella es la gran Sibila cristiana y fue con toda seguridad un ser profético. Lo profético no sólo consiste en meras predicciones del futuro, más bien el profeta se coloca delante de su pueblo y le presenta con palabras luchadoras las dos posibilidades: Este es el camino hacia la vida y este es el camino hacia la perdición; entre estas dos alternativas está la decisión. Sólo esto hacía Hildegard desde un poder interior con potente voz. Si se mira a Hildegard como Sibila cristiana, es una figura de rara energía (fuerza), que estuvo en su punto crucial de la historia y dijo en forma categórica: "La época actual es blanda y se propone cometer devastación en la viña del Señor. Más adelante llegarán días aún peores. Los verdaderos cristianos sufrirán persecuciones y el trono católico se tambaleará. Luego sobrevendrá un leve cambio para mejorar, pero no se presentarán una vuelta ni un arrepentimiento serio".

Hildegard sentía la responsabilidad del cristiano, una conciencia que casi hemos perdido. Ser cristiano no significa sonambulismo, acostumbamiento y vida dulce y placentera, sino significa, expresado en forma sencilla, "sucesión". El sucesor pone su vida bajo el dominio de la palabra

de Jesucristo: "Yo os envío como cordeiros entre los lobos, bienaventurados seais, si os difaman, abreviando, sean testigos vivos del Señor". Hildegard nos llama a la conciencia de nuestro deber cristiano: debemos hacernos responsables de la verdad en un mundo de mentiras, proclamar incansables el alegre Mensaje y siempre sentir hambre y sed por la justicia. El espíritu profético de la cristiana Sibila, en un principio tiene un efecto inquietante sobre nosotros; sin embargo, es él quien nos muestra desde la confusión el camino hacia una nueva claridad. Hagámosle caso, sí, hagámosle caso a la sibílica Hildegard de Bingen. No echemos al viento sus palabras, porque sino también de nosotros dirán: "Han sido pesados en la balanza y encontrados falta de peso".

BIBLIOGRAFIA

1. BREINDL, E.: "Das grosse Gesundheitsbuch der Heiligen Hildegard von Bingen". 5. Auflage. Pattloch Verlag, Constanz, 1989.
2. NIGG, W.: "Rede beim Festakt der Stadt Bingen anlässlich des 800. Todestages der hl. Hildegard von Bingen, am 23. September 1979". Aktuelle Information, 15. Abteilung Öffentlichkeitsarbeit im Bischöflichen Ordinariat Mainz, 1979.

Breve reseña histórica de la Orden de Malta

Por Fernando Campos Harriet

*Abogado, titulado en la U. de Concepción.
Profesor de Historia Constitucional en la Escuela
de Derecho y de Ciencia Política de esa Universidad.
Autor de numerosas obras de su especialidad, algunas de
las cuales han sido galardonadas. Premio Nacional
de Historia (1988). Presidente de la Academia
Chilena de la Historia del Instituto de Chile.
Ex Presidente del Instituto de Chile. Miembro
Correspondiente de la Real Academia Española y de
numerosas Academias Hispanoamericanas. Hijo
Ilustre de Concepción. Comendador de la Orden de
Isabel La Católica. Miembro de la Orden de
Malta (Caballero de Honor y Devoción),
desde 1987.*

*Las Cruzadas pueden haber sido algo del pasado,
pero el espíritu que las animaba en la
defensa del Cristianismo y de la Cristiandad
es algo que debe sobrevivir, mientras siga
habiendo cristianos dignos de ese nombre.
(De "La Orden de Malta ayer y hoy día",
publicación de la Soberana Orden Militar
Hospitalaria de San Juan de Jerusalén
de Rodas y de Malta.)*

Es la de Malta una Orden de Caballería que participa de los caracteres religiosos y militares y cuyos orígenes se remontan al tiempo de Las Cruzadas.

Francis Cutton, historiador francés contemporáneo, especialista en la historia de las Ordenes Militares europeas, publicó en 1980, y en París, un hermoso estudio que tituló: *La Chevalerie Hospitalière et Militaire de l'Ordre de Malte, Sous l'emblema de la Croix de Saint Jean de Jerusalem.*

Lo más novedoso de su opúsculo es el preludeo, en que nos relata la participación de la Orden en la Reconquista española. Tema este de mucho interés para nosotros, descendientes de españoles, y de más de alguno de los que hicieron sus primeras armas en los últimos años de aquella larga epopeya.

Nos advierte el autor que de una manera general y lamentable las obras que tratan de la Historia de la Orden Hospitalaria de San Juan de Jerusalem han sido negligentes en la parte que le cupo en la

prolongada guerra de España, para ocuparse preferentemente en las luchas que sostuvo contra los conquistadores del Islam, en Tierra Santa, Rodas, Malta, en el Mediterráneo, y ello es deplorable, pues en Europa occidental, después del año 711, la ocupación de la península ibérica por los árabes tuvo repercusiones penosas, no solamente para los españoles y portugueses, sino universales.

Se explica, por ello, que este gran desafío a la Europa cristiana atrajese a la élite caballeresca a la península ibérica, donde la fe católica se hallaba todavía más amenazada que en los Santos Lugares.

Señala el citado autor la participación gloriosa que tuvo la Orden Hospitalaria de San Juan durante 360 años de combates, al lado de la Caballería española de Calatrava, de Santiago, de Alcántara y de Montesa, por el triunfo del ideal cristiano.

Desde 1134, es decir, apenas veinte años después de la consagración por el Papa Pascual II, de la Orden Jerosolimitana, el rey de Aragón, Alfonso I, al morir, legó a los Caballeros de San Juan, a los Templarios y a los Caballeros del Santo Sepulcro, todos los bienes pertenecientes a la Corona Aragonesa, para recompensar sus servicios al liberar su reino de la presencia de los moros, y por la ayuda que prestaron extendiendo los límites de su territorio, conquistando "taifas", pequeños enclaves musulmanes ocupados por emires, después de la caída del califato en 1031. Había 23 en la Península.

La Orden de San Juan prosperó mucho bajo el reinado de Alfonso el Casto, 1162-1196.

En la misma época, en Tierra Santa, sufrió grandes derrotas, pereciendo en un combate el gran Maestre Roger des Moulins. Los Hospitalarios participaron al lado de los Calatravos, en Valdetorno, Maella, Mazaleón, Castellote, la Serranía de Cantavieja, La Fresnada, Caspe, Alcañiz, Aguaviva, etc.

Los Caballeros de San Juan estuvieron el 15 de julio de 1212 en las Navas de Tolosa, la más famosa batalla de la Reconquista española. En la Armada, comandada por Alfonso III, el Gran Prior de Consuegra, Gutiérrez Ramírez, condujo a los sanjuaninos al lado de la brillante y valiente caballería templaria calatraveña y santiaguista derrotando para siempre las

fuerzas africanas de Mohamed Ben Jakoub, y esperando el día en que toda la Península se librara del dominio de la Media Luna del Islam.

En 1186 los Caballeros Hospitalarios de San Juan de Jerusalem poblarían el Alcázar de San Juan, pequeña villa próxima a Consuegra. Edificaron un palacio para residencia del Gran Prior. En 1229 estuvieron con Jaime I el Conquistador, rey de Aragón, cuando quitó Mallorca a los musulmanes, y en 1238 cuando tomó Valencia, y así la larga cita de sus campañas militares daría para una prolija enumeración. Con Jaime I estuvieron en las conquistas de Murcia (1243), de Jaén (1246), de Córdoba (1246), de Sevilla (1248), de Lorca (1266), de Baeza (1277). Militaron bajo los reinados de Fernando III, de Fernando IV, y estuvieron con los Reyes Católicos en la rendición de Granada, donde se puso fin al dominio musulmán en España.

II

Se comprende que desde el siglo XI la Orden de Caballería de San Juan de Jerusalem participara del doble carácter religioso y militar.

El año 637 el Califa Omar I se apoderó de Jerusalem; sucesivamente los Califas de Damasco, de Bagdad y después los turcos reinaron en la villa hasta la llegada de Godofroy de Bouillon, que la ocupó el 15 de julio de 1099 y la hizo capital del reino cristiano. Durante los cuatro siglos y medio que duró la dominación musulmana el peregrinaje cristiano a la tumba de Cristo no fue prohibido. Ya en el siglo VIII, cuando el Califato de Bagdad reinaba en Jerusalem, el Emperador Carlomagno obtuvo de Haroum Al Raschid grandes concesiones de terreno, vecinas al Santo Sepulcro, a fin de construir edificios destinados a la hospitalización de los peregrinos; así nacieron los primeros hospicios. Pero después, bajo el reinado de los abbasudes, la tolerancia musulmana se transformó en odio contra los cristianos. Extorsionados para obtener el precio de sus rescates, maltratados, muchos murieron de fatiga, de hambre, de enfermedades, sometidos a las peores humillaciones. A pesar de todo

ello, los hospicios de San Juan Bautista para los hombres, de Santa Magdalena para las mujeres, rindieron los más grandes servicios a los peregrinos que iban a Tierra Santa. Según una versión aprobada por la Orden, a comienzos del siglo XI los comerciantes de Amalfi obtuvieron del Califa de Egipto la autorización para fundar en Jerusalem un hospital (1048), que dedicaron a San Juan, el que recibía a los peregrinos enfermos que iban a visitar los Santos Lugares y fue mantenido por ellos. Gerard Tenc, nacido en la pequeña isla de Martignes en Provenza, Francia, fue el jefe de esta piadosa institución y usó el título de Maestro del Hospital, para el cual los hospitalarios lo habían elegido como su Superior.

Tenc había estado prisionero de los musulmanes, siendo liberado en 1099 por los cruzados de Godofroy de Bouillon.

Tenc los conmovió por su piedad, su consagración a los enfermos y su caridad, y para que siguiera su notable empresa hospitalaria y cristiana, el jefe de la Primera Cruzada le hizo importantes donaciones. Para completar la obra emprendida, Gerard Tenc reunió hermanos y hermanas hospitalarios en una institución religiosa que conserva para sus miembros el hábito que todos llevan, sobre el cual aparece cosida una cruz de tela blanca de ocho puntas, que es su emblema. Hicieron votos de pobreza, de castidad y de obediencia, pronunciados entre las manos del patriarca de Jerusalem. Desde entonces los hospitalarios quedaron incorporados a la Orden que se llamó San Juan de Jerusalem. El 15 de febrero de 1113, por bula apostólica, el Papa Pascual II la consagró definitivamente.

Los estatutos le imponían la obligación de albergar, mantener y defender a los peregrinos. De aquí nació su doble carácter religioso y militar. Los embates de los turcos así lo exigieron.

En 1120 el Papa Pascual II confirmó su bula de 1113 y aprobó la Regla establecida por Gerard Tenc, que la había sometido a la Santa Sede. Por esos días muere su fundador, y elegido por sus hermanos asume otro francés, Raymond du Puy.

Como la asistencia que prestaban en los hospitales no podía ser puramente pasiva, los hermanos tuvieron necesidad de tomar armas siendo a la vez religiosos y guerre-

ros. El Gran Maestre Raymond du Puy fue el que convirtió la institución en Orden Religiosa de Caballería, siendo confirmada como tal por el Papa Calixto II.

Rechazados de Tierra Santa, de la que salieron después de los demás cristianos, se retiraron sucesivamente a islas del Mediterráneo: Margat, San Juan de Acre, Linisso, a Chipre y por fin en 1310 a Rodas, isla que defendieron valerosamente más de dos siglos contra los ataques de los musulmanes. Entonces se llamaron Caballeros de Rodas. Allí resistieron los feroces embates de los enemigos, bajo los maestrazgos de Juan de Susic (1455) y Pedro de Aubusson (1480). Atacados más tarde por Solimán el Magnífico, cedieron a la superioridad numérica de los turcos. Salieron de Rodas bajo las órdenes del Gran Maestre Villiers de l'Isle-Adam, y después de errar por Candia y Sicilia se establecieron en Malta, que Carlos V les cedió en 1530 y llegó a ser su sede definitiva por mucho tiempo. En 1556 fueron de nuevo atacados por los turcos bajo el maestrazgo de Juan de la Valette. Allí residieron los caballeros hasta 1798, época en que Bonaparte, de paso para Egipto, la conquistó, poniendo fin a la existencia política de la Orden.

Contaba entonces con ocho lenguas o naciones, a saber: Provenza, Auvernia, Francia, Italia, Aragón, Alemania, Castilla e Inglaterra y cada una tenía en Malta un bailío conventual, que adoptaba diferentes títulos según sus lenguas.

Actualmente tiene su sede en Roma, conservando su carácter y denominación de Inclita y Soberana Orden Militar de Malta.

A través de todos estos avatares la Orden ha ido adaptándose a los tiempos y ha modificado sus primitivos estatutos. Pero su espíritu de orden religiosa y hospitalaria continúa siendo el mismo desde su fundación.

Su rol militar había terminado. Su misión estaba cumplida. Había ayudado a defender a Europa, en sus dos extremos, de las invasiones musulmanas y había mantenido la permanencia de la cruz sobre la Media Luna.

III

Antes de terminar esta brevísima reseña sobre la trayectoria europea de la actual